

ROBIN HOOD
La leyenda y la verdadera historia del famoso héroe y bandido.
Lectulandia

Robin de Locksley, Robin Fitzhood o Robin Hood son sólo algunos de los nombres atribuidos históricamente al popular arquero de Sherwood, cuya historia hunde sus raíces en una serie de baladas y leyendas medievales inglesas que nos presentan inicialmente a un simple salteador de caminos para convertirlo con el tiempo en un proscrito justiciero y finalmente en un noble despojado injustamente de sus tierras.

Walter Scott

Robin Hood

ePUB v1.2
CharlyRB 11.08.12

Título original: *Robin Hood*
Walter Scott, 1819.

Editor original: deor67 (v1.0)
Segundo editor: CharlyRB (v1.1 a v.1.2)
ePub base v2.0

Fuentes Literarias

La primera mención manuscrita de Robin Hood se encuentra en Pedro el Labrador (Piers Plowman) de William Langland en 1377, donde el sacerdote Sloth, declara: “Conozco las rimas de Robin Hood”. Años más tarde, el cronista escocés Juan de Fordun escribe que de los personajes de baladas, Robin Hood “es el que más me gusta”.

Al comienzo del siglo XVI, cuando se imprimen numerosas baladas, Robin aparece en ellas como un caballero (gentleman), nombre dado en esta época a los comerciantes o granjeros independientes. Será recién hacia fines del siglo que adquiere un título de nobleza y toma el nombre de «Robin de Locksley», o «Robert Fitz Ooth, conde de Huntington», y comienza a ser un personaje situado alrededor de 1190, cuando el rey Ricardo Corazón de León parte hacia Jerusalén en la Tercera Cruzada. La asociación romántica con Marian (o Marión, a veces también llamada Matilde) data de este período. El poeta romántico John Keats la menciona como personaje central en el poema que dedicó a Robin Hood a comienzos del siglo XIX.

Es en este siglo que Robin Hood se vuelve un rebelde sajón que combate a los señores normandos y aparece en Ivanhoe (novela) (1820), de Walter Scott. El novelista recrea esta época en su novela, que narra los conflictos entre los normandos y los antiguos anglosajones. Allí aparece Robin de Locksley, con su gavilla de arqueros, aliado al héroe del relato, un noble sajón que regresa de una cruzada en la que combatió junto con Ricardo Corazón de León, hermano de Juan.

En la obra de Howard Pyle, Las aventuras de Robin Hood 1883, excepto Marian, están todos los personajes que luego aparecen en las incontables adaptaciones de la leyenda.

Las diferentes recreaciones incluyen más o menos los mismos episodios: el encuentro de Robin con Little John en el bosque y el combate con palos sobre un tronco que atraviesa un arroyo; la aparición del pícaro fray Tuck en el bosque y su captura; la burla de Robin al sheriff en el concurso de arqueros, en el que Robin participa disfrazado de mendigo tuerto; el rescate de Will Stutely; un gran número de batallas con los hombres del sheriff; el regreso del legítimo rey Ricardo Corazón de León y el casamiento con Marian.

Desde la Edad Media a nuestros días, canciones y baladas, piezas de teatro y comedias musicales, películas y series de televisión, han ido construyendo un mito de acuerdo a sus respectivas épocas. Entonces vemos a Marian jugar tanto el papel de una guerrillera como el de una jovencita sumisa, o, el mismo Robin, presentado ya sea como un bandido o como un resistente que combate por una causa justa.

En 1958 dos obras de teatro recuperaron la figura del Conde de Hunttington que celebra su matrimonio y recupera el Título Nobiliario perdido. Walter Scott en su novela publicada en 1820 titulada Ivanhoe incorpora la figura de Robin como un noble Sajón de apellido Locksley. Este luchará por recuperar el trono para el rey Ricardo Corazón de León frente a su hermano Juan sin Tierra.

Capítulo I

Era el año de gracia de 1162, bajo el reinado de Enrique II; dos viajeros, con las vestimentas sucias por una larga caminata y el aspecto extenuado por la fatiga, atravesaban una noche los estrechos senderos del bosque de Sherwood, en el condado de Nottingham.

El aire era frío; los árboles, donde empezaban ya a despuntar los débiles verdores de marzo, se estremecían con el soplo del último cierzo invernal, y una sombría niebla se extendía sobre la comarca a medida que se apagaban sobre las purpúreas nubes del horizonte los rayos del sol poniente. Pronto el cielo se volvió oscuro, y unas ráfagas de viento sobre el bosque presagiaron una noche tormentosa.

—Ritson —dijo el viajero de más edad, envolviéndose en su capa—, el viento está redoblando su violencia; ¿no teméis que la tormenta nos sorprenda antes de llegar? ¿Estamos en el buen camino?

Ritson respondió:

—Vamos derechos a nuestro destino, milord, y, si mi memoria no falla, antes de una hora llamaremos a la puerta del guardabosque.

Los dos desconocidos anduvieron en silencio durante tres cuartos de hora, y el viajero a quien su compañero otorgaba el tratamiento de milord gritó impaciente:

—¿Llegaremos pronto?

—Dentro de diez minutos, milord.

—Bien; pero ese guardabosque, ese hombre a quien llamas Head, ¿es digno de mi confianza?

—Perfectamente digno, milord; mi cuñado Head es un hombre rudo, franco y honrado; escuchará con respeto la admirable historia inventada por Su Señoría, y la creerá; no sabe lo que es una mentira, ni siquiera conoce la desconfianza. Fijaos, milord —gritó alegremente Ritson, interrumpiendo sus elogios sobre el guardabosque—, mirad allí: aquella luz que colorea los árboles con su reflejo, pues bien, proviene de la casa de Gilbert Head. ¡Cuántas veces en mi juventud la he saludado lleno de felicidad!

—¿Está dormido el niño? —preguntó de repente el hidalgo.

—Sí, milord —respondió Ritson—, duerme profundamente y a fe mía que no comprendo por qué Su Señoría se preocupa tanto por conservar la vida de una pequeña criatura que tanto daña a sus intereses. Si queréis desembarazaros para siempre de este niño, ¿por qué no le hundís dos pulgadas de acero en el corazón? Estoy a vuestras órdenes, hablad. Prometedme como recompensa escribir mi nombre en vuestro testamento, y este pequeño dormilón no volverá a despertarse.

—¡Cállate! —repuso bruscamente el hidalgo—. No deseo la muerte de esta inocente criatura. Puedo temer ser descubierto en el futuro, pero prefiero la angustia del temor a los remordimientos de un crimen. Además, tengo motivos para esperar e incluso creer que el misterio que envuelve el nacimiento de este niño no será desvelado jamás. Si no ocurriera así, sólo podría ser obra tuya, Ritson, y te juro que emplearé todos los instantes de mi vida en vigilar rigurosamente tus actos y tus gestos. Educado como un campesino, este niño no sufrirá la mediocridad de su condición; aquí se creará una felicidad de acuerdo con sus gustos y costumbres, y jamás lamentará el nombre y la fortuna que hoy pierde sin conocerlos.

—¡Hágase vuestra voluntad, milord! —replicó fríamente Ritson—; pero, de verdad, la vida de un niño tan pequeño no vale las fatigas de un viaje desde Huntingdonshire a Nottinghamshire.

Por fin los viajeros echaron pie a tierra ante una bonita cabaña escondida como un nido de pájaros en un macizo del bosque.

—¡Eh! Head gritó Ritson con voz alegre y sonora-. ¡Eh! Abre deprisa; está lloviendo mucho, y desde aquí veo el fuego de tu chimenea. Abre, buen hombre, es un pariente quien te pide hospitalidad.

Los perros rugieron en el interior de la casa, y el prudente guarda respondió en primer lugar:

—¿Quién llama?

—Un amigo.

—¿Qué amigo?

—Roland Ritson, tu hermano. Abre, buen Gilbert.

—¿Roland Ritson, de Mansfield?

—Sí, sí, el mismo, el hermano de Margarita. Vamos, ¿vas a abrir? —añadió Ritson impaciente—. Charlaremos mientras comemos algo.

La puerta se abrió al fin y los viajeros entraron.

Gilbert Head dio cordialmente la mano a su cuñado y saludando cortésmente al hidalgo le dijo:

—Micer caballero, sed bienvenido, y no me acuséis de haber infringido las leyes de la hospitalidad por haber mantenido cerrada la puerta entre vos y mi hogar. El aislamiento de esta casa y el vagabundeo de los «outlaws» (bandidos) por el bosque exigen prudencia; no basta ser valiente y fuerte para escapar del peligro. Aceptad mis excusas, noble forastero, y tomad mi casa por la vuestra. Sentaos al fuego para que se sequen vuestros vestidos; ahora ya se ocuparán de vuestras monturas. ¡Eh! ¡Lincoln! —gritó Gilbert entreabriendo la puerta de una habitación contigua—, lleva los caballos de estos caballeros al cobertizo, porque nuestra cuadra es demasiado pequeña.

En seguida apareció un robusto campesino vestido de guardabosque, atravesó la

sala, y salió sin echar siquiera una mirada de curiosidad a los recién llegados; luego, una linda mujer, de apenas treinta años, vino a ofrecer sus dos manos y su frente a los besos de Ritson.

—¡Querida Margarita! ¡Querida hermana! —gritaba éste acariciándola mientras la contemplaba con una cándida mezcla de admiración y sorpresa—. No has cambiado, tu frente es tan pura, tus ojos tan brillantes, tan rosadas tus mejillas y tus labios como en los tiempos en que nuestro buen Gilbert te cortejaba.

—Es que soy feliz —respondió Margarita dirigiendo una tierna mirada a su marido.

—Puedes decir: somos felices, Maggie -añadió el honrado guardabosque-. Gracias a tu alegre carácter no ha habido todavía ni enfados ni querellas en nuestra casa. Pero ya hemos hablado bastante de ello; ocupémonos de nuestros huéspedes… ¡Bueno! querido cuñado, quítate la capa; y vos, micer caballero, deshaceos de esa lluvia que impregna vuestros vestidos, como el rocío de la mañana sobre las hojas. Cenaremos enseguida. Maggie, deprisa, pon uno o dos haces de leña en la chimenea, coloca sobre la mesa los mejores platos y en las camas las más blancas sábanas que tengas; deprisa.

Mientras que la diligente joven obedecía a su marido, Ritson se desprendió de su capa y descubrió a un precioso niño envuelto en un manto de cachemira azul. La cara redonda, fresca y encarnada de aquel niño de apenas quince meses, anunciaba una salud perfecta y una robusta constitución.

Una vez que hubo arreglado cuidadosamente los pliegues del tocado de aquel bebé, Ritson colocó su pequeña y linda cabeza bajo un rayo de luz que hizo resurguir toda su belleza, y llamó dulcemente a su hermana.

Margarita acudió.

—Maggie —le dijo—, tengo un regalo para ti, para que no puedas acusarme de haber venido a verte con las manos vacías después de ocho años de ausencia…, toma, mira lo que te traigo.

—¡Santa María! —gritó la joven juntando sus manos—. ¡Santa María, un niño! Ronald, ¿es tuyo este angelito tan maravilloso? ¡Gilbert, Gilbert, ven a ver que niño más encantador!

—¡Un niño! ¡Un niño en brazos de Ritson! —Y lejos de entusiasmarse como su mujer, Gilbert lanzó una severa mirada a su pariente—, ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué has venido aquí? ¿Qué historia es esa del bebé? Vamos, habla, sé sincero, quiero saberlo todo.

—Este niño no me pertenece, buen Gilbert; es huérfano, y este caballero es su protector sólo por voluntad propia.

Margarita se apoderó vivamente del pequeño, que aún dormía, le llevó a su habitación, le depositó en su cama, le cubrió las manos y el cuello de besos, le

envolvió cálidamente en su bello mantelete de fiesta, y volvió a reunirse con sus huéspedes.

La cena transcurrió alegremente y, al final de la comida el caballero dijo al guarda:

—El interés que vuestra encantadora mujer demuestra para con este niño me ha decidido a haceros una proposición relativa a su bienestar futuro. Pero primero permitidme informaros de ciertas peculiaridades referentes a la familia, nacimiento y situación actual de este pobre huérfano de quien soy el único protector. Su padre, antiguo compañero de armas en mi juventud, pasada en los campos de batallas, fue mi mejor y más íntimo amigo. Al comienzo del reinado de nuestro glorioso soberano Enrique II, vivimos juntos en Francia, ya en Normandía, en Aquitania, o en Poitou y, después de una separación de algunos años, volvimos a encontrarnos en el país de Gales. Antes de abandonar Francia, mi amigo se había enamorado perdidamente de una joven, se había casado con ella y la había traído a Inglaterra, junto a su familia. Por desgracia, aquella familia, orgullosa y altiva rama de una casa principesca y llena de prejuicios idiotas, se negó a admitir en su seno a la joven, que era pobre y no tenía más nobleza que la de sus sentimientos. Aquella injuria la hirió de tal manera que, ocho días después, murió después de haber traído al mundo al niño que queremos confiar a vuestros buenos cuidados; ya no tiene padre, porque mi pobre amigo cayó herido de muerte en un combate en Normandía, hace de ello diez meses. Si Dios concede vida y salud a este niño, será el compañero de mis días de vejez; le contaré la triste y gloriosa historia del autor de sus días, y le enseñaré a andar con paso firme por los mismos senderos que anduvimos su valiente padre y yo, entretanto vos criaréis al niño como si fuera vuestro, y os juro que no lo haréis gratuitamente. Responded, maestro Gilbert: ¿aceptáis mi proposición?

El caballero esperó ansiosamente la respuesta del guardabosque quien, antes de comprometerse, interrogaba a su mujer con la mirada; pero la bonita Margaret volvía la cabeza y la inclinaba hacia la puerta de la habitación de al lado, sonriendo y tratando de escuchar el imperceptible murmullo de la respiración del niño.

Ritson, que analizaba furtivamente con el rabillo del ojo la expresión de la fisonomía de los dos esposos, comprendió que su hermana estaba dispuesta a hacerse cargo del niño a pesar de las vacilaciones de Gilbert, y dijo con voz muy persuasiva:

—La risa de ese ángel será la alegría de tu hogar, mi dulce Maggie, y te juro por san Pedro que oirás otro sonido no menos alegre; el sonido de las guineas que Su Señoría pondrá cada año en tu mano.

—¿Vaciláis, maestro Gilbert? —dijo el caballero frunciendo el ceño—. ¿Os disgusta mi proposición?

—Perdón, mi señor, vuestra proposición me resulta muy agradable y nos haremos cargo del niño si mi querida Maggie no tiene ningún inconveniente. Vamos, mujer, di

lo que piensas; tu voluntad será la mía.

—Bien, yo seré su madre. —Luego, dirigiéndose al caballero, añadió—: Y si algún día quisierais recobrar a vuestro hijo adoptivo, os lo devolveremos con el corazón oprimido, pero nos consolaremos de su pérdida pensando que en adelante será más feliz junto a vos que bajo el humilde techo de un pobre guardabosque.

—Las palabras de mi mujer constituyen un compromiso —repuso Gilbert—, y, por mi parte, juro velar por este niño y servirle de padre. Os doy mi palabra, micer caballero.

Y tomando de su cinto uno de sus guanteletes, lo echó sobre la mesa.

—Una palabra por otra y un guante por otro —replicó el hidalgo, echando también un guantelete sobre la mesa—. Ahora hemos de ponernos de acuerdo sobre el precio de la pensión del bebé. Tened, buen hombre, tomad esto; todos los años recibiréis otro tanto.

Y sacando de su jubón una bolsita de cuero, llena de monedas de oro, intentó ponerla en manos del guardabosque.

Pero éste rehusó.

—Guardad vuestro oro, mi señor; las caricias y el pan de Margarita no se venden.

Durante un rato la pequeña bolsa de cuero fue de las manos de Gilbert a las del caballero. Al fin, y a propuesta de Margarita, convinieron que el dinero recibido cada año en pago de la pensión del niño fuera guardado en lugar seguro, para ser entregado al huérfano al alcanzar su mayoría de edad.

Una vez arreglado aquel asunto a gusto de todos, se separaron para ir a dormir. Al día siguiente, Gilbert se levantó al amanecer y miró con envidia los caballos de sus huéspedes; Lincoln se ocupaba ya de su limpieza.

Entonces se dio cuenta de que los viajeros habían cogido sus pobres caballos, dos feas jacas, y se habían marchado dejándole sus excelentes monturas. No obstante le contrarió el que Ritson no se hubiera despedido. Su mujer defendió a su hermano:

—¿Acaso no sabes que Ritson evita venir a esta región desde la muerte de tu pobre hermana, Anita, su prometida? El aire de felicidad de nuestra casa habrá despertado sus penas.

—Tienes razón, mujer —respondió Gilbert con un gran suspiro—. ¡Pobre Anita!

—Lo peor del asunto —respondió Margarita— es que no sabemos ni el nombre ni la dirección del protector del niño. ¿Cómo le avisaremos si cae enfermo? ¿Y cómo llamaremos al niño?

—Escoge el nombre, Margarita.

—Escógelo tú mismo, Gilbert; es un muchacho, y a ti te corresponde.

—Pues bien; si tú quieres, le daremos el nombre del hermano que tanto amé; no puedo pensar en Anita sin acordarme del infortunado Robín.

—Sea, ya está bautizado, ¡nuestro gentil Robín! —exclamó Margarita cubriendo

de besos la cara del niño que le sonreía ya como si la dulce Margarita hubiera sido su madre.

Así pues, el huérfano recibió el nombre de Robín Head. Más tarde, y sin causa conocida, la palabra Head se cambió por Hood, y el pequeño forastero se hizo muy célebre en todo el condado de Nottingham bajo el nombre de Robín Hood.

Capítulo II

Han transcurrido quince años desde aquel acontecimiento; la calma y la felicidad no han dejado de reinar bajo el techo del guardabosque, y el huérfano cree todavía ser el amado hijo de Margarita y de Gilbert Head.

Una bella mañana de junio, un hombre de avanzada edad, vestido como un campesino acomodado y montado en un vigoroso pony, recorría el camino que conduce por el bosque de Sherwood, al bonito pueblo de Mansfeldwoohaus.

El cielo estaba limpio.

La cara de nuestro viajero se alegraba bajo la influencia de tan bello día; su pecho se dilataba, respiraba a pleno pulmón, y con voz fuerte y sonora lanzaba al aire el estribillo de un viejo himno sajón, un himno a la muerte de los tiranos.

De pronto una flecha pasó silbando junto a su oreja y fue a incrustarse en la rama de un roble al borde del camino.

El campesino, más sorprendido que asustado, se echó abajo de su caballo, se escondió tras un árbol, blandió su arco y se dispuso a defenderse.

Pero por más que oteó el sendero en toda su longitud, por más que escrutó con la mirada los montículos de alrededor y aplicó el oído a los menores ruidos del bosque, nada vio, ni oyó nada, y no supo qué pensar de aquel ataque imprevisto.

—Veamos —dijo—, puesto que la paciencia no conduce a nada, probemos con la astucia.

Y calculando según la dirección de la trayectoria de la flecha el lugar donde podía estar apostado su enemigo, disparó un dardo hacia aquel lado con la esperanza de asustar al malhechor o de provocarlo para que se moviera. La flecha hendió el espacio, fue a clavarse en la corteza de un árbol, y nadie respondió a aquella provocación. ¿Lo conseguiría quizá un segundo dardo? Aquel segundo dardo partió, pero fue detenido en pleno vuelo. Una flecha lanzada por un arco invisible fue a interceptar su camino, casi en ángulo recto, por encima del sendero, y lo hizo caer al suelo haciendo piruetas. El golpe había sido tan rápido, tan inesperado, anunciaba tanta destreza y tan gran habilidad de mano y de ojo, que el campesino, maravillado y olvidando tanto peligro, saltó de su escondite.

—¡Qué tiro! ¡Qué tiro tan maravilloso! —gritó mientras brincaba por el lindero de la espesura tratando de descubrir al misterioso arquero.

Una risa alegre respondió a aquellas exclamaciones, y no lejos de allí una voz argentina y suave como la de una mujer cantó:

«Hay gamos en el bosque,

hay flores en la linde de los grandes bosques…»

—¡Oh! Es Robín, el desvergonzado Robín Hood quien canta. Ven aquí, hijo mío. ¿De modo que te atreves a disparar contra tu padre? ¡Por san Dunstand, creí que los «outlaws» querían mi piel! ¡Oh! ¡Eres un mal muchacho! ¡Tomar por blanco mi cabeza gris! ¡Ah! ¡Vaya —añadió el buen anciano—, vaya, qué travieso!

Un joven que parecía tener veinte años, aunque en realidad no tuviera más que dieciséis, se detuvo ante el viejo campesino, en quien sin duda ya habrán reconocido al buen Gilbert Head del primer capítulo de nuestra historia.

Aquel joven sonreía teniendo respetuosamente en la mano su sombrero verde, adornado con una pluma de garza. Una masa de cabellos negros ligeramente ondulados coronaban una frente ancha más blanca que el marfil. Los párpados, replegados sobre sí mismos, dejaban brotar los fulgores de dos pupilas de un azul oscuro, cuya luz se velaba bajo la franja de las largas pestañas que proyectaban su sombra hasta sus mejillas rosadas.

El aire seco había tostado aquella noble fisonomía pero la satinada blancura de la piel reaparecía en el nacimiento del cuello y por debajo de los puños.

Un sombrero con una pluma de garza por penacho, un jubón de paño verde de Lincoln atado a la cintura, botas altas de piel de gamo, un par de «unhege sceo» (borceguíes sajones) amarrados con fuertes correas por encima de los tobillos, un tahalí claveteado de brillante acero soportando un carcaj lleno de flechas, el pequeño cuerno y el cuchillo de caza en la cintura, y el arco en la mano, constituían el atuendo y equipo de Robín Hood, y su conjunto lleno de originalidad estaba lejos de ocultar la belleza adolescente.

—Perdonadme, padre. No tenía intención alguna de heriros.

—¡Pardiez! Te creo, hijo, pero podía haber ocurrido; un cambio en la velocidad de mi caballo, un paso a izquierda o derecha de la línea que seguía, un movimiento de mi cabeza, un temblor de tu mano, un error de tu puntería, cualquier cosa, en fin, y tu juego hubiera sido mortal.

—Pero mi mano no ha temblado, mi puntería es siempre segura. Así que no me hagáis reproches, padre, y perdonadme mi travesura.

—Te la perdono de todo corazón.

Luego añadió con un ingenuo sentimiento de orgullo, que sin duda había reprimido hasta el momento a fin de reprender al imprudente arquero:

—¡Y pensar que es alumno mío! Sí, he sido yo, Gilbert Head, quien primero le enseñó a manejar un arco y a disparar una flecha. El alumno es digno del maestro y, si continúa, no habrá tirador más diestro en todo el condado, ni siquiera en toda Inglaterra.

—Que mi brazo derecho pierda su fuerza, que ni una sola de mis flechas alcance

su blanco si jamás olvido vuestro amor, padre.

—Hijo, ya sabes que no soy tu padre más que de corazón.

—¡Oh! No me habléis de los derechos que sobre mí os faltan, porque si la naturaleza os los ha negado, los habéis adquirido con una entrega y abnegación de quince años.

—Al contrario, vamos a hablar de ello —dijo Gilbert, reemprendiendo su camino a pie y llevando de la brida al pony al que un vigoroso silbido había llamado al orden —, un secreto presentimiento me avisa que nos amenazan próximas desgracias.

—¡Qué idea tan loca, padre!

—Ya eres grande, eres fuerte, y estás lleno de energía, gracias a Dios; pero el porvenir que se abre ante ti no es el que adivinabas cuando siendo pequeño y débil niño, ora malhumorado, ora alegre, crecías sobre las rodillas de Margarita.

—¡Qué importa eso! Sólo deseo una cosa, y es que el porvenir sea como el pasado y el presente.

—Envejeceríamos sin ninguna pena si se desvelara el misterio de tu nacimiento.

—¿Nunca habéis vuelto a ver al valiente soldado que me confió a vos?

—No he vuelto a verlo jamás, y sólo una vez recibí noticias suyas.

—Quizá ha muerto en la guerra.

—Quizá. Un año después de tu llegada, recibí por medio de un desconocido mensajero un saco de dinero y un pergamino sellado con lacre, pero cuyo sello no tenía armas. Entregué el pergamino a mi confesor, y éste lo abrió revelándome el contenido siguiente, palabra por palabra: "Gilbert Head: Hace doce meses puse un niño bajo tu protección, y contraje contigo el compromiso de pagarte una renta anual por tus esfuerzos; aquí te la envío; me marcho de Inglaterra e ignoro cuándo regresaré. En consecuencia, he tomado las disposiciones necesarias para que todos los años cobres la suma debida. Por tanto, sólo tendrás que presentarte el día del vencimiento en la oficina del «sheriff» de Huntingdon, y allí te pagarán. Educa al muchacho como si fuera tu propio hijo; a mi regreso vendré a reclamártelo". Ni firma, ni fecha. ¿De dónde venía aquel mensaje? Lo ignoro. Pero si hemos de morir antes de que aparezca el desconocido caballero, una gran tristeza envenenará nuestra última hora.

—¿Cuál es esa gran pena, padre?

—La de saberte solo y abandonado a ti mismo, y entregado a tus pasiones cuando seas un hombre.

—Mi madre y vos tenéis aún largos días de vida por delante.

—¡Sabe Dios!

—Dios lo permitirá.

—¡Hágase su voluntad! En cualquier caso, si una muerte próxima nos separa, has de saber, hijo mío, que tu eres nuestro único heredero; la cabaña donde has crecido es

tuya, el terreno que la rodea es de tu propiedad y, con el dinero de tu pensión acumulado desde hace quince años, no tendrás que temer a la miseria y podrás ser feliz si eres prudente. La desgracia te ha acompañado desde tu nacimiento y tus padres adoptivos se han esforzado en reparar esta desgracia. Pensarás a menudo en ellos, que no ambicionan otra recompensa.

El adolescente se enternecía; las lágrimas comenzaban a brotar de entre sus párpados.

—En camino, «Gip», mi buen pony —añadió el anciano subiéndose a la silla—, tengo que apresurarme en ir a Mansfeldwoohaus y volver, de lo contrario Maggie pondrá una cara tan larga como la más larga de mis flechas. Entre tanto, querido hijo, ejercita tu destreza y no tardarás en igualar a Gilbert Head en sus mejores días… Hasta la vista.

Robín se divirtió durante unos instantes desgarrando con sus flechas las hojas que escogía con la vista en la cima de los árboles más altos; luego, cansado de este juego, se echó sobre la hierba a la sombra de un claro.

Un prolongado roce en el follaje y los crujidos precipitados de la maleza vinieron a turbar los pensamientos de nuestro joven arquero; levantó la cabeza y vio a un gamo asustado que atravesaba la espesura, se lanzaba a través del claro y volvía a desaparecer en las profundidades del bosque.

El instantáneo proyecto de Robín fue tomar su arco y perseguir al animal; pero, por instinto de cazador o por casualidad examinó el lugar por donde éste había salido, y vio a cierta distancia a un hombre acurrucado tras un montículo, que dominaba el camino; desde su escondite el hombre podía ver sin ser visto todo cuanto pasaba por el sendero, y esperaba ojo avizor, con la flecha preparada.

De pronto el bandido o cazador disparó una flecha en dirección al camino y se levantó a medias como para saltar sobre su blanco; pero se detuvo, profirió un enérgico juramento, y volvió a ponerse al acecho con una flecha en su arco.

Aquella nueva flecha fue seguida, como la primera, de una odiosa blasfemia.

«¿A quién dispara? —se preguntó Robín—. ¿Estará tratando de dar a un amigo un susto como el que yo di esta mañana al viejo Gilbert? El juego no es de los más fáciles. Pero no veo nada en el sitio a donde apunta; sin embargo, él sí debe ver algo, porque está preparando la tercera flecha».

Robín iba a abandonar su escondite para tratar de ver al desconocido y mal tirador cuando, apartando sin querer algunas ramas de un haya, vio, detenidos en el extremo del sendero y en el lugar donde el camino de Mansfeldwoohaus forma un codo, a un caballero y una joven dama que parecían muy inquietos, y dudaban si debían volver grupas o afrontar el peligro. Los caballos resoplaban y el caballero paseaba su mirada por todos lados a fin de descubrir al enemigo y hacerle frente, al mismo tiempo que se esforzaba en calmar el terror de su acompañante.

De pronto la joven dio un grito de angustia y cayó casi desvanecida: una flecha acababa de incrustarse en el pomo de su silla.

Sin duda alguna, el hombre que estaba escondido era un vil asesino.

Presa de una generosa indignación, Robín escogió en su carcaj una de sus más agudas flechas, blandió su arco y apuntó. La mano izquierda del asesino quedó clavada en la madera del arco que amenazaba de nuevo al caballero y su compañera.

Rugiendo de cólera y de dolor, el bandido volvió la cabeza y trató de descubrir de dónde procedía aquel ataque imprevisto. Pero la esbelta talla de nuestro joven arquero le mantenía escondido tras el tronco de un haya, y el color de su jubón se confundía con el del follaje.

Robín podría haber matado al bandido, pero se contentó con asustarle después de haberle castigado y le disparó una nueva flecha que se llevó su sombrero a veinte pasos.

Lleno de vértigo y espanto, el herido se levantó y, mientras se aguantaba con la mano sana la mano ensangrentada, aulló, pataleó, y giró durante un rato sobre sí mismo, paseó su osca mirada por todo el soto a su alrededor, y huyó gritando:

—¡Es el demonio! ¡El demonio! ¡El demonio!

Robín saludó la marcha del bandido con una risa alegre, y sacrificó una última flecha que, después de haberlo espoleado mientras corría, habría de impedirle sentarse durante largo tiempo.

Pasado el peligro, Robín salió de su escondrijo y se apoyó despreocupadamente en el tronco de un roble al borde del sendero; se preparaba para dar la bienvenida a los viajeros, pero en cuanto éstos, acercándose al trote, le vieron, la joven dama lanzó un grito y el caballero se fue hacia él con la espada en la mano.

—¡Al fin te veo, miserable! ¡Al fin! —exclamó el caballero dando muestras de la cólera más violenta.

—No soy un asesino, por el contrario, soy yo quien os salvó la vida.

—¿Dónde está entonces el asesino? Habla o te abro la cabeza.

—Escuchadme y lo sabréis —respondió fríamente Robín—. Respecto a lo de abrirme la cabeza, ni soñéis en ello, y permitidme haceros notar, señor, que esta flecha, cuya punta se dirige hacia vos, atravesará vuestro corazón antes de que vuestra espada roce mi piel. Teneos por advertido y escuchadme con tranquilidad: diré la verdad.

—Escucho —contestó el caballero fascinado por la sangre fría de Robín.

—Vamos, señor —replicó Robín—, miradme y estaréis de acuerdo en que no tengo el aspecto de un bandido.

—Sí, sí, hijo mío, lo confieso, no tienes aspecto de bandido —dijo al fin el forastero tras haber considerado con detenimiento a Robín. La frente radiante, la fisonomía llena de franqueza, los ojos en los que chispeaba el fuego del valor, los

labios que se entreabrían en una sonrisa de legítimo orgullo, todo en este noble adolescente inspiraba, ordenaba confianza.

—Dime quién eres, y condúcenos, te ruego, a un lugar en el que nuestras cabalgaduras puedan comer y descansar —añadió el caballero.

—Con placer; seguidme.

—Pero acepta antes mi dinero, mientras que te llega la recompensa de Dios.

—Guardad vuestro oro, señor caballero; el oro me es inútil, no tengo necesidad de oro. Me llamo Robín Hood y vivo con mi padre y mi madre a dos millas de aquí, en la linde del bosque; venid, encontraréis en nuestra casita una cordial hospitalidad.

La joven, que hasta el momento se había mantenido apartada, se acercó a su caballero, y Robín vio resplandeciente el destello de dos grandes ojos negros bajo el capuchón de seda que preservaba su cabeza del frescor de la mañana; también apreció su divina belleza, y la devoró con la mirada mientras se inclinaba cortésmente ante ella.

—¿Debemos creer en la palabra de este joven? —preguntó la dama a su caballero.

Robín irguió la cabeza orgullosamente, y, sin dar al jinete tiempo para responder, exclamó:

—Dejaría de existir buena fe sobre la tierra.

Los dos forasteros sonrieron; ya no dudaban.

Capítulo III

El pequeño grupo avanzó primero en silencio; el caballero y la joven pensaban todavía en el peligro que habían corrido, y todo un mundo de ideas nuevas se agitaba en la cabeza de nuestro joven arquero: por primera vez admiraba la belleza de una mujer.

El ingenuo muchacho experimentaba ya los primeros efectos del amor; adoraba sin saberlo la imagen de la bella desconocida que cabalgaba tras él, y olvidaba sus canciones pensando en sus negros ojos.

Sin embargo acabó por comprender las causas de su turbación, y se dijo recuperando su sangre fría:

—Paciencia, pronto la veré sin su capucha.

El caballero preguntó a Robín sobre sus gustos, sus costumbres y sus ocupaciones con benevolencia, pero Robín le respondió fríamente, y no cambió el tono hasta el momento en que se hirió su amor propio.

—¿No temiste —dijo el forastero- que aquel miserable «outlaw» intentara vengar en ti su fracaso? ¿No temiste fallar?

—¡Pardiez!, no, señor, me era imposible experimentar este último temor.

—¡Imposible!

—Sí, la costumbre ha hecho que los golpes más difíciles sean para mí un juego.

Había demasiada buena fe y noble orgullo en las respuestas de Robín para que el forastero se burlara, y prosiguió:

—¿Serías tan buen tirador como para acertar a cincuenta pasos lo que aciertas a quince?

—Cuando se presente una ocasión lo veréis.

El silencio volvió a dominar durante algunos minutos, y el grupo llegó a un gran claro al que el camino cortaba en diagonal. En el mismo momento un ave rapaz tomaba altura, y un cervatillo, asustado por el ruido de los caballos, salía de la espesura y atravesaba la arboleda para alcanzar el otro lado.

—¡Atención! —gritó Robín sujetando una flecha entre los dientes y colocando una segunda en el arco—, ¿qué preferís, la presa de pluma o la de pelo? Elegid.

Pero antes de que el caballero hubiese tenido tiempo de responder, el cervato caía herido de muerte, y el pájaro descendía dando vueltas hacia el claro.

—Ya que no habéis elegido cuando estaban vivos, elegiréis esta noche cuando estén asados.

—¡Admirable! —exclamó el caballero.

—¡Maravilloso! —murmuró la joven.

—Vuestras Señorías no tienen más que seguir derecho el camino, y tras aquel montículo verán la casa de mi padre. ¡Saludos!, tomo la delantera para anunciaros a mi madre y enviar a nuestro anciano criado a recoger la caza.

Dicho esto, Robín desapareció corriendo.

—Un noble joven, ¿verdad, Mariana? —dijo el caballero a su acompañante—. Un muchacho encantador, y el más hermoso guardabosque inglés que yo haya visto jamás.

—Es muy joven aún —contestó ella.

—Y probablemente mucho más de lo que podría parecernos por su alta estatura y el vigor de sus miembros. No podéis haceros una idea, Mariana, de lo que favorece el desarrollo de nuestras fuerzas la vida al aire libre y cómo conserva nuestra salud; no ocurre así en la atmósfera asfixiante de las ciudades —añadió el caballero suspirando.

—Creo, señor Allan Clare —replicó la joven dama con fina sonrisa—, que vuestros suspiros tienen mucho menos que ver con los verdes árboles del bosque de Sherwood que con su encantadora dueña, la noble hija del barón de Nottingham.

—Tenéis razón, Mariana, hermana querida, y, lo confieso, preferiría, si la elección dependiera de mi voluntad, pasar mis días en estos bosques, viviendo en la choza de un «yeoman» y teniendo como mujer a Christabel, a sentarme en un trono.

—¡Sss! ahí está la choza —dijo Mariana interrumpiendo a su hermano.

Una hora más tarde, Gilbert Head volvió a la casa llevando sobre su caballo a un hombre herido que había encontrado en el camino; bajó al extraño con infinitas precauciones del lugar en que venía y le llevó a la sala mientras llamaba a Margarita, ocupada en instalar a los viajeros las habitaciones del primer piso.

A la voz de Gilbert, Maggie acudió.

—Mira, mujer, ahí tienes un pobre hombre que necesita tus cuidados. Un gamberro le ha clavado la mano en el arco con una flecha en el momento en que apuntaba a un ciervo. Vamos, buena Maggie, apresurémonos; este hombre está muy debilitado por la pérdida de sangre. ¿Cómo te encuentras, compañero? —añadió el anciano dirigiéndose al herido—. Valor, te curarás. Anda, levanta un poco la cabeza y no estés tan abatido; ¡anímate, voto a bríos!, no se muere nadie porque le hayan atravesado la mano.

El herido, recogido sobre sí mismo y con la cabeza entre los hombros, bajaba la frente y parecía querer ocultar a sus anfitriones su rostro.

En aquel momento Robín entró en la casa y corrió hacia su padre para ayudarle a sostener al herido, pero apenas puso los ojos en él se alejó he hizo señas al anciano Gilbert indicándole que quería hablarle.

—Padre —dijo el joven en voz baja—, cuidad de ocultar a los viajeros que están arriba la presencia de este herido en nuestra casa. Más tarde sabréis por qué. Sed prudente.

El anciano dejó a Robín y fue junto al herido. Un instante después, éste lanzó un prolongado grito de dolor.

—¡Ah! maese Robín, ya tenemos otra de tus obras maestras —dijo Gilbert corriendo al lado de su hijo y reteniéndole en el preciso momento en que éste iba a transponer el umbral de la puerta.

—¿Qué pasa? —replicó el joven lleno de respetuosa indignación—. Creéis que…

—Sí, creo que eres tú quien ha clavado la mano de este hombre al arco; en el bosque no hay nadie más que tú capaz de tal destreza. Mira, el hierro de esta flecha te delata; tiene nuestra marca… ¡Ah! espero que ya no negarás tu falta.

Y Gilbert le enseñaba el hierro de la flecha que había arrancado de la herida.

—¡Pues bien!, sí, padre mío, fui yo quien hirió a este hombre —respondió fríamente Robín.

La expresión del anciano se hizo severa.

—Es algo horrible y criminal, amigo; ¿no estás avergonzado de haber herido tan peligrosamente, por fanfarronería, a un hombre que no te hacía ningún daño?

—No siento ni vergüenza ni remordimiento por mi conducta —respondió Robín en tono firme—. La vergüenza y el remordimiento los tiene el que atacaba en la sombra a unos viajeros inofensivos e indefensos.

—¿Quién es entonces culpable de esta felonía?

—El hombre que habéis recogido en el bosque.

Y Robín relató a su padre lo sucedido con todos los detalles.

—¿Te vio ese miserable? —preguntó Gilbert con inquietud.

—No, pues huyó enloquecido y creyendo que era cosa del diablo.

—Perdóname mi injusticia —dijo el anciano estrechando afectuosamente las manos del muchacho—. Creo que la fisonomía de este hombre no me es desconocida —añadió Gilbert tras haber reflexionado un instante.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Allan y Mariana, a los que el dueño de la casa dio cordialmente la bienvenida.

Por la tarde de ese mismo día, la casa del guardabosque estaba muy animada: Gilbert, Margarita, Lincoln y Robín, sobre todo este último, estaban afectados por el cambio y la agitación que la llegada de estos huéspedes había introducido en su tranquila existencia. Robín no se movía, pero su corazón trabajaba. La visión de la hermosa Mariana despertaba en él sensaciones no conocidas hasta entonces y permanecía inmóvil, sumergido en una muda admiración; enrojecía, palidecía, temblaba, cuando la joven andaba, hablaba o miraba a su alrededor.

Mientras que Robín, sentado en un rincón de la estancia, adoraba a Mariana en silencio, Allan cumplimentaba y felicitaba al anciano por tener tal hijo; pero Gilbert, que esperaba saber cosas sobre el origen de su hijo en el momento menos pensado, siempre confesaba que el joven no era su hijo, y relataba cómo y en qué tiempo un

desconocido le había traído al niño.

Así pues Allan se enteró con asombro de que Robín no era hijo de Gilbert, y ante la explicación de éste de que el desconocido protector del huérfano llegó probablemente de Huntingdon, pues el «sheriff» de aquel lugar era quien pagaba anualmente la pensión del niño, el caballero respondió:

—Huntingdon es nuestro lugar de nacimiento, y lo dejamos apenas hace unos días. La historia de Robín, buen guardabosque, podría ser cierta, pero lo dudo. Ningún gentilhombre de Huntingdon murió en Normandía en la época del nacimiento de este niño, y jamás oí decir que un miembro de las nobles familias del condado se casara con una francesa plebeya y pobre. A mi regreso a Huntingdon me informaré minuciosamente y me esforzaré por descubrir a la familia de Robín; mi hermana y yo le debemos la vida, ¡quiera el cielo que lo logremos y le paguemos así la deuda sagrada de un eterno agradecimiento!

—Nos extraviamos al atravesar el bosque de Sherwood para ir a Nottingham —añadió Allan Clare— y cuento con ponerme nuevamente en camino mañana por la mañana. ¿Querrías ser mi guía, querido Robín? Mi hermana permanecerá aquí confiada a los buenos cuidados de vuestra madre y nosotros volveremos al anochecer. ¿Está lejos de aquí Nottingham?

—Aproximadamente doce millas —respondió Gilbert—; un buen caballo no tarda ni dos horas en hacer el viaje.

Llegada la noche y cerradas las puertas, nuestros personajes se sentaron a la mesa e hicieron honor al talento culinario de la buena Margarita. El principal plato era un cuarto de venado asado; maese Robín resplandecía de alegría, él había matado ese cervatillo ¡y ella se dignaba encontrar la carne deliciosa al paladar!

Repentinamente un silbido prolongado que salía de la habitación ocupada por el enfermo, atrajo las miradas de los comensales hacia la escalera que conducía al piso de arriba, y apenas se desvaneció en el aire el silbido, una respuesta semejante retumbó a cierta distancia, en el bosque. Nuestros seis comensales se estremecieron, uno de los perros guardianes lanzó aullidos de inquietud, y el silencio más absoluto volvió a enseñorearse de los alrededores y del hogar del guarda.

—Aquí ocurre algo inusitado —dijo Gilbert—, y mucho me extrañaría que no hubiera en el bosque algunos personajes de esos que no sienten el menor escrúpulo en hurgar los bolsillos ajenos.

—¿Suelen llegar hasta aquí los ladrones? —preguntó Allan.

—A veces.

Mariana, al oír estas palabras, tembló de terror y se acercó a Robín involuntariamente. Robín quiso tranquilizarla, pero la emoción le dejó sin voz, y Gilbert, dándose cuenta de los temores de la joven, dijo sonriendo:

—Tranquilizaos, noble señorita, tenemos a vuestro servicio valerosos corazones y

buenos arcos, y si los «outlaws» osan aparecer huirán como lo han hecho tantas veces, sin llevarse como botín otra cosa que una flecha más abajo de sus chaquetas.

—Gracias —dijo Mariana.

Robín iba a proseguir con palabras tranquilizadoras cuando se oyó un violento golpe en la puerta exterior de la habitación; el edificio tembló, los perros echados ante el fuego brincaron ladrando, y Gilbert, Allan y Robín se abalanzaron hacia la puerta mientras que Mariana se refugiaba en los brazos de Margarita.

—¡Hola! —gritó el guarda—. ¿Qué grosero visitante se atreve a destrozar así mi puerta?

Un segundo golpe aún más violento que el primero fue la respuesta; Gilbert repitió su pregunta, pero los furiosos ladridos de los perros hicieron todo diálogo imposible, sólo a duras penas se oyó al fin una voz sonora dominando el tumulto y pronunciando esta fórmula sacramental:

—¡Abrid, por el amor de Dios!

—¿Quién sois?

—Dos monjes de la orden de san Benito.

—¿Qué queréis?

—Abrigo durante la noche y algo de comer; nos hemos extraviado en el bosque y estamos muertos de hambre.

—Sin embargo tu voz no es la de un moribundo; ¿cómo quieres que sepa si estás diciendo la verdad?

—¡Pardiez!, abriendo la puerta y mirándonos —respondió la misma voz en un tono al que la impaciencia hacía menos humilde—. Vamos, obstinado guardabosque, ¿vas a abrirnos? Nuestras piernas se doblan y nuestros estómagos gritan.

Gilbert consultaba con sus huéspedes y dudaba cuando otra voz, una voz de anciano tímida y suplicante intervino.

—¡Por el amor de Dios!, abrid, buen guardabosque; os juro por las reliquias de nuestro santo patrón que mi hermano os ha dicho la verdad.

—Bueno, después de todo —dijo Gilbert de forma que le oyesen fuera- estamos aquí cuatro hombres, y con la ayuda de nuestros perros daremos buena cuenta de esa gente sean quienes sean. Voy a abrir. ¡Robín, Lincoln, sujetad un momento a los perros, los soltaréis si los malhechores nos atacan!

Capítulo IV

Apenas giró la puerta sobre sus goznes, un hombre que se colocó de forma que impedía que se volviera a cerrar, apareció y franqueó el umbral instantáneamente. Este hombre, joven, robusto y de colosal estatura, llevaba un largo hábito negro con capuchón y anchas mangas; una cuerda le servía de cinturón; un inmenso rosario le colgaba a un lado y su mano se apoyaba sobre un grueso y nudoso bastón de cornejo.

Un viejo, vestido de la misma forma, seguía humildemente a este hermoso monje.

Tras los saludos de costumbre, se reunieron en la mesa con los recién llegados, y la alegría y la confianza volvieron a aparecer. Sin embargo, los dueños de la choza no habían olvidado el silbido del piso de arriba y el del bosque, pero disimulaban sus temores para no asustar a sus huéspedes.

—Buen guardabosque, recibe mis congratulaciones; ¡tu mesa está admirablemente bien servida! —exclamó el monje alto devorando una tajada de venado.

Los comensales se miraban con ansiedad, solamente el monje parecía no inquietarse por nada y proseguía filosóficamente sus ejercicios gastronómicos.

—¡Qué grande es la Providencia! —continuó tras un momento de silencio—. Sin los ladridos de uno de vuestros perros, al que alarmaron los silbidos, no hubiésemos podido descubrir vuestra morada, y, con la lluvia que empezaba a caer, sólo hubiésemos tenido agua pura para refrescarnos, según las reglas de nuestra orden.

Dicho esto, el monje llenó y vació su vaso.

—¡Buen perro! —añadió el religioso inclinándose para acariciar con la mano al viejo Lance, que se encontraba casualmente tumbado a sus pies—. ¡Noble animal!

Pero Lance, rehusando responder a las caricias del monje, se levantó, estiró el cuello olfateando y gruñó sordamente.

—Robín, dame mi bastón y coge el tuyo —dijo Gilbert en voz baja.

—Y yo —dijo el monje joven—, tengo un brazo de hierro, un puño de acero y un bastón de cornejo: todo está a vuestro servicio en caso de ataque.

—Gracias —respondió el guardabosque—, creía que la regla de tu orden te prohibía emplear tus fuerzas para tal fin.

—Pero, ante todo, la regla de mi orden me ordena prestar ayuda y asistencia a mis semejantes.

—Paciencia, hijos míos —dijo el monje viejo—, no ataquéis los primeros.

—Seguiremos vuestro consejo, padre; primero vamos a…

Pero Gilbert fue interrumpido en la explicación de su plan de defensa por un grito de terror lanzado por Margarita. La pobre mujer acababa de ver en lo alto de la

escalera al herido, al que se creía moribundo en su cama, y, muda de espanto, dirigía los brazos hacia la siniestra aparición. Las miradas de todos se dirigieron inmediatamente hacia aquel mismo sitio, pero ya estaba vacía la escalera.

Gilbert lanzó una significativa mirada a Robín y éste, sin que nadie se diese cuenta y sin hacer más ruido que un gato en sus rondas nocturnas, trepó al último escalón.

La puerta de la habitación estaba entreabierta y los reflejos de las luces de la sala penetraban en el cuarto; del primer vistazo pudo Robín ver que el herido, en lugar de guardar cama, inclinaba medio cuerpo fuera de la ventana y hablaba en voz baja con una persona que se encontraba fuera.

Nuestro héroe, arrastrándose por el suelo, se deslizó hasta los pies del bandido y aguzó el oído.

—La joven y el caballero están aquí —decía el herido—; acabo de verles.

—Tanto mejor, ya no se nos escaparán.

—¿Cuántos sois, muchachos?

—Siete.

—Ellos sólo son cuatro.

—Pero lo más difícil es entrar, porque la puerta parece estar sólidamente cerrada, y oigo gruñir a una jauría de perros.

—No nos ocupemos de la puerta; más vale que permanezca cerrada durante el tumulto para que la dama y su hermano no se nos vuelvan a escapar.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—¡Pardiez!, ayudaros a entrar por la ventana. Tengo disponible la mano derecha y voy a atar a esta baranda mis sábanas y mantas. Vamos, preparaos para subir trepando.

—¡Seguro! —gritó de pronto Robín; y cogiendo al bandido por las piernas intentó tirarlo fuera.

La indignación, la cólera, el ardiente deseo de conjurar los peligros que amenazaban la vida de sus padres y la libertad de la bella Mariana, centuplicaron las fuerzas del muchacho. En vano intentó el bandido resistirse a un impulso tan brusco; tuvo que ceder y, perdiendo el equilibrio, desapareció en el aire para caer no sobre la tierra, sino en el depósito lleno de agua que se hallaba bajo la ventana.

Los hombres de fuera, sorprendidos por la caída inesperada de su compadre, huyeron hacia el bosque, y Robín bajó a contar la aventura. Primero hubo risas, pero tras ellas llegó la reflexión; Gilbert indicó que los malhechores, repuestos de su sorpresa, atacarían de nuevo la casa; se prepararon otra vez para rechazarles y el viejo monje, el padre Eldred, propuso una oración general para invocar la protección del Altísimo.

Todavía se encontraban rezando cuando unos gemidos entremezclados con

bruscos silbidos sonaron en el depósito; la víctima de Robín llamaba en su socorro a los que habían huido; éstos, avergonzados por su escapada, se acercaron sin hacer ruido, ayudaron al herido a salir del agua, le colocaron casi moribundo sobre el cobertizo y deliberaron sobre un nuevo plan de ataque.

—Vivos o muertos, tenemos que apoderarnos de Allan Clare y de su hermana —decía el jefe de esta banda de mercenarios—; son las órdenes del barón Fitz-Alwine, y preferiría desafiar al diablo o dejarme morder por un lobo rabioso antes que volver ante él con las manos vacías. De no ser por la torpeza del imbécil de Taillefer, ya habríamos regresado al castillo.

Adivinarán nuestros lectores que el bribón al que Robín había tratado tan bien se llamaba Taillefer. En cuanto al barón Fitz-Alwine, pronto le conocerán; por ahora debe bastarles con saber que este vindicativo personaje juró la muerte de Allan, en primer lugar porque Allan ama y es amado por lady Christabel Fitz-Alwine, su hija, y porque lady Christabel ha sido destinada a un rico señor de Londres; en segundo lugar porque Allan también posee ciertos secretos políticos que si se revelasen serían la ruina y la muerte del barón. En estos tiempos feudales, el barón Fitz-Alwine, señor de Nottingham, tenía derecho sobre la vida y la muerte de todo el condado, y le era fácil emplear a sus hombres en sus venganzas personales. ¡Y qué hombres, gran Dios! Taillefer era la más bella muestra.

A golpes de maza, el jefe hizo estremecerse la puerta, la cual habría cedido de no ser por una barra de hierro colocada transversalmente en el interior.

El objetivo de Gilbert era ganar tiempo a fin de terminar sus preparativos defensivos; no tenía confianza en la solidez de su puerta y quería que, cuando la abriera él mismo, los bandidos encontraran una buena acogida.

Parecía el jefe de una ciudadela a punto de ser asaltada; distribuía las funciones, ponía a cada uno en su puesto, inspeccionaba las armas y recomendaba prudencia y sangre fría por encima de todo. De valor no hablaba, pues los que le rodeaban habían dado muestras sobradas.

—Separémonos —dijo Gilbert—; yo, en este ángulo, desde el que haré llover las flechas sobre los intrusos; vos aquí, Allan, listo para acudir a todas partes en que haga falta ayuda; tú, Lincoln…

En aquel momento un viejo de colosal estatura y armado con un bastón proporcionado a ella entró en la sala.

—Tú, Lincoln, al otro lado de la puerta, frente al buen hermano, vuestros bastones se moverán a una; pero aparta primero la mesa y las sillas para que el campo de batalla esté despejado. Apaguemos también las luces, el hogar da suficiente claridad. Respecto a vosotros, mis valientes perros —añadió el guarda acariciando a sus bulldogs—, y tú, Lance, querido, ya sabéis dónde morder, atención.

Durante esta puesta a punto de la defensa, los asaltantes, cansados de golpear

inútilmente la puerta, habían cambiado de táctica, y la casa del guardabosque corría gran peligro. Felizmente Robín vigilaba desde lo alto de su observatorio.

—Padre —dijo sin elevar la voz desde lo alto de la escalera—, los bandidos amontonan leña delante de la puerta y van a prenderle fuego; son siete en total sin contar el herido, sin duda medio muerto.

—¡Por la misa! —exclamó Gilbert— no les demos tiempo a encender ni un haz; mi leña está seca y en un abrir y cerrar de ojos la casa ardería como un fuego de San Juan. ¡Abrid deprisa, abrid, padre benedictino, y cuidado todos!

El monje, manteniéndose de lado, alargó el brazo, levantó la barra de hierro, hizo rechinar los cerrojos, y un montón de maleza entró en la sala por la puerta entreabierta.

—¡Hurra! —gritó el jefe de los bandidos, que fue el primero en meter la cabeza en la habitación—. ¡Hurra!

Pero sólo pudo lanzar este grito y no dio más que un paso; Lance le saltó a la garganta, el bastón de Lincoln y el del padre cayeron simultáneamente sobre su nuca, y rodó inmóvil por el suelo.

El hombre que le seguía corrió la misma suerte.

El tercero también, pero los cuatro restantes, habiendo llegado a la lucha sin ser detenidos por los perros como había ocurrido con sus predecesores, entablaron un combate en regla, combate que Gilbert y Robín, situados como estaban, hubiesen podido acabar rápidamente con ventaja para ellos con sólo vaciar las flechas de sus carcajs sobre los enemigos, que atacaban con lanzas; pero Gilbert, más que derramar sangre, prefería dejar al benedictino y a Lincoln la gloria de acogotar a los esbirros del barón Fitz-Alwine, y se contentaba, lo mismo que Allan Clare, con detener los lanzazos.

Así, la sangre no había corrido salvo allí donde habían mordido los perros; Robín, avergonzado de su inactividad, quiso mostrar su habilidad, y, digno alumno de Lincoln en la ciencia del bastón como lo era de Gilbert en la del arco, se apoderó de un mango de alabarda y unió sus molinetes a los terribles molinetes de sus compañeros.

Al acercarse Robín, uno de los bandidos, un coloso, un Hércules, lanzó carcajadas burlonas y feroces, esquivó a Lincoln y al monje e hizo un giro ofensivo sobre el adolescente.

Pero Robín, sin alterarse, esquivó el lanzazo, que le hubiese ensartado, y respondiendo con un golpe recto y horizontal en pleno pecho, envió al bandido contra la muralla.

—¡Bravo, Robín! —gritó Lincoln.

—¡Infierno y muerte! —murmuró el bandido, que vomitaba cuajarones de sangre y parecía próximo a expirar. Pero, repentinamente, levantándose sobre sus corvas,

fingió vacilar un momento, y, ebrio de furor se precipitó sobre Robín con el hierro de su lanza por delante.

Robín estaba perdido. El desdichado había olvidado en su triunfo el mantenerse en guardia, y la lanza, rápida como el rayo, iba a traspasarle, cuando el viejo Lincoln, que controlaba hasta el menor detalle, tumbó al asesino de un bastonazo asestado perpendicularmente en el cráneo.

—¡Y cuatro! —gritó riéndose.

Efectivamente, cuatro bandidos yacían en el suelo, ya sólo quedaban luchando tres, los cuales parecían más dispuestos a huir que a mantener la ofensiva.

Y es que la enorme rama de cornejo manejada por el padre benedictino no dejaba de acariciarles los miembros.

¡Era hermoso ver al padre con su cabeza desnuda y aureolada de santa cólera, con sus mangas subidas hasta el codo, con su largo hábito recogido por encima de las rodillas!

El ángel Gabriel luchando con el demonio no tenía una prestancia más terrorífica.

Mientras que este heroico monje, ante el que Lincoln manifestaba la más viva admiración, proseguía la lucha con el arma en la mano, Gilbert, ayudado por Robín y Allan, ataba sólidamente los miembros de los vencidos que aún respiraban. Dos de ellos pedían gracia, un tercero estaba muerto; el jefe, al que Lance seguía atenazando la garganta con sus mandíbulas, agonizaba horriblemente.

Lance hundió cada vez más profundamente sus agudos dientes en la garganta de su víctima; la arteria carótida y las venas yugulares fueron seccionadas y la vida del malhechor se fue con su sangre.

Enterados de la muerte de su jefe, los bandidos pidieron misericordia. Al dueño de la casa correspondía decidir su suerte.

Gilbert Head era dueño de la vida de estos bribones; hubiera podido darles muerte de acuerdo con los usos y costumbres de la época, en la que cada uno se tomaba la justicia por su mano, pero le horrorizaba verter sangre fuera de los casos de legítima defensa; así pues tomó otro partido.

Levantaron a los seis heridos, reanimaron las fuerzas de los más maltratados, se les ató las manos a la espalda, después se les ató juntos como a galeotes, y Lincoln, asistido por el joven monje, les condujo a algunas millas de la casa, hasta uno de los más tupidos lugares del bosque, dejándolos a solas con sus pensamientos.

Taillefer no formaba parte del grupo.

En el momento en que Lincoln iba a atarlo al resto de la fila había dicho:

—¡Gilbert Head, Gilbert Head, haz que me lleven a una cama; debo hablarte antes de morir!

—No, perro ingrato; lo que debería hacer es colgarte del árbol más cercano.

—Escucha, lo que tengo que decirte es de la máxima importancia.

Gilbert iba a negarse nuevamente, pero creyó escuchar de labios de Taillefer un nombre que despertaba en él todo un mundo de dolorosos recuerdos.

—¡Anita! ¡pronunció el nombre de Anita! —murmuró Gilbert inclinándose inmediatamente sobre el herido.

—Sí, he pronunciado el nombre de Anita —respondió débilmente el moribundo.

—¡Y bien! habla, dime todo lo que sabes de Anita.

—No, no estamos solos —dijo Taillefer señalando al anciano monje, el cual rezaba ante el cadáver del bandido.

Luego, agarrando el brazo de Gilbert, el herido intentó levantarse, pero el anciano le rechazó vivamente.

—¡No me toques, descreído!

El desdichado volvió a caer de espaldas, y Gilbert, enternecido a pesar suyo, le levantó suavemente; el recuerdo de Anita mitigaba su cólera.

—Gilbert —prosiguió Taillefer con voz cada vez más débil—, te he hecho mucho daño; pero voy a intentar repararlo.

—No pido reparación; sólo escucho lo que tienes que decirme.

—¿Así pues no me reconoces, Gilbert?

—Te reconozco por lo que eres, ¡un asesino, un maldito traidor! —gritó Gilbert, que ya tenía el pie en el umbral de la puerta.

—Soy peor que todo eso, Gilbert; soy Ritson, Roland Ritson, el hermano de tu mujer.

—¡Ritson! ¡Ritson! ¡Virgen santa, madre de Dios! ¿es posible?

Y Gilbert cayó de rodillas junto al moribundo, que se debatía en las últimas angustias de la agonía.

Capítulo V

A esta tarde tormentosa sucedió una noche tranquila y silenciosa. El monje joven y Lincoln habían regresado de su expedición al bosque para enterrar el cadáver del bandido; Mariana y Margarita ya no oían el ruido de la batalla más que en sueños; Allan, Robín, Lincoln y los dos monjes reparaban sus fuerzas durmiendo profundamente; únicamente Gilbert Head velaba aún.

Cuando el sol inundó de luz la habitación, Ritson, como si despertara del sueño de la muerte, se estremeció, lanzó un gemido de arrepentimiento, y, agarrando la mano de Gilbert, la llevó a sus labios y balbuceó estas palabras:

—¿Me perdonas?

—Habla primero —respondió Gilbert con prisa por recibir alguna luz sobre la muerte de su hermana Anita y el nacimiento de Robín—; perdonaré después.

—Así moriré más tranquilo.

Iba Ritson a empezar sus revelaciones cuando unas alegres voces se escucharon en la planta baja.

—Padre, ¿dormís? —preguntó Robín desde abajo de la escalera.

—Es tiempo de partir para Nottingham si queremos volver esta tarde —añadió Allan Clare.

—Si os place, señores —decía el hercúleo monje—, seré vuestro compañero de viaje, pues una buena obra me llama al castillo de Nottingham.

—Vamos, padre, bajad para que nos despidamos.

Muy a su pesar Gilbert descendió.

Despidió inmediatamente a Robín, Allan y el monje; Mariana y Margarita debían acompañarles hasta cierta distancia de la casa para animarse con un paseo matinal; Lincoln fue enviado a Mansfeldwoohaus con un pretexto cualquiera, y el padre Eldred aprovechó la ocasión para visitar el pueblo; al final del día volverían a reunirse todos.

—Ahora estamos solos, habla, te escucho —dijo Gilbert sentándose a la cabecera de Ritson.

—No te contaré, hermano, todos los crímenes, todas las acciones monstruosas de las que soy culpable. Ya sabes que dejé Mansfeldwoohaus hace veintitrés años para entrar al servicio de Felipe Fitzooth, barón de Beasant. Este título había sido otorgado a mi señor por el rey Enrique en pago a los servicios prestados durante la guerra con Francia. Felipe Fitzooth era el hijo pequeño del viejo conde de Huntingdon, el cual murió mucho antes de mi entrada en esta casa, dejando sus bienes y su título a su hijo mayor, Robert.

—Algún tiempo después de esta herencia, Robert perdió a su mujer en el parto, y concentró todo su cariño en el heredero que ella le dejó; niño débil y enfermizo cuya vida sólo se sacó adelante con minuciosos y constantes cuidados. El conde Robert, ya desconsolado por la muerte de su esposa y desesperado por el porvenir de su hijo, se dejó dominar por la pena y murió, confiando a su hermano Felipe la misión de velar por el único retoño de su raza.

—Desde ese momento el barón de Beasant tenía un imperioso deber que cumplir. Pero la ambición, el deseo de adquirir nuevos títulos nobiliarios y de heredar una colosal fortuna le hicieron olvidar las recomendaciones de su hermano, y, tras algunos días de vacilaciones, decidió deshacerse del niño; pronto tuvo que renunciar a su proyecto, el joven Robert vivía entre numerosos criados, los lacayos, guardias y habitantes del condado le eran devotos y no hubiesen dejado de protestar e incluso de revelarse si Felipe Fitzooth se hubiera atrevido a despojarle abiertamente de sus derechos.

—Así pues, temporizó explotando la débil constitución del heredero, el cual, según opinión de los médicos, no tardaría en sucumbir si se le permitían el desorden y los ejercicios violentos.

—Con este fin me tomó Felipe Fitzooth a su servicio. El conde Robert tenía ya dieciséis años, y, de acuerdo con los infames cálculos de su tío, yo debía llevarle a su perdición por todos los medios a mi alcance, caídas, accidentes, enfermedades; yo debía intentar todo para que muriese rápidamente, todo excepto el asesinato. Fui un digno y celoso esbirro del barón de Beasant.

—Pero Robert, al crecer, se había puesto fuerte. La fatiga le era ya desconocida.

—Mi tarea se hacía cada vez más ruda. Finalmente creí observar algunos cambios en la fisonomía y el aspecto del joven conde; estos cambios, casi imperceptibles al principio, poco a poco se fueron haciendo visibles, reales, importantes; perdía su vivacidad y su alegría; se quedaba triste y pensativo durante largas horas; se quedaba inmóvil o se paseaba solo mientras que los perros acosaban la caza; ya no comía, no bebía, no dormía, rehuía a las mujeres y apenas me hablaba una o dos veces al día.

—Le espié y pronto le descubrí paseando con una joven.

—¡Vaya, vaya! ¡He aquí algo que no se espera el señor barón de Beasant! Robert está enamorado; esto explica sus insomnios, su tristeza, su falta de apetito y, sobre todo, sus paseos solitarios.

—Escuché atentamente las palabras de los dos enamorados esperando sorprender algún secreto, pero sólo oí el lenguaje usual en tales circunstancias.

—Las entrevistas de Robert y su amada duraron mucho tiempo. Para hacerlas más fáciles, Robert me lo confesó, y yo no relaté el asunto al barón de Beasant hasta que me hube informado bien de la posición de la joven. Miss Laura pertenecía a una familia menos encumbrada en la jerarquía nobiliaria que la de Robert, pero cuya

alianza sería sin embargo honrosa.

—El barón me ordenó impedir a cualquier precio el matrimonio de Robert con esa Miss Laura, e incluso llegó a ordenarme sacrificar a la joven.

—Esta orden me pareció cruel, muy peligrosa y, sobre todo, muy difícil de ejecutar.

—No sabía qué partido tomar ni a qué demonio pedir consejo cuando, confiado e indiscreto como todo hombre dichoso, Robert me contó que, queriendo ser amado por sí mismo, había ocultado su posición a miss Laura.

—Miss Laura le creía hijo del guardabosque, y a pesar de esta baja extracción, consentía en darle su mano.

—Robert había alquilado una casita en la pequeña ciudad de Loockeys, en Nottinghamshire; allí debía reunirse con su joven esposa, y para que no se sospechase nada, anunciaría al dejar el castillo de Huntingdon que iba a Normandía a pasar algunos meses junto a su tío el barón de Beasant.

—El plan resultó de maravilla; un sacerdote unió en secreto a los dos amantes; yo fui el único testigo de la boda, y nos fuimos a vivir a la casita de Loockeys.

—Tras un año de felicidad que no se empañó por nada, Laura dio a luz un niño cuyo nacimiento le costó la vida.

—¿Y ese niño —preguntó Gilbert con ansiedad—, ese niño es…?

—Sí, es el niño que te confiamos hace quince años.

—¿Es entonces Robín el heredero del título de conde de Huntingdon?

—Sí, Robín es conde, Robín…

Ritson reunió las fuerzas que le quedaban y prosiguió:

—Robert, loco de dolor, rechazó los consuelos, perdió los ánimos y cayó seriamente enfermo.

—El barón de Beasant, descontento de mi vigilancia, me había anunciado su próximo regreso; creí obrar según sus deseos haciendo enterrar a la condesa Laura en un convento próximo sin revelar su calidad de esposa del conde Robert, y puse al niño en manos de una granjera a la que conocía. Mientras tanto, el barón de Beasant volvió a Inglaterra, y, pareciéndole bien para sus planes el no desmentir el pretendido viaje de Robert a Francia, le hizo llevar al castillo anunciando que había caído enfermo en el viaje.

—La suerte favorecía al barón de Beasant, estaba a punto de lograr sus propósitos, ya se veía heredero de los títulos y la fortuna del conde de Huntingdon; Robert iba a morir… Unos instantes antes de exhalar el último suspiro, el infortunado joven llamó al barón a su cabecera, le contó su matrimonio con Laura y le hizo jurar sobre el Evangelio que velaría por el huérfano. El tío juró… pero aún estaba caliente el cadáver del desdichado Robert cuando el barón me llamaba a la cámara mortuoria y, a su vez, me hacía jurar sobre el Evangelio que nunca revelaría en tanto que él

viviera, el matrimonio de Robert, el nacimiento de su hijo ni las circunstancias de su muerte.

—Yo tenía el alma entristecida; lloraba recordando a mi señor, o más bien a mi pupilo, a mi compañero, tan dulce, tan bueno, tan generoso conmigo y con todos; pero había que obedecer al barón de Beasant.

—Así pues juré, y nos llevamos al niño desheredado.

—¿Y dónde está el barón de Beasant, usurpador del título de conde de Huntingdon? —preguntó Gilbert.

—Murió en un naufragio en las costas de Francia, y era yo quien le acompañaba como cuando vinimos aquí; yo traje a Inglaterra la noticia de su muerte.

—¿Y quién le ha sucedido?

—El rico abad de Ramsay, William Fitzooth.

—¡Cómo! ¿un abad despoja en su provecho a mi hijo Robín?

—Sí, este abad me tomó a su servicio y a los pocos días me echó injustamente tras una disputa que tuve con uno de sus criados. Salí de su casa con el corazón lleno de rabia y jurando vengarme… Y aunque la muerte me va a dejar impotente, me vengo, pues no conozco a Gilbert Head si permite que Robín continúe mucho tiempo privado de su herencia.

—No, no lo estará mucho tiempo —replicó Gilbert— o me moriré de pena. ¿Quienes son sus parientes por parte de madre? Les interesa que Robín sea reconocido conde de Inglaterra.

—Sir Guy de Gamwell-Hall es el padre de la condesa Laura.

—¡Cómo! ¿el viejo sir Guy de Gamwell-Hall, el mismo que vive al otro lado del bosque con sus siete hijos, los grandes cazadores de Sherwood?

—Sí, hermano.

—¡Pues bien! con su ayuda arrojaré del castillo de Huntingdon al señor abad, aunque le llamen el rico, el poderoso abad de Ramsay, barón de Broughton.

—Hermano, ¿moriré vengado? —preguntó Ritson abriendo apenas la boca.

—Te doy mi palabra, te lo juro.

La agonía de Ritson se prolongaba, y de vez en cuando acumulaba fuerzas para hacer alguna nueva confesión. Aún no había dicho todo; ¿era la vergüenza o es que la proximidad de la muerte oscurecía su memoria?

—¡Ah! —prosiguió tras un prolongado estertor— olvidaba una cosa importante… muy importante…

—¿Qué es?

—Quería matarles. Ayer… el barón Fitz-Alwine me pagó por ello, y temiendo que no les encontrase envió tras ellos a esa gente, mis cómplices, a los que habéis golpeado esta tarde. No sé por qué quiere el barón la vida de esas dos personas… pero adviérteles de mi parte que se guarden mucho de acercarse al castillo de

Nottingham.

Gilbert se estremeció al pensar que Allan y Robín habían partido hacia Nottingham, pero era demasiado tarde para avisarles del peligro.

Luego Ritson añadió retorciéndose de desesperación:

—¡Ah! ¡tú no conoces todos mis crímenes! ¡Tengo que confesar todo!… Gilbert Head, ¡tenías una hermana! ¿Te acuerdas?

—¡Oh! —exclamó Gilbert palideciendo y juntando convulsivamente sus manos— ¡que si me acuerdo! ¿Qué tienes que decirme de mi pobre hermana, perdida en el bosque, raptada por un «outlaw» o devorada por los lobos? ¡Anita, mi dulce Anita!

Ritson se estremeció con el frío de la muerte y dijo con una voz casi inaudible:

—Fui yo quien la mató. Se me resistía. La maté y la enterré entre el roble y el haya que hay en el ángulo de la bifurcación de Mansfeldwoohaus. Al día siguiente, cuando cundió la alarma por su desaparición, no confesé mi crimen, incluso os ayudé en vuestras búsquedas, e hice creer que se la había llevado un «outlaw» o que la habían devorado los animales…

Gilbert ya no escuchaba a Ritson; dejaba correr las lágrimas apoyado en el borde de la ventana. Cuando volvió junto al lecho, Ritson había expirado.

Durante la larga agonía de Roland Ritson, nuestros tres viajeros hacia Nottingham, Allan, Robín y el monje de voraz apetito, de corazón esforzado y miembros vigorosos, caminaban con rapidez a través del inmenso bosque de Sherwood. Hablaban, reían y cantaban.

—Señor Allan —dijo de pronto Robín—, el sol señala ya el mediodía, y mi estómago ya no recuerda el desayuno de esta mañana. Si os parece, ganaremos la orilla de un arroyo que corre a unos pasos de aquí; llevo víveres en mi morral y comeremos descansando.

—Lo que propones rebosa buen juicio, hijo mío —contestó el monje—, y me adhiero con todo mi corazón; quería decir con todos mis dientes.

—No me opongo, querido Robín —dijo Allan—, pero permíteme hacerte notar que quiero llegar al castillo de Nottingham antes de que se ponga el sol sea como sea, y que si lo que propones nos lo va a impedir, prefiero continuar mi camino sin detenerme.

—Como deseéis, señor —respondió Robín—, donde vayáis iremos nosotros.

—¡Al arroyo! ¡Al arroyo! —gritó el monje—. Sólo estamos a tres millas de Nottingham y tenemos tiempo de llegar allí diez veces antes de que llegue la noche; una hora de descanso y una buena comida no nos lo impedirá.

Tranquilizado por las palabras del monje, Allan consintió en detenerse, y fueron a sentarse a la sombra de un gran roble al fondo de un delicioso valle, por el que corría un pequeño arroyo de aguas límpidas y transparentes, en cuyo lecho descansaban guijarros blancos y rosados y cuyas orillas estaban bordeadas por hierbas con flores.

Sentados sobre la hierba a la orilla del arroyo, los tres compañeros comieron a base de bien gracias a la previsión de la buena Margarita, y una enorme cantimplora de vino de Francia pasó tan a menudo de mano en mano, que la alegría de cada uno se manifestó notablemente y el tiempo consagrado a este alto se prolongó indefinidamente sin que se dieran cuenta de ello. Robín cantaba, sin descanso. Allan, transportado al séptimo cielo, describía pomposamente los encantos y las cualidades de lady Christabel. El monje parloteaba a tontas y a locas, y proclamaba a los cuatro vientos que se llamaba Gilles de Sherbowne, que pertenecía a una buena familia de campesinos, que prefería a la vida conventual la vida activa e independiente del guardabosque y que había comprado a buen precio al superior de su orden el derecho a obrar a su guisa y a manejar el bastón.

—Me han denominado el hermano Tuck —añadía— a causa de mi talento para el bastón y de mi costumbre de subirme el hábito hasta las rodillas. Soy bueno con los buenos y malo con los malos, doy la mano a mis amigos y un bastonazo a mis enemigos, canto baladas alegres y canciones de vino a quien le gusta reír y a quien le gusta beber, rezo con los devotos, entono el «Oremus» con los santurrones, y sé cuentos divertidos para los que detestan las homilías. ¡Éste es el hermano Tuck! ¿Y vos, señor Allan? Decidnos quién sois.

—Con gusto, si me dejáis hablar —contestó Allan.

El monje hizo una mueca de despecho y se tendió en la hierba como si fuera a dormir en lugar de escuchar la historia de Allan Clare.

—Soy de origen sajón —dijo este último—; mi padre era amigo íntimo del primer ministro de Enrique II, Tomás Becket, y esta amistad fue la causa de todos nuestros males, pues fue exiliado tras la muerte de este ministro.

Robín iba a imitar al monje, pues no estaba interesado en escuchar los elogios ostentosos que hacía el caballero de su familia y sus antepasados; pero cesó en su indiferencia en cuanto se pronunció el nombre de Mariana, y, con el corazón puesto en las orejas, escuchó. Cada vez que Allan dejaba de hablar de la hermosa Mariana, Robín encontraba la forma de volver a dirigir la conversación sobre ella; tuvo sin embargo que permitir al caballero hablar de sus amores y que se extasiase largamente respecto a los encantos de la noble Christabel, la hija del barón de Nottingham. El caballero, que se había vuelto muy comunicativo bajo la influencia del vino francés, habló a continuación de su odio al barón.

—Cuando los favores de la corte llovían sobre mi familia —dijo—, el barón de Nottingham veía nuestro amor con buenos ojos, y me llamaba hijo; en cuanto la fortuna nos fue adversa me cerró su puerta y juró que Christabel nunca sería mi esposa; por mi parte, yo juré hacer cambiar su voluntad y casarme con su hija, y desde entonces he luchado sin descanso por lograr mi objetivo, y creo haberlo conseguido… Esta tarde, sí, esta tarde, me concederá la mano de Christabel o su

fanfarronería será castigada. Por casualidad descubrí un secreto que, de ser revelado, sería la causa de su ruina y su muerte, y se lo voy a decir a la cara: barón de Nottingham, te propongo un cambio: mi silencio a cambio de tu hija.

Allan habría proseguido aún largo tiempo, y Robín, en cuyo espíritu se establecían comparaciones entre Mariana y Christabel, no le habría interrumpido, a no ser porque el sol descendía en el horizonte.

—En marcha —dijo Allan.

—En marcha, hermano Tuck —añadió Robín.

Pero el hermano Tuck dormía tumbado sobre un costado.

Robín dejó al caballero el cuidado de despertar al monje.

Oyó un ruido infernal producido por gritos, juramentos y risas; el caballero y el monje se batían, o mejor, el monje volteaba su terrible bastón sobre la cabeza de Allan y éste paraba los golpes con su lanza y se reía a mandíbula batiente mientras que el benedictino vociferaba maldiciones.

—¡Hola! señores, ¿qué mosca os ha picado? —exclamó Robín.

—Si tu lanza pincha fuerte, mi bastón pega duro, arrogante caballero —decía el monje inflamado de cólera.

Allan reía mientras se guardaba de las acometidas del monje; sin embargo, al ver algunas gotas de sangre que caían por debajo del hábito del monje y enrojecían el césped, comprendió que la cólera de su adversario estaba más que justificada y pidió gracia inmediatamente. El monje interrumpió entonces sus molinetes gruñendo sordamente y manifestando todos los síntomas de un vivo dolor; llevando su mano detrás, a la parte baja del hábito, respondió al joven arquero, que preguntaba las causas de la disputa:

—Las causas están aquí, y es una vergüenza, un crimen, el turbar las devociones de un santo varón como yo hundiéndole una punta de lanza en un lugar en que no se encuentra hueso.

Allan había despertado al monje pinchándole bajo los riñones con la punta de su lanza; por supuesto, había querido reírse y no herir hasta hacer sangre al pobre Tuck; por eso pidió perdón, y, concluida la paz, el grupo reemprendió el camino de Nottingham. En menos de una hora alcanzaron la ciudad y subieron la colina en cuya cima se levantaba el castillo feudal.

—Me abrirán la puerta del castillo en cuanto pida hablar con el barón —dijo Allan—, ¿pero qué excusa daréis para seguirme vosotros, amigos míos?

—No os inquietéis por eso, señor —respondió el monje—. Hay en el castillo una joven de la que soy confesor, el padre espiritual; esta joven hace que suban el puente cada vez que quiere, y, gracias a su autoridad, puedo entrar en el castillo lo mismo de noche que de día; tened cuidado, caballero.

—Seré a la vez respetuoso y firme.

—¡Que Dios os ilumine!, pero ya hemos llegado ¡cuidado! —Y, con una voz estentórea, el monje gritó—: ¡Que la bendición de mi venerado patrón, el gran san Benito, os proporcione toda la suerte de venturas a ti y a los tuyos, maese Hubert Lindsay, guardián de las puertas del castillo de Nottingham! Déjanos entrar; acompaño a dos amigos: uno desea conversar con tu señor sobre cosas muy importantes; el otro necesita reponerse, descansar, y yo, si tú lo permites, daré a tu hija los consejos espirituales que reclama el estado de su alma.

—¿Cómo, sois vos, alegre y honrado Tuck, la perla de los monjes de la abadía de Linton? —respondieron desde el interior con cordialidad—. Sed bienvenidos vos y vuestros amigos, mi querido «gentleman».

Inmediatamente bajó el puente levadizo y los viajeros penetraron en el castillo.

—El barón ya se ha retirado a sus aposentos —contestó maese Hubert Lindsay, el encargado de las llaves, a Allan, el cual quería ser conducido sin demora junto al barón—, y si lo que tenéis que decir a milord no es cosa de paz, os aconsejaría retrasar esta entrevista hasta mañana, pues el barón está poseído esta tarde de una violenta cólera.

—¿Está enfermo? —preguntó el monje.

—Tiene su gota en un hombro y sufre como un condenado.

—Sus furores no me inquietan —dijo Allan—, quiero verle inmediatamente.

—Como deseéis, señor. ¡Eh! Tristán —gritó el guardián a un criado que cruzaba el patio—, dime cómo va el humor de Su Señoría.

—Sigue igual: grita y ruge como un tigre.

Tristán prosiguió su camino seguido por Allan, mientras que el anciano portero decía riendo:

—El pobre Tristán sube la escalera de la habitación del barón con la misma alegría que si se tratara de la de un cadalso. ¡Por la santa misa! su corazón debe tocar retirada. Pero pierdo aquí mi tiempo, amigos, y debo pasar revista a los centinelas situados en las murallas. Hermano Tuck, encontrarás a mi hija en el «office», ve allí, y, si Dios quiere, me uniré a vosotros antes de una hora.

—Muchas gracias —dijo el monje.

Y, seguido de Robín, se metió por un laberinto de corredores, galerías y escaleras en las que Robín se hubiese extraviado mil veces. El hermano Tuck, bien al contrario, conocía al detalle los lugares: la abadía de Linton no le era más familiar que el castillo de Nottingham, y con la suficiencia y el aplomo de un hombre satisfecho de sí mismo y orgulloso de ciertos derechos adquiridos desde hacía mucho tiempo, llamó a la puerta del «office».

—Entrad —dijo una voz juvenil y fresca.

Entraron, y, al ver al imponente monje, una preciosa niña de dieciséis o diecisiete años, en lugar de asustarse, se adelantó vivamente hacia ellos y les acogió con una

sonrisa simpática y amistosa.

«¡Vaya, vaya!, —pensó Robín—, así que ésta es la ingenua penitente del santo monje. ¡Por mi fe! esta hermosa muchacha con los ojos chispeantes de alegría y los labios rojos y sonrientes, es la cristiana más bonita que yo haya visto nunca!».

Maude trataba al hermano Tuck mucho más como enamorado que como director espiritual; confesemos también que las actitudes del hermano eran bastante poco canónicas.

Robín se fijó en esto, y mientras hacían honor a los refrescos y a los víveres con que Maude había llenado la mesa, insinuó con aire cándido que el monje no era lo más parecido a un confesor temido y respetado.

—Un poco de afecto e intimidad entre parientes no es reprochable —dijo el monje.

—¡Ah! ¿sois parientes? Lo ignoraba.

—En grado muy próximo, joven amigo, muy próximo y muy poco prohibido, es decir, mi padre era hijo de uno de los sobrinos del primo de la tía abuela de Maude.

—¡Oh! un parentesco perfectamente establecido.

Maude enrojecía durante este diálogo y parecía implorar la misericordia de Robín. Las botellas se vaciaron, el cuarto retumbó con el entrechocar de los vasos, con el ruido de las risas y con el murmullo de algunos besos robados a Maude.

En el momento en que la velada estaba más animada, la puerta del «office» se abrió bruscamente y un sargento, acompañado por diez soldados, apareció en el umbral.

El sargento saludó cortésmente a la muchacha, y, lanzando una severa mirada a los convidados, dijo:

—¿Sois los compañeros del forastero que ha venido a visitar a nuestro señor, lord Fitz-Alwine, barón de Nottingham?

—Sí, —respondió Robín despreocupadamente.

—¿Qué más? —preguntó el hermano Tuck audazmente.

—Seguidme ambos a los aposentos de milord.

—¿Para qué? —volvió a preguntar Tuck.

—Lo ignoro; tengo órdenes, obedeced.

Robín y Tuck obedecieron, dejando muy a pesar suyo a la preciosa Maude sola y triste en el «office».

Tras haber atravesado interminables galerías y una sala de armas, el soldado llegó ante una gran puerta de roble sólidamente cerrada y dio tres fuertes golpes en ella.

—Entrad —gritaron bruscamente.

—Seguidme de cerca —dijo el sargento a Robín y a Tuck.

—Entrad de una vez, bellacos, bandidos, carne de horca; entrad —repetía con voz de trueno el viejo barón—. Entrad, Simón.

El sargento abrió por fin la puerta.

—¡Ah! ¡Aquí estáis, bribones! ¿En qué has estado perdiendo el tiempo desde que te envié en su busca? —dijo el barón lanzando miradas fulminantes sobre el jefe de la pequeña tropa.

—Si place a Vuestra Señoría, yo…

—¡Mientes, perro! ¿Cómo osas excusarte después de haberme hecho esperar durante tres horas?

—¿Tres horas? Milord se confunde, apenas hace cinco minutos que me dio la orden de conducir aquí a esta gente.

—¡Insolente esclavo! Se atreve a desmentirme. ¡Silencio, bribón! Ya he oído bastante. Salid de aquí!

El sargento ordenó media vuelta a sus hombres.

—¡Esperad!

El sargento ordenó alto.

—No, ¡marchaos, marchaos!

El sargento volvió a indicar la marcha.

—¿Y dónde vais así, miserables?

El sargento ordenó alto por segunda vez.

—¡Os digo que salgáis de una vez, perros plomizos, milicia de caracoles, salid!

Esta vez la patrulla salió por la puerta, y aún rugía el viejo barón cuando estaban llegando a su puesto.

Robín había seguido atentamente las diversas fases de esta interesante conversación entre Fitz-Alwine y el sargento; estaba aturdido y miraba al fogoso y extraño señor del castillo de Nottingham con ojos más asombrados que espantados.

Aproximadamente cincuenta años, estatura media, ojos pequeños y vivos, nariz aguileña, largos bigotes y espesas cejas, los rasgos enérgicos, la cara colorada e inyectada en sangre y una extraña expresión de salvajismo en todas sus maneras, éste es su retrato; llevaba una armadura desconchada y un ancho sobretodo de tela blanca sobre el que destacaba la cruz roja de los paladines de Tierra Santa. En esta naturaleza eminentemente inflamable, vitriólica por así decirlo, la menor contrariedad provocaba terribles explosiones; una mirada, una palabra, un gesto que le desagradaba, le convertían en un enemigo implacable que no pensaba ya más que en venganza, venganza a muerte.

El tono del interrogatorio que iban a sufrir nuestros dos amigos anunciaba nuevas tempestades. De forma sardónica y con cruel ironía, el barón exclamó:

—¡Adelante, joven lobo de Sherwood, y tú también, monje vagabundo, gusano de convento, ven aquí! Ya me contaréis, espero, sin engaños, por qué os habéis atrevido a entrar en mi castillo y qué plan de bandoleros ha hecho que dejéis la leña uno y la palmatoria el otro. Hablad con franqueza, pues de lo contrario conozco un

maravilloso procedimiento para arrancar las palabras del gaznate de los mudos, y, ¡por San Juan de Acre!, este procedimiento lo emplearé en vuestro pellejo de blasfemos.

Robín lanzó una mirada de desprecio sobre el barón y no se dignó responderle: el monje guardó el mismo silencio y apretó convulsivamente entre sus manos el valiente bastón, la noble rama de cornejo que ya conocéis y sobre la que siempre se apoyaba, lo mismo al andar que estando parado, para adoptar un cierto aspecto venerable.

—¡Ah! no respondéis; ¿os enfurruñáis, caballeros, y no puedo saber a qué motivo debo el honor de vuestra visita? ¡Sabed, señores, que os completáis a la perfección: un bastardo «outlaw» y un mugriento mendigo!

—Mientes, barón —respondió Robín—, yo no soy el bastardo de un proscrito y el monje no es un mendigo mugriento; ¡mientes!

—¡Vaya! el perro de los bosques se atreve a desafiarme, a insultarme —gritó el barón estallando de cólera—. ¡Hola! ¡Puesto que tiene las orejas tan largas le clavarán de ellas en la puerta principal del castillo y le darán cien azotes!

Robín, pálido de indignación, pero conservando la sangre fría, permanecía mudo y miraba fijamente al terrible Fitz-Alwine mientras que tomaba una flecha de su carcaj. El barón se estremeció, pero no pareció comprender la intención del joven. Pasado un instante de silencio, continuó en tono menos violento.

—La juventud mueve mi misericordia, y, a pesar de tu impertinencia, no te haré arrojar inmediatamente a un calabozo, pero es preciso que contestes a mis preguntas, y al responder debes recordar que si te dejo vivir es por bondad de alma.

—No estoy en vuestro poder tan absolutamente como creéis, noble señor —respondió Robín con desdeñosa sangre fría—, y la prueba de ello es que no contestaré a vuestras preguntas.

Acostumbrado a una obediencia pasiva y absoluta por parte de sus servidores y de los seres más débiles que él, el barón, estupefacto, se quedó con la boca abierta; después, los tumultuosos pensamientos que se agitaban en su cerebro se transformaron en palabras incoherentes y en invectivas.

—¡Oh, oh! —dijo con risa estridente—, ¡oh! ¿No estás en mi poder, osezno mal lamido? ¿Quieres guardar silencio, mestizo de mono, hijo de bruja? Con un gesto, con una mirada, con una señal, puedo mandarte al infierno. Espera, espera, voy a estrangularte con mi cinturón.

Robín, siempre impasible, había tensado su arco y tenía preparada una flecha para el barón, pero Tuck intervino diciendo con voz insinuante:

—¿Su Señoría no ejecutará sus amenazas, espero?

Las palabras del monje operaron un cambio; Fitz-Alwine se volvió hacia él como un lobo rabioso hacia una nueva presa.

Robín lanzó una carcajada.

El barón, exasperado, cogió un misal y lo arrojó a la cabeza del monje con tal fuerza que el pobre Tuck, golpeado violentamente, vaciló aturdido; pero inmediatamente se rehízo, y, como no era hombre que recibiera tales regalos sin testimoniar prestamente su agradecimiento, blandió su terrible bastón y asestó un violento golpe sobre el hombro afectado de gota de Fitz-Alwine.

El noble lord saltó, rugió, mugió como el toro de un circo que acaba de recibir su primera herida, y alargó el brazo para descolgar de la pared su enorme espada de cruzado, pero Tuck no le dio tiempo; conservando la iniciativa administró un vigoroso correctivo al muy alto, muy noble y muy poderoso señor de Nottingham, el cual, a pesar de su armadura y de sus debilidades de gotoso, corría como un gamo por la habitación para escapar a los golpes del terrible bastón.

Varios minutos llevaba pidiendo socorro el barón cuando el sargento que había detenido a Tuck y a Robín abrió la puerta a medias y, con la cabeza entre las dos hojas, preguntó flemáticamente si le necesitaban.

Tan ágil como a los veinte años, el barón dio un salto desde el rincón de la alcoba al que le había llevado el bastón de Tuck hasta el umbral de la puerta que el sargento no se atrevía a trasponer sin que se lo ordenaran, ni siquiera para ayudar a su señor.

Pobre sargento; merecía ser acogido como un salvador, como un ángel guardián, y la cólera del señor, impotente contra el monje, se cebó en él en forma de patadas y puñetazos.

Finalmente, cansado de golpear a este ser inofensivo que no se atrevía a moverse, pues en esta época toda persona noble era sanamente inviolable para un vasallo, el barón recuperó el aliento y ordenó al sargento que detuviera a Robín y al monje y que les arrojara a un calabozo.

El sargento, liberado de las garras de su señor, partió como un rayo gritando: «¡A las armas! ¡A las armas!». Y volvió rápidamente acompañado por una docena de soldados.

A la vista de estos refuerzos, el monje cogió de la mesa un crucifijo de marfil, se colocó ante Robín, que quería disparar unas flechas, y gritó:

—En nombre de la santísima Virgen, en nombre de su Hijo, muerto por vosotros, os ordeno dejarme pasar. Desdicha y excomunión a quien se atreva a impedirlo.

Estas palabras, pronunciadas con voz de trueno, petrificaron a los soldados, y el monje salió de la habitación sin la menor oposición. Robín iba a seguir a su amigo cuando, a una señal del barón, los soldados se abalanzaron sobre el joven, le arrebataron su arco y sus flechas y le empujaron hacia el interior del aposento.

Agotado y baldado por los golpes, el barón se había dejado caer en un sillón.

—Vamos a ver ahora —dijo cuando, tras muchos esfuerzos, pudo hablar de nuevo—, vamos a ver. ¿Acompañaste a Allan Clare? —preguntó con tranquila ironía—. ¿Puedes decirme por qué razón se ha presentado en mi casa?

—Acompañé al señor Allan Clare hasta aquí, pero ignoro la causa por la que ha venido.

—¡Mientes!

Robín sonrió con infinito desprecio, y la afectada tranquilidad del lord dio paso a una violenta explosión de cólera; pero cuanto más se desataba su cólera, más sonreía Robín.

Fitz-Alwine, exasperado, pero concentrando su furor, abandonó su sillón y cogió su enorme espada. Un asesinato iba a ser cometido cuando se abrió la puerta dejando paso a dos hombres. Estaban ensangrentados y apenas podían andar. Sus ropas estaban desgarradas y llenas de barro; parecían salir de un combate en el que no habían logrado la victoria. Al ver a Robín lanzaron al unísono un grito de sorpresa, y Robín, no menos asombrado, reconoció a los supervivientes del grupo de bandidos que la noche anterior había atacado la casa de Gilbert Head. La cólera del barón llegó a su paroxismo cuando contaron las desdichas de aquella noche y señalaron a Robín como uno de los más terribles adversarios; no esperó a oír el final del relato para gritar con rabia:

—¡Llevaos a este miserable y arrojadle a un calabozo! Le dejaréis allí hasta que confiese lo que sabe sobre Allan Clare y nos pida perdón de rodillas por sus insolencias… y hasta entonces, ni pan ni agua, que muera de hambre.

—Adiós, barón Fitz-Alwine —replicó Robín—. Si no voy a salir de mi calabozo hasta que no cumpla esas dos condiciones, no nos volveremos a ver. Hasta nunca, pues.

Los soldados le empujaban para apresurar su salida de la habitación; se puso a cantar a pleno pulmón, y su voz fresca y argentina seguía resonando bajo las tenebrosas galerías del castillo cuando la puerta de la prisión se cerró tras él.

Capítulo VI

La celda era estrecha y tenía tres aberturas: la puerta, una pequeña claraboya por encima y, enfrente, otra claraboya más grande; esta última, a diez pies sobre el suelo, tenía gruesos barrotes; el mobiliario se componía de una mesa, un banco y un jergón de paja.

«Evidentemente —se decía Robín—, el barón no es tan cruel como injusto, pues me deja libres las manos y los pies; aprovechémoslo y veamos qué hay ahí arriba».

Y, colocando el banco sobre la mesa, Robín trepó hasta la claraboya con ayuda del banco, puesto de pie a lo largo de la pared. ¡Oh felicidad! su mano acaba de tocar uno de los barrotes y se ha dado cuenta de que en lugar de ser de hierro, los barrotes son de roble, de roble medio podrido. Los mueve con facilidad, también podrá romperlos fácilmente, y aunque se resistiesen, están lo suficientemente espaciados como para que su cabeza pase entre ellos, y ya se sabe que por donde pasa la cabeza también pasa el cuerpo.

Robín se puso a cantar una de sus más alegres baladas, y entre dos canciones oyó los pasos de un centinela alejarse, volver nuevamente con precaución, alejarse otra vez y volver de nuevo. Estas idas y venidas duraron un buen cuarto de hora.

«Si el mozo prosigue su paseo durante toda la noche —pensaba Robín—, corro el riesgo de seguir aquí al despuntar el día. No podré escapar sin que me oiga».

Desde hacía unos instantes un profundo silencio reinaba en la galería, y el paseante parecía haber renunciado a su vigilancia; pero Robín, que en su calidad de astuto cazador conocía todas las fintas, juzgó que en esta circunstancia era más prudente tener el testimonio de los ojos que el de los oídos, y se decidió a utilizar la mirilla de su calabozo.

Y no fue en vano, pues en lugar de un espía el joven vio dos, dos y escuchando, nariz con nariz, pegados a la puerta.

En aquel mismo instante, la linda Maude, con un candelabro en una mano y algunos objetos en la otra, aparecía en un extremo de la galería y lanzaba un grito de sorpresa al ver la cabeza de Robín por encima del par de carceleros.

Tras unas palabras con éstos, entró radiante en el calabozo, dejó víveres y bebidas en la mesa y exigió que la dejasen sola con el prisionero a fin de poder intercambiar con él algunas palabras.

—¡Y bien, joven guardabosque —dijo la hermosa muchacha en cuanto se cerró la puerta—, en buena situación estáis!

—Sed mi compañera de cautiverio, encantadora Maude, y no echaré de menos mi libertad —dijo Robín abrazándola.

—No seáis tan audaz, señor —exclamó la joven liberándose del abrazo de Robín —; no actuáis como un caballero galante.

—Perdón, sois tan bella que… Pero hablemos seriamente; sentaos y dadme vuestras manos; gracias. Decidme ahora si sabéis lo que le ha ocurrido a Allan Clare, mi compañero de viaje, el que entró en el castillo conmigo y vuestro tío Tuck.

—¡Ay! está en un calabozo aún más sombrío y más terrible que éste; se atrevió a decir a Su Señoría: «Infame bribón, me casaré con lady Christabel a pesar tuyo». En el momento en que vuestro imprudente amigo pronunciaba estas palabras, entré en la habitación del barón con mi joven señora. Al ver a milady, sir Allan Clare se olvidó de todo hasta el punto de abalanzarse sobre ella, tomarla en sus brazos y besarla exclamando: «¡Christabel, mi querida y bienamada Christabel!». Milady perdió el conocimiento y yo la aparté de la presencia de mi señor. Por orden de mi joven señora, me informé de lo que ocurría con el señor Allan, como os he dicho, está prisionero. Gilles, el alegre monje, me informó de vuestra suerte, y vine para…

—Para ayudarme a huir, ¿no es cierto, querida Maude? Gracias, gracias, sí, pronto seré libre; si Dios me protege, antes de una hora.

—¡Libre! ¿Pero cómo saldréis de aquí? Hay dos guardias en esta puerta.

—Quisiera que hubiese mil.

—¿Acaso sois brujo, hermoso forastero?

—No, pero he aprendido a trepar a los árboles como una ardilla y a saltar los fosos como una liebre.

El joven indicó con la mirada la claraboya, e, inclinándose al oído de la muchacha, acercándose tanto que al contacto de sus labios Maude enrojeció, dijo:

—Los barrotes no son de hierro.

Maude comprendió, y una sonrisa de alegría iluminó su rostro.

—Ahora debo saber dónde puedo encontrar al hermano Tuck —añadió Robín.

—En… el «office» —respondió Maude algo avergonzada—. Si milady necesita de su ayuda para liberar al señor Allan, se ha convenido que enviará a buscarle al «office».

—¿Qué camino debo seguir para llegar allí?

—Una vez fuera de aquí id hacia las murallas de la izquierda y seguidlas hasta que encontréis una puerta abierta. Esta puerta os conducirá a una escalera, la escalera a una galería y la galería a un corredor al cabo del cual está el «office». La puerta estará cerrada; si no oís ningún ruido dentro, entrad; si Tuck no está, es que milady le habrá llamado, escondeos en un armario y esperad mi llegada; nos ocuparemos de haceros salir del castillo.

—¡Mil gracias, mi preciosa Maude, nunca olvidaré vuestras bondades! —exclamó Robín alegremente.

Una hora más tarde, la luna en su cenit anunciaba a Robín que era hora de huir, y

Robín, dominando los precipitados latidos de su corazón, improvisó una escalera con su banco y alcanzó sin esfuerzo los barrotes de la claraboya; uno de ellos, muy podrido, cedió a las pocas sacudidas dejándole sitio para pasar; se encaramó en el borde de la claraboya y miró con inquietud la distancia que le separaba del suelo; pareciéndole demasiado grande, pensó utilizar su cinturón atándole por un extremo al barrote más sólido.

Terminados estos preparativos, para los que no necesitó sino un minuto, se disponía a bajar cuando vio a pocos pasos de él a un soldado que le daba la espalda y que, apoyado en su pica, contemplaba las profundidades del valle.

—¡Hola! —se dijo—. Iba a caer en la boca del lobo. ¡Cuidado!

Felizmente, una nube se cruzó entre la luna y el castillo, y la terraza quedó en la oscuridad mientras que el valle resplandecía de luz. El soldado, quizá hijo de este valle, lo contemplaba inmóvil.

—Vamos, ¡con ayuda de Dios, —murmuró Robín, que después de persignarse fervorosamente, se dejó deslizar a lo largo de la muralla agarrándose al cinturón.

Desgraciadamente el cinturón era demasiado corto, y, al llegar a su fin, notó que sus pies estaban aún alejados del suelo, y temió despertar la atención del vigilante cayendo con demasiado ruido.

¿Qué hacer? ¿Volver a subir a la prisión? Los barrotes que servían de punto de apoyo podían no aguantar los esfuerzos de una ascensión; más valía arriesgarse hasta el final. Así, confiado en la providencia y procurando ser lo más ligero posible, el joven se abandonó a su propio peso.

Un horroroso estrépito, algo así como el retumbar de una tapadera al golpear en un respiradero de bodega, fue el ruido que turbó los ensueños del centinela en el momento en que nuestro héroe tocaba tierra.

El centinela lanzó un grito de alarma y avanzó con la pica en ristre hacia el lugar en el que había sonado el ruido insólito; pero no vio nada, no oyó nada, y sin preocuparse más por las causas de tal estrépito, volvió a su puesto y se puso nuevamente a contemplar su querido valle.

Robín, al no notarse herido, aprovechó la sorpresa del vigilante para ganar terreno sin preocuparse él tampoco por las causas del escándalo; sin embargo, acababa de correr un gran peligro. Los subterráneos del castillo asomaban directamente bajo la ventana de su calabozo, y la trampa de ese respiradero no estaba cerrada; el azar quiso que la golpeara con el pie al caer, evitando así el desaparecer para siempre en las profundidades del subterráneo.

Como le había dicho la joven, encontró una puerta abierta a su izquierda, y tras haberla franqueado subió por una escalera, siguió una galería y luego un inmenso corredor.

Llegado a la bifurcación de las dos galerías, nuestro héroe, rodeado de una

profunda oscuridad, tanteaba el suelo con el pie y palpaba la muralla a fin de no desviarse, cuando oyó a alguien preguntar en voz baja:

—¿Quién está ahí? ¿Qué hacéis ahí?

Robín se pegó al muro y contuvo la respiración. Detenido igualmente, el desconocido tanteaba ligeramente las baldosas con la punta de su espada e intentaba orientarse respecto al ruido que hizo Robín al acercarse…

—Sin duda ha sido una puerta que ha crujido —se dijo el paseante nocturno; luego, prosiguió su camino.

Pensando con razón que, precedido por un guía, le sería más fácil salir del laberinto por el que erraba desde hacía un cuarto de hora, Robín siguió al extraño a una distancia prudente.

Pronto, este último abrió una puerta y desapareció.

La puerta conducía a la capilla.

Robín apresuró el paso, se deslizó tras el desconocido y se colocó sin ruido tras uno de los pilares del santo lugar.

Los rayos de la luna inundaban la capilla con sus blancas claridades, y una mujer con velo oraba arrodillada ante una tumba; el extraño, revestido con el hábito de los monjes, paseaba sus inquietas miradas por todo el edificio; de repente, al ver a la mujer, se estremeció, contuvo una exclamación, un grito de dicha que se le escapaba, atravesó la nave y se acercó a ella con las manos juntas. Al ruido de los pasos del desconocido la mujer levantó la cabeza y le miró, agitada por el temor o temblorosa por la esperanza.

—¡Christabel! —murmuró dulcemente el monje.

La joven se levantó, un profundo rubor invadió sus mejillas, y, echándose en los brazos tendidos del joven, exclamó con inexpresable alegría:

—¡Allan! ¡Allan! ¡Mi querido Allan!

Capítulo VII

Cansada de vagar ante la casa, Mariana, abandonada a sí misma, sintió deseos de reunirse con su hermano; Lance dormía echado en el umbral de la puerta; le llamó, le acarició con su blanca mano y se marchó con él sin advertir a Gilbert.

Durante largo tiempo anduvo la joven reflexionando y pensando en el porvenir de su hermano; luego se sentó al pie de un árbol. Lance, el fiel animal, se había tumbado junto a ella, y, con el hocico levantado, fijaba en ella sus dos grandes ojos redondos en los que brillaba la inteligencia.

El sol no iluminaba ya más que la copa de los altos árboles y el crepúsculo oscurecía las colinas. Lance se levantó y lanzó quejidos moviendo la cola.

Mariana, arrancada de sus ensueños por esta advertencia, se arrepintió de haber permanecido tanto tiempo en el bosque; pero los alegres correteos del animal al levantarse ella la tranquilizaron, y emprendió el camino de regreso esperando aún el pronto retorno de Allan.

Repentinamente, Lance se detuvo; se tensó sobre sus patas, estiró el cuello y el lomo, levantó las orejas, arrugó el hocico, olfateó el aire, rastreó el camino y se puso a ladrar con rabia.

Mariana temblorosa, quedó clavada donde estaba e intentó percibir algún indicio de la causa de los ladridos del can.

«A lo mejor es que se acerca Allan», pensó la joven escuchando.

En torno suyo todo estaba silencioso. Incluso el perro cesó en sus ladridos; Mariana dejó de temblar. Pero justo cuando, riéndose de sus temores, iba a continuar su camino, un sonido de pasos precipitados se oyó en la maleza, y los ladridos de Lance volvieron a elevarse con más furia y rabia que antes.

El miedo a caer en manos de un «outlaw» dio alas a la muchacha, y echó a correr por el sendero; pronto tuvo que detenerse desfallecida, y a punto estuvo de desvanecerse al oír gritar a un hombre con voz ruda e imperiosa:

—¡Llamad a vuestro perro!

Lance, que había quedado atrás para proteger la huida de Mariana, acababa de saltar a la garganta del individuo que la perseguía.

—¡Llamad a vuestro perro! —gritó nuevamente el extraño—. No tengo intención de haceros daño.

—¿Cómo sé que decís la verdad? —respondió Mariana en tono firme.

—Hace mucho que os podría haber clavado una flecha en el corazón si fuera un malhechor; ¡os repito que llaméis a vuestro perro!

Los colmillos de Lance ya habían desgarrado sus ropas y buscaban su carne.

A la primera voz de Mariana el perro soltó su presa y se colocó junto a ella, sin perder de vista al desconocido y mostrándole sus dientes.

El individuo era un «outlaw», uno de esos proscritos sin Dios ni ley que roban y asaltan a los guardabosques menos valerosos que Gilbert y asesinan a los viajeros indefensos. Este miserable, en cuyo rostro se reflejaba el crimen, estaba vestido con un jubón y unos calzones de piel de cabra; un ancho sombrero, sucio y sobado, tapaba a medias su larga cabellera, que caía desordenadamente sobre sus hombros. La espuma que había salido de la boca del perro blanqueaba su espesa barba; de su costado pendía una daga, en una mano tenía el arco y en la otra las flechas.

A pesar de su espanto, Mariana simulaba una gran sangre fría.

—No os aproximéis —dijo la joven mirándole imperiosamente.

—De verdad, hermosa muchacha —dijo el bandido tras un momento de silencio —, de verdad que admiro vuestro valor y la audacia de vuestras palabras, pero esta admiración no hará cambiar mis planes; sé quién sois, sé que llegasteis ayer a casa de Gilbert Head, el guardabosque, en compañía de vuestro hermano Allan, y que esta mañana vuestro hermano Allan partió hacia Nottingham; sé todo eso tan bien como vos; pero también sé, y vos no lo sabéis, que las puertas del castillo de Fitz-Alwine se abrieron para dejar paso al señor Allan, pero que no se volverán a abrir para que salga.

—¿Qué decís? —exclamó Mariana dominada de nuevo por el terror.

—Digo que el señor Allan Clare está prisionero del barón de Nottingham.

—¡Dios mío! —murmuró con dolor la joven.

—Y no lo lamento.

—Pero, ¿cómo os habéis enterado de que mi hermano estaba preso?

—¡Al diablo las preguntas, preciosa!

Y dio un paso hacia Mariana, quien retrocedió inmediatamente gritando:

—¡A él, Lance, a él!

El valiente animal no esperaba más que esta orden para saltar a la garganta del proscrito; pero éste, sin duda acostumbrado a tales luchas, cogió las dos patas delanteras del perro y, con fuerza irresistible, lo arrojó a veinte pasos; el perro, sin amedrentarse, volvió a la carga, y con una hábil finta, atacó de lado en lugar de atacar frontalmente, mordió en los pelos que salían por debajo del sombrero del bandido, y clavó tan profundamente sus dientes que la oreja entera se arrancó y se le quedó en la boca.

Un río de sangre inundó al herido, que se apoyó en un árbol lanzando espantosos rugidos y blasfemando de Dios, y Lance, contrariado por no haber podido meter el diente en algún sitio resistente, volvió a saltar.

Pero este tercer ataque debía resultarle fatal; su adversario, aunque agotado por la pérdida de sangre, le asestó un golpe tan violento sobre el cráneo con el plano de su

daga, que rodó inerte a los pies de Mariana.

—¡Ahora nosotros dos! —gritó el bandido tras haber observado con satisfacción la caída de Lance—. ¡Nosotros dos, preciosa!… ¡Infierno y condenación! —rugió paseando su mirada por los alrededores—. ¡Se ha ido! ¡Se ha salvado! ¡Ah! ¡Por todos los diablos que no escapará!

Y se lanzó en persecución de Mariana. La pobre muchacha corrió durante largo tiempo sin saber si el sendero que había tomado la conduciría a la casa de Gilbert Head. Desgraciadamente, la luna, la misma luna que aquel preciso momento iluminaba la fuga de Robín, iluminó la escapada de Mariana; su vestido blanco la traicionó.

—¡Por fin! —exclamó el bandido—, ¡ya la tengo!

Mariana oyó estas horribles palabras: ¡Ya la tengo! y más ágil que un gamo, más rápida que una flecha, voló, voló, voló; pero pronto, agotada, desfallecida, sólo tuvo fuerzas para gritar por última vez:

—¡Allan! ¡Allan! ¡Robín! ¡Socorro! ¡Socorro!

Cayó desvanecida.

Guiado por el blanco vestido, el «outlaw» había apresurado su carrera aún más, y ya se inclinaba y extendía los brazos para agarrar su presa, cuando un hombre, un guarda que se encontraba emboscado velando por la conservación del coto real, intervino gritando:

—¡Hola! ¡Miserable bellaco! ¡No toques a esa mujer o eres hombre muerto! ¡Deténte o te atravieso!

El bandido retrocedió, pues el hierro de la pica del guardabosque tocaba ya sus calzones.

—¡Tira las flechas! ¡Tira el arco! ¡También la daga!

El bandido arrojó sus armas al suelo.

—Muy bien, ahora date la vuelta y lárgate rápido o te agujereo a flechazos.

Había que obedecer; sin armas, no hay resistencia posible. El proscrito se alejó vomitando torrentes de blasfemias y maldiciones, y jurando vengarse tarde o temprano. El guardabosque se aplicó a reanimar a la pobre Mariana, que yacía inmóvil en la hierba como una blanca estatua de mármol caída de su pedestal; la luna, alumbrando su pálido rostro, aumentaba la ilusión.

La joven fue trasladada a la orilla de un arroyo que corría no lejos de allí; algunas gotas de agua sobre sus sienes y su frente la reanimaron, y, abriendo los ojos, como si saliese de un largo sueño, exclamó:

—¿Dónde estoy?

—En el bosque de Sherwood —respondió con sencillez el guardabosque.

Al oír esta voz que le era desconocida, Mariana quiso levantarse y huir de nuevo, pero le faltaron las fuerzas; juntó las manos y dijo con voz suplicante:

—¡No me hagáis daño, tened piedad de mí!

—Tranquilizaos, señorita, el miserable que se atrevió a atacaros está muy lejos de nosotros, y si lo intentara de nuevo tendría que vérselas conmigo antes de tocar un pliegue de vuestro vestido.

Mariana, temblando, lanzaba miradas espantadas en torno a ella; sin embargo la voz que oía parecía amistosa.

—Señorita, ¿queréis que os conduzca a mi «hall»? Seréis bien acogida, os lo juro. Allí hay muchachas que os atenderán y os consolarán, jóvenes fuertes y vigorosos que os defenderán y un anciano para serviros de padre. Venid.

Había tanta cordialidad y franqueza en estos ofrecimientos que Mariana se levantó instintivamente y siguió al honrado guardabosque sin decir una palabra.

El aire fresco y la marcha hicieron pronto que volviera a ella la inteligencia y la sangre fría; estudió atentamente el aspecto de su guía, y, como si un secreto presentimiento la advirtiese de que el desconocido era amigo de Gilbert Head, dijo:

—¿Dónde vamos, señor? ¿Conduce este camino a la casa de Gilbert Head?

—¡Cómo! ¿Conocéis a Gilbert Head? ¿Acaso sois su hija? ¿Habrá guardado silencio respecto a la posesión de tan maravilloso tesoro?

—Estáis en un error, señor; no soy la hija de Gilbert Head sino su amiga, su huésped desde ayer.

—Es imposible ir esta noche a casa de Gilbert; está demasiado alejada de aquí; pero el «hall» de mi tío está a dos pasos; estaréis a salvo, y para que vuestros anfitriones no se inquieten iré a llevarles noticias vuestras.

—Mil gracias, señor; acepto vuestro ofrecimiento, pues me muero de fatiga.

—Apoyaos en el brazo de Pequeño Juan, el cual os llevaría si fuera preciso y sin cansarse más de lo que se cansa la rama de árbol que sostiene una tórtola.

—Pequeño Juan, Pequeño Juan —murmuró extrañada la joven mientras levantaba la cabeza para abarcar con la mirada la colosal estatura de su acompañante—. ¡Pequeño Juan!

—Sí, Pequeño Juan, apodado así porque tiene seis pies y seis pulgadas de alto, porque sus hombros son anchos, porque de un golpe mata a un buey, porque sus piernas hacen sin detenerse cuarenta millas inglesas, porque no hay bailarín, corredor, luchador ni cazador que pueda hacerle rendirse, y, en fin, porque sus seis primos, sus compañeros, los hijos de sir Guy de Gamwell, son todos más bajos que él; he ahí la razón, señorita, de que el que tiene el honor de daros su brazo sea llamado por todos los que le conocen Pequeño Juan.

Así, charlando y riendo, Mariana y su compañero se encaminaron hacia el «hall» de Gamwell; pronto llegaron a la linde del bosque, y, allí, un magnífico panorama apareció ante ellos.

—Allá abajo, a la derecha del pueblo y de la iglesia, ¿no veis —dijo Pequeño

Juan a su acompañante— ese gran edificio cuyas ventanas, a medio abrir, dejan escapar vivas claridades? ¿Lo veis, miss? Pues bien, es el «hall» de Gamwell, la casa de mi tío. No hay lugar más confortable en todo el condado, ni en toda Inglaterra un rincón natural más maravilloso. ¿Qué os parece, miss?

Mariana aprobó con una sonrisa el entusiasmo del sobrino de sir Guy de Gamwell.

—Apresuremos el paso, miss —continuó éste—, el rocío de la noche es abundante y no quisiera veros temblar de frío cuando dejéis de temblar de miedo.

Muy pronto, una jauría de perros acogió ruidosamente a Pequeño Juan y a su acompañante. El joven moderó sus manifestaciones de alegría con rudas palabras de amistad y con algún bastonazo a los más turbulentos, y tras haber pasado ante grupos de servidores en cuyas caras se traslucía la extrañeza y que le saludaron respetuosamente, entró en la sala principal del «hall», justo cuando toda la familia se sentaba a la mesa para cenar.

—Mi buen tío —gritó el joven conduciendo de la mano a Mariana hacia un sillón en el que se sentaba el venerable sir Guy de Gamwell—, os pido hospitalidad para esta hermosa y noble señorita. Gracias a la providencia, de la que no he sido más que un indigno instrumento, acaba de escapar a la furia de un infame «outlaw».

Los seis primos de Pequeño Juan admiraban a Mariana con la boca abierta, mientras que las dos hijas de sir Guy se adelantaban con un apresuramiento lleno de gracia hacia la viajera.

—¡Bravo! —decía el patriarca del «hall»—. ¡Bravo, Pequeño Juan!, ya nos contarás como actuaste para no asustar a esta joven al acercarte a ella en plena noche y en medio del bosque, y cómo le inspiraste confianza para que se decidiera a seguirte sin conocerte y nos hiciera el honor de venir a acogerse bajo nuestro techo. Noble y hermosa señorita, parecéis apenada y cansada. ¡Bien! Sentaos aquí, entre mi esposa y yo; un poco de vino generoso os devolverá vuestras fuerzas; mis hijas os conducirán inmediatamente a un buen lecho.

Esperaron a que Mariana se retirase a su alcoba para pedir a Pequeño Juan un relato detallado de sus aventuras de la noche, y Pequeño Juan terminó su narración anunciando que iba a ponerse en camino hacia la casa de Gilbert Head.

—¡Pues bien! —exclamó William, el más joven de los seis Gamwell—, ya que esta dama es amiga del buen Gilbert y de Robín, mi compañero, quieroir contigo primo Pequeño Juan.

Pequeño Juan y Will dejaron inmediatamente la mesa y tomaron el camino del bosque.

Capítulo VIII

Habíamos dejado a Robín en la capilla; permanecía escondido tras una columna y se preguntaba por qué feliz concurso de circunstancias afortunadas había podido Allan recobrar su libertad.

«Es Maude, la gentil Maude, sin duda alguna, la que ha hecho esta jugada al barón —pensaba Robín—, ¡y a fe mía! si continúa abriéndonos así todas las puertas del castillo le prometo un millón de besos».

—Una vez más, querida Christabel —decía Allan llevando a sus labios las manos de la joven—, he tenido la dicha, tras dos años de separación, de olvidar junto a vos todo lo que he sufrido.

—Allan, el cielo es testigo de que si en mi mano estuviese el hacer vuestra felicidad, seríais dichoso.

—¡Algún día lo seré! —exclamó Allan con arrebato—. Dios consentirá lo que queréis.

—Querida Christabel —continuó Allan—, ¿cómo pudisteis descubrir el calabozo en el que estaba encerrado? ¿quién me abrió la puerta? ¿quién me consiguió este hábito de monje? No pude descubrir a mi salvador en la oscuridad. Únicamente me dijeron en voz baja: «Id a la capilla».

—Sólo hay una persona en el castillo en la que pueda confiar: una joven tan buena como ingeniosa, Maude, mi camarera. Es a ella a la que debemos vuestra evasión.

«Estaba seguro», murmuró Robín.

—Cuando mi padre, después de habernos separado tan violentamente, os arrojó a un calabozo, Maude, sufriendo al ver mi desesperación, me dijo: «Consolaos, milady, pronto volveréis a ver al señor Allan». Y ha mantenido su palabra, pues me advirtió hace unos instantes que podía esperaros aquí. Parece que el carcelero encargado de vigilaros no ha sido insensible a los mimos de Maude; le llevó de beber, le cantó canciones, y tanto le aturdió con vino y miradas que el pobre se durmió como un lirón; entonces le quitó las llaves. Por un providencial azar se encontraba en el castillo su confesor, y el santo barón no dudó en despojarse de su hábito en vuestro favor.

—¿Ese monje no se llama hermano Tuck?

—Sí, amigo mío. ¿Le conocéis?

—Un poco —respondió sonriendo el joven, y añadió apresuradamente—: Mariana nos espera en casa de un honrado guardabosque de Sherwood; ha dejado Huntingdon para vivir con nosotros, pues yo esperaba que vuestro padre me

concediera vuestra mano; pero ya que, no contento con denegármela, atenta contra mi libertad, para atentar sin duda contra mi vida después, sólo nos queda una oportunidad para ser felices: la huida…

—¡Oh! ¡No, Allan! ¡Nunca abandonaré a mi padre!

—Su cólera caerá sobre vos lo mismo que ha caído sobre mí. Mariana, vos y yo, seríamos felices aislados del mundo; en cualquier parte en que queráis vivir, en el bosque, en la ciudad, en cualquier parte, Christabel. ¡Oh! ¡Ven, ven, no puedo salir de este infierno sin ti!

Christabel, aturdida, lloraba con la cara entre sus manos y pronunciando esta sola palabra: «¡No! ¡No!».

Mientras que el joven «gentleman» y Christabel, estrechados uno contra el otro, se confiaban sus dolores y sus esperanzas, Robín, ante el cual se desarrollaba por primera vez una escena de verdadero amor, se sentía transportado a un mundo nuevo.

La puerta por la que los prisioneros habían entrado en la capilla se abrió suavemente y Maude, llevando una antorcha en la mano, apareció seguida del hermano Tuck, que venía sin su sotana.

—¡Oh, mi querida señora! —gritó Maude con lágrimas en los ojos—. ¡Todo está perdido! ¡Vamos a morir! ¡Es una matanza general!

—¿Qué dices, Maude? —exclamó Christabel espantada.

—Digo que vamos a morir: el barón entra por todas partes a sangre y fuego; no perdona a nadie, ni a vos ni a mí. ¡Ay! Morir tan joven es horrible. ¡No, no, mil veces no, milady, no quiero morir!

—Juegas cruelmente con mi temor, Maude —añadió Christabel—; dime qué es lo que debemos temer, te lo suplico, te lo ordeno.

La joven doncella, intimidada, enrojeció y dijo finalmente acercándose a su señora:

—Esto es lo que pasa, milady. Sabéis que hice tragar a Egbert, el carcelero, más vino de lo que su cabeza podía soportar; se durmió. Durante su sueño, profundo por la embriaguez, Egbert fue llamado por milord; milord quería ver a vuestro… al señor Allan; el pobre carcelero, aún bajo la influencia del vino que le había dado yo, olvidando el respeto que debe a Su Señoría, se presentó ante él con los brazos en jarras y le preguntó en tono poco respetuoso por qué osaba molestarle, a él, un buen honrado muchacho, durante su sueño. El señor barón quedó tan sorprendido al escuchar tan extraña pregunta que se quedó algunos instantes mirando a Egbert sin dignarse a responderle. Envalentonado por este silencio el carcelero se acercó al señor barón y, apoyándose sobre su hombro, le dijo en tono jovial: "Dime, viejo despojo de Palestina, cómo va tu salud? Espero que la gota te dejará dormir tranquilo esta noche…". Ya sabéis, milady, que Su Señoría no estaba de muy buen humor, juzgad pues su cólera tras las palabras y los gestos de Egbert… ¡Ay! si hubieseis visto

al señor barón, temblaríais como yo, temeríais una sangrienta catástrofe; monseñor echaba espuma de rabia, rugía más que un león herido, destrozaba la sala a patadas y buscando algo para destrozar con sus manos; de pronto se apoderó del manojo de llaves colgado del cinturón de Egbert y buscó entre todas la llave del calabozo de vuestro… del señor caballero. La llave no estaba. «¿Qué has hecho?», preguntó el barón con voz de trueno, Egbert, despejado instantáneamente, palideció de espanto. El señor barón ya no tenía fuerzas para gritar, pero el temblor convulsivo que agitaba todo su cuerpo indicaba que iba a vengarse. Llamó a una patrulla de soldados y se dirigió al calabozo del señor anunciando que si el prisionero no estaba ahorcaría a Egbert… Señor —añadió Maude volviéndose hacia Allan—, es preciso huir lo más rápidamente posible antes de que mi padre, alertado, cierre las puertas del castillo y baje el puente levadizo.

—¡Partid, querido Allan! —gritó Christabel—. Nos separaríamos para siempre si mi padre nos encontrara juntos.

—¡Pero!… ¿y tú, Christabel, y tú? —dijo Allan en el colmo de la desesperación.

—Yo me quedo… calmaré la furia de mi padre.

—¿Pero estáis segura, Maude, de que vuestro padre nos dejará salir del castillo? —preguntó el hermano Tuck.

—Sí, sobre todo si no se ha enterado aún de los acontecimientos de la tarde. Vamos, no hay tiempo que perder.

—Pero entramos tres en el castillo —dijo el monje.

—Es verdad —añadió Allan—. ¿Qué ha pasado con Robín?

—¡Presente! —exclamó el joven saliendo de su escondrijo.

Christabel dejó escapar un ligero grito por el susto, y Maude acogió a Robín con un apresuramiento tan gracioso que el monje frunció las cejas.

Repentinamente se oyó un ruido de pasos en el corredor que conducía a la capilla.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —dijo Maude—. Aquí está el barón; en nombre del cielo, ¡marchaos!

Despojándose con rapidez de su hábito, Allan se lo dio al monje y se fue hacia Christabel para darle el último adiós.

—¡Por aquí, caballero! —gritó Maude imperiosamente abriendo una de las puertas de salida.

Allan depositó en los labios de Christabel el más ardiente de los besos, y acudió a la llamada de Maude.

—Mientras que huimos, milady, poneos a rezar y haceos la ignorante de forma que el barón no dude de que no conocéis la causa de su cólera.

Apenas se cerró la puerta tras los fugitivos, el barón, al frente de sus hombres armados, irrumpía en la capilla.

Más tarde volveremos con él; acompañemos ahora a nuestros tres amigos, que

llevan a la gentil Maude como ángel guardián.

El pequeño grupo recorría una larga y estrecha galería. A su frente iba Maude con una antorcha, detrás Robín junto al hermano Tuck; Allan iba el último.

Llegaron a un cruce de corredores.

—A la derecha —dijo Maude; veinte pasos más allá se encontraron con la portería.

La joven llamó a su padre.

—¡Cómo! —exclamó el viejo Lindsay, que felizmente ignoraba aún todo lo ocurrido—. ¡Ya nos abandonáis! ¡Y siendo aún de noche! Esperaba beber con vos antes de irme a dormir, hermano Tuck, ¿de verdad tenéis que partir ya?

—Sí, hijo mío —contestó Tuck.

—Entonces, adiós, alegre Gilles; y también vosotros, buenos «gentlemen», ¡hasta la vista!

El puente levadizo bajó, Allan salió del castillo el primero, el monje le siguió tras haber hablado con la joven, la cual no le permitió en esta ocasión darle lo que él llamaba su bendición: un beso, pues aprovechó un momento de distracción del monje para poner sus ardientes labios en la mano de Robín.

Haciendo estremecerse al joven con todo su ser, el beso la afligió profundamente.

—Nos volveremos a ver pronto, ¿verdad? —dijo Maude en voz baja.

—Así lo espero —contestó Robín—, y mientras esperas mi regreso hazme la merced de coger mi arco y mis flechas de la habitación del barón; se lo entregarás a quien venga de mi parte.

—Venid vos mismo.

—¡Sí! Volveré yo. Adiós, Maude.

—Adiós, Robín, adiós.

Los fugitivos bajaron rápidamente la colina, atravesaron la villa sin detenerse y no disminuyeron su marcha hasta que se vieron bajo la sombra protectora del bosque de Sherwood.

Capítulo IX

Hacia las diez de la noche, Gilbert, que esperaba con impaciencia el regreso de los viajeros, dejó al padre Eldred en el cuarto de Ritson y bajó junto a Margarita, que hacía las cosas de la casa; quería enterarse de si miss Mariana no se inquietaba por la larga ausencia de su hermano.

—Son las diez, Maggie, las diez, y esa joven no está en la casa.

—Se paseaba con Lance por el camino de enfrente.

—Habrá perdido la casa de vista y se habrá perdido. Tengo que encontrarla.

Guiado por el instinto o más bien por esa premonición que adquieren los guardabosques viviendo en su medio, Gilbert siguió exactamente el camino que había recorrido Mariana hasta el lugar en que se sentó. Llegado allí, el guardabosque creyó escuchar un sordo gemido junto a una avenida cercana hasta la que el follaje no permitía llegar los rayos de luna; escuchó atentamente y percibió los gemidos entremezclados con débiles gritos como los de un animal que sufre. La oscuridad era profunda, y Gilbert se dirigió a tientas hacia el lugar de donde partían los gemidos; a medida que se acercaba, los quejidos se hacían más claros, y pronto los pies del guarda tropezaron con una masa inerte tendida en el suelo; se inclinó, extendió el brazo, y su mano tocó los pelos de un animal por entre los que rezumaba un sudor frío. El animal, reanimado al contacto de esta mano, hizo un movimiento, y sus quejas se convirtieron en un débil ladrido de agradecimiento.

—¡Lance, mi pobre Lance! —exclamó Gilbert.

Lance intentó levantarse, pero fatigado por el esfuerzo volvió a caer gimiendo.

"Una espantosa desgracia le ha ocurrido a la muchacha —pensó Gilbert—, y Lance, queriendo defenderla, sucumbió en la lucha. ¡Vamos, vamos! —murmuraba el guarda acariciando con ternura al fiel animal—, ¡anda! mi pobre amigo, ¿dónde estás herido? ¿en el vientre? no. ¿En el lomo? ¿en las patas? No, no. ¡Ah! ¡en la cabeza! El bandido quiso partirte el cráneo… ¡No es nada! no nos moriremos. Mucha sangre has perdido, pero aún te queda… El corazón marcha, sí, noto cómo late, y no se bate en retirada".

Gilbert, como todos los campesinos, conocía las virtudes medicinales de ciertas plantas; así pues se apresuró a recoger algunas en los claros cercanos, donde la oscuridad luchaba con los primeros rayos de la luna, y, tras haberlas machacado con dos piedras, las colocó sobre la herida de Lance sujetándolas con ayuda de una compresa improvisada con un trozo de su zamarra de piel de cabra.

—Debo dejarte, pobre viejo, pero estáte tranquilo: volveré a buscarte.

Hablando así a su perro, como hablaría a un hombre, el viejo guardabosque lo

tomó entre sus brazos y lo llevó a otro sitio más apropiado. Hecho esto, acarició a su animal por última vez y prosiguió su camino en busca de Mariana.

«¡Por san Pedro! —murmuraba Gilbert explorando con ojos de lince claros y montículos—, ¡por san Pedro! si el buen Dios cruza en mi camino al hijo de Satanás que ha dañado a mi pobre Lance, le voy a hacer bailar al son de mi daga como nunca bailó. ¡Bellaco! ¡bandido!».

Gilbert seguía el sendero por donde había huido Mariana tras la caída de Lance, y llegó al claro cerca del cual Pequeño Juan había salvado a la fugitiva. Se disponía a explorar los alrededores cuando una sombra, a la que los oblicuos rayos hacían gigantesca, se agitó en el suelo; primero creyó que era la de un gran árbol y no prestó atención; pero el instinto le dijo que esta sombra tenía algo de extraño; la observó más atentamente y pronto se dio cuenta de que sólo podía pertenecer a un ser vivo, a un hombre.

A veinte pasos del sitio donde se encontraba, Gilbert vio a un hombre de pie apoyado contra un árbol que le daba la espalda y movía los brazos en torno a la cabeza como si quisiese colocarse un turbante.

El guardabosque puso sin dudar su vigorosa mano sobre el que creía que era un «outlaw», y acaso también el asesino de miss Mariana.

—¿Quién eres? —preguntó al mismo tiempo con voz de trueno.

El hombre, medio soltándose, medio fatigado, vaciló y se dejó caer a lo largo del árbol hasta los pies de Gilbert.

—¿Encontraste esta tarde en el bosque a una joven vestida con un traje blanco?

Una terrible sonrisa deformó los labios del bandido.

—Comprendo, la has encontrado. Pero ¿qué veo? ¿Estás herido en la cabeza? Sí, esa herida la han hecho los dientes de un perro. ¡Miserable! ¡voy a comprobarlo!

Y Gilbert arrancó con rapidez la venda ensangrentada que recubría la herida; el hombre, desenmascarado, dejó ver un trozo de carne que caía sobre su cuello, y, loco de dolor, gritó sin imaginar que se estaba acusando:

—¿Cómo sabes que era un perro? ¡Estábamos solos!

—¿Y la joven? Habla miserable, habla o te mato.

Mientras Gilbert, con la mano en la empuñadura de su daga, esperaba una respuesta, el «outlaw» sacó disimuladamente su ballesta y le asestó un violento golpe en la cabeza. El anciano, aturdido por un instante, se rehízo pronto, se sentó firmemente sobre sus piernas y desenvainó. El proscrito recibió con el plano de su daga una serie de golpes tan furiosos en la espalda, los hombros, los brazos y los flancos, que cayó a tierra y quedó inmóvil, casi muerto.

—No sé por qué no te mato, ¡miserable! —gritaba el guardabosque— pero puesto que no quieres decir dónde está te abandono a tu suerte. Muere como una alimaña.

Y Gilbert se alejó para proseguir su búsqueda.

—¡Aún no estoy muerto, vil esclavo del látigo! —murmuró el proscrito incorporándose sobre un codo.

Y arrastrándose con manos y rodillas, fue a buscar reposo y abrigo en la espesura.

El anciano, cada vez más inquieto, seguía recorriendo el bosque, y empezaba a perder toda esperanza de encontrar a la muchacha, al menos viva, cuando, no lejos de donde se encontraba, oyó cantar una de esas alegres baladas que antaño compuso en honor de su hijo Robín.

El cantante invisible se dirigía hacia él por el mismo sendero; Gilbert escuchó, y su amor propio de poeta le hizo olvidar las inquietudes del momento.

—Así la roja figura del idiota de Will, al que apodan el Escarlata con tanta razón, se balancee colgada de la rama de un roble —murmuró Gilbert con mal humor—. Canta mi balada de una forma que nada tiene que ver con la letra. ¡Eh! maese Gamwell; ¡eh! William Gamwell, ¡no estropees así la música y la poesía! ¡Eh! ¿qué diablos haces a estas horas en el bosque?

Reconociendo al guardabosques Will gritó:

—¡Buenas noticias, amigo mío, buenas noticias! La joven está a salvo en el «hall»; miss Bárbara y miss Vinifred cuidan de ella; Pequeño Juan la encontró en el bosque justo en el momento en que un «outlaw» le iba a jugar una mala pasada. ¿Pero estáis solo, Gilbert? ¿y Robín? ¿dónde está mi querido Robín Hood?

—¡Tranquilízate, tranquilízate Will! Robín partió esta mañana hacia Nottingham; cuando dejé la casa no había regresado aún.

—Qué pálido estáis, Gilbert —dijo otro personaje que no era sino Pequeño Juan —. ¿Qué tenéis? ¿Estáis enfermo?

—No; estoy apenado: mi cuñado murió hoy, y me he enterado de que… pero dejémoslo, no hablemos de ello. ¡Dios sea alabado!, miss Mariana está a salvo. Es a ella a quien buscaba en el bosque; juzgad mi aprensión, sobre todo después de haber encontrado hace un instante al mejor de mis perros, al pobre Lance, medio muerto.

—Lance medio muerto, ese perro tan bueno, tan…

—Sí, Lance, un animal de los que ya quedan pocos, la raza se ha extinguido.

—¿Quién lo ha hecho? ¿Quién cometió ese crimen? ¡Decidme dónde está el bellaco que le parto las costillas!

—Estáte tranquilo, hijo mío, ya vengué al viejo Lance.

—No importa, también yo quiero vengarle, ¿dónde está el miserable que es tan cobarde como para matar a un perro? Le voy a tomar las medidas con mi bastón. ¿Un «outlaw», verdad?

—Sí, le dejé allá… por aquella parte… casi muerto, después de haberle tumbado a golpes de plano con mi daga.

A pocos pasos de su casa, Gilbert se detuvo para escuchar un ruido lúgubre que rompía el silencio, y exclamó estremecido:

—Es Lance; quizá su postrer grito de dolor.

—Valor, buen Gilbert, ya llegamos; la señora Margarita os espera en la puerta con una vela en las manos; ¡ánimo!

—Antes de regresar al «hall», podéis prestarme un gran servicio, hijos míos.

—Hablad, señor.

—Hay un muerto en mi casa, ayudadme a enterrarle.

—Estamos a vuestras órdenes, buen Gilbert —contestó William—; tenemos buenos brazos y no nos asustan los muertos, los vivos ni los fantasmas.

Al frente, el padre Eldred orando, tras él Pequeño Juan y Lincoln llevando el cadáver en unas parihuelas, a continuación Margarita y Gilbert, éste conteniendo sus lágrimas para no provocar las de Margarita, y Margarita llorando bajo su capucha en silencio. Finalmente Will Escarlata. Tal era el orden del entierro que a media noche se dirigía hacia los dos árboles a los pies de los cuales iba a ser sepultado el asesino de Anita.

Gilbert y su mujer permanecieron arrodillados todo el tiempo que los fuertes brazos de Lincoln y de Pequeño Juan tardaron en cavar la fosa.

Caían las últimas paladas de tierra sobre el cadáver cuando, por tercera vez, los ladridos del perro resonaron en el bosque.

—¡Lance, mi pobre Lance, Lance, ahora vamos contigo! —exclamó el guardabosque—. No regresaré sin haberte auxiliado.

Capítulo X

Tal y como había explicado Maude, el fogoso barón, seguido de seis hombres armados, había llegado al calabozo de Allan Clare.

¡El prisionero no estaba!

—¡Ah! —dijo riéndose como un tigre si los tigres pudieran reír- ¡mis órdenes se obedecen de forma admirable; estoy encantado! ¿Para qué sirven mis carceleros y mi torreón? ¡Por santa Griselda! desde ahora usaré de mis derechos de justicia sin ellos, y encerraré a mis prisioneros en la pajarera de mi hija… ¿dónde está Egbert Lanne, el carcelero?

Egbert, más muerto que vivo, guardaba silencio.

—¿Me vas a explicar por qué vil interés te has prestado a ayudar a la fuga de este criminal? Te lo pregunto sin cólera, contéstame sin temor. Soy bueno y justo, y si confiesas tu falta, quizá te perdone…

El barón fingía mansedumbre inútilmente; demasiada experiencia tenía Egbert como para creer en su sinceridad, y, más muerto que vivo, no contestó.

—¡Ah estúpidos esclavos! —gritó repentinamente Fitz-Alwine—. ¡Apostaría a que a ninguno de vosotros se le ha ocurrido advertir al portero del castillo de lo que ocurría! Rápido, que uno de vosotros vaya y ordene a Hubert Lindsay de mi parte que suba el puente levadizo y cierre todas las puertas.

Un soldado partió inmediatamente a la carrera, pero se extravió por los oscuros pasadizos de la prisión, y cayó de cabeza por la escalera de un subterráneo. La caída fue mortal; nadie se dio cuenta y los fugitivos salieron del castillo gracias a esta ignorada catástrofe.

—Milord —dijo uno de los soldados—, cuando nos dirigíamos hacia aquí creí ver los reflejos de una antorcha al final de la galería que conduce a la capilla.

—¡Y me lo dices ahora! —gritó el barón—. ¡Os habéis conjurado para hacerme morir poco a poco!

Diciendo estas palabras, Fitz-Alwine arrancó una antorcha de manos de uno de los hombres y se precipitó en la capilla. Christabel, de pie, parecía sumida en profunda meditación.

—¡Registrad todos los rincones y recovecos, traedle vivo o muerto! —dijo el barón.

Los soldados obedecieron.

—¿Qué haces aquí, hija mía?

—Estoy rezando, padre.

—Sin duda lo hacéis por un criminal que merece ser ahorcado, ¿no es así?

—Rezo por vos ante la tumba de mi madre; ¿no lo veis?

El barón escrutó con la mirada el rostro de la joven.

—No los encontramos —dijo uno de los soldados.

El barón dijo a la muchacha en tono severo:

—Volved a vuestros aposentos, milady; y vosotros, montad a caballo y corred al camino de Mansfelwoohaus; seguramente los prisioneros tomaron ese camino y los atraparéis con facilidad; los quiero a cualquier precio ¿oís? ¡como sea!

Los soldados obedecieron; Christabel se alejaba cuando Maude entró en la capilla, corrió hacia su señora y, poniéndose un dedo en los labios, dijo a media voz:

—¡Salvados! ¡salvados!

La joven lady juntó piadosamente sus manos para dar gracias a Dios, y partió seguida de Maude.

—¡Deteneos! —gritó el barón, que había oído el cuchicheo de la doncella—. Señorita Hubert Lindsay, quisiera charlar un momento con vos. ¡Y bien! acercaos; ¿tenéis miedo de que os devore?

—Estáis tan furioso, tan encolerizado, que no me atrevo…

—Señorita Hubert Lindsay, sé de vuestra astucia y sé que no os asustáis de un fruncimiento de cejas. Sin embargo, si así lo quisiera, os haría temblar realmente, y no estéis tan segura de que no lo vaya a hacer… Ahora, decidme: ¿quién se ha salvado?

¡He escuchado vuestras palabras, mi hermosa descarada!

—No dije que nadie se hubiese salvado, monseñor —respondió Maude jugando cándidamente con las largas mangas de su vestido.

—¡Ah! ¡no habéis dicho que alguien se había salvado, encantadora comedianta! Quizás habéis dicho que se habían salvado; no uno, sino varios.

La doncella movió la cabeza negativamente.

—¡Oh! ¡la mentirosa cogida en su mentira!

Lord Fitz-Alwine siguió a Maude improvisando un largo monólogo lleno de diatribas contra la astucia de las mujeres. La sonriente insolencia de Maude había excitado los feroces instintos del barón; habría dado la mitad de su fortuna a cambio de que le entregaran inmediatamente a Allan y Robín, y, para matar el tiempo hasta la vuelta de los soldados enviados en su persecución, el barón decidió ir a desahogar su mal humor con lady Christabel.

Maude, que oía al barón ir tras sus pasos, temió alguna violencia y huyó rápidamente con la antorcha, de suerte que se quedó de repente sumido en una profunda oscuridad, por lo que empezó a escupir una nueva serie de maldiciones contra Maude y contra el universo entero.

«¡Grita, grita, barón!», pensaba Maude mientras se alejaba; pero, más traviesa que mala, le remordió el pensar en el débil viejo al que abandonaba en las negras galerías;

se detuvo y creyó oír gritos de angustia.

—¡Socorro! ¡Socorro! —clamaba una voz sorda y ahogada.

—Creo reconocer la voz del barón —exclamó Maude regresando valientemente—. ¿Dónde estáis, señor? —preguntó.

—¡Aquí, bribona, aquí! —contestó Fitz-Alwine; y su voz parecía venir del fondo de la tierra.

—¡Dios del cielo! ¿Cómo habéis caído ahí? —gritó Maude deteniéndose en lo alto de la escalera, y con la ayuda de la antorcha la joven vio al barón tendido sobre los escalones y frenado en su caída por un objeto que le cerraba el paso.

El furibundo individuo había tropezado igual que el desdichado soldado que se había matado cuando iba a ordenar el cierre de las puertas del castillo; pero gracias a la coraza que siempre llevaba bajo su jubón, el barón había resbalado por los escalones sin herirse, y sus pies habían encontrado un punto de apoyo en el cadáver del soldado. Esta caída produjo sobre la cólera del castellano el efecto que produce la lluvia sobre un fuerte viento.

—Maude —dijo levantándose trabajosamente y agarrado a la mano de la muchacha—, Maude, Dios os castigará por haberme faltado al respeto hasta el punto de abandonarme sin luz en la oscuridad.

—Perdón, señor; yo seguía a milady y creía que uno de vuestros soldados os acompañaba con una antorcha.

Sentada ante una mesita iluminada por una lámpara de bronce, Christabel contemplaba atentamente un pequeño objeto que tenía en la palma de la mano; al entrar el barón, lo escondió.

—¿Qué bagatela es esa que acabáis de esconder tan prestamente? —preguntó el barón sentándose en el sillón más mullido del cuarto.

—Ya estamos otra vez —murmuró Maude.

—¿Qué decís, Maude?

—Digo, señor, que parecéis sufrir bastante.

El taimado barón lanzó a la joven una mirada llena de cólera.

—Hija mía —prosiguió con voz extraordinariamente tranquila pero preñada de severidad—, hija mía, si el objeto que acabas de ocultarme no tiene relación con ninguna falta cometida o no te trae a la memoria ningún recuerdo censurable, enséñamelo; soy tu padre, y como tal debo vigilar tu conducta; si por el contrario es una especie de talismán y tienes que avergonzarte por tenerlo, enséñamelo también; además de mis derechos, tengo deberes que cumplir: impedirte que caigas en un abismo si estás al borde de él, sacarte si ya has caído. Una vez más, hija mía, te pregunto qué objeto es ese que escondes en tu seno.

—Es un retrato, milord —contestó la joven temblorosa y colorada por la emoción.

—¿Y ese retrato es de…?

Christabel bajó los ojos sin contestar.

—No abuses de mi paciencia… hoy estoy teniendo mucha, es verdad, pero no abuses; responde, es el retrato de…

—No puedo decíroslo, padre mío.

Las lágrimas ahogaron la voz de Christabel, pero pronto se rehízo y continuó en tono firme:

—Sí, padre mío, tenéis el derecho de preguntarme, pero yo me atrevo a otorgarme el de no responder; mi conciencia no me reprocha el haber hecho nada contra mi dignidad ni contra la vuestra.

—¡Bah! Tu conciencia no te reprocha nada porque está de acuerdo con tus sentimientos; es muy bonito y muy moral lo que dices, hija mía.

—Creedme padre, nunca deshonraré vuestro nombre; me acuerdo demasiado de mi pobre y santa madre.

—Lo que quiere decir que soy un viejo bribón… ¡Ah! es algo sabido desde hace mucho tiempo —aulló el barón—, pero no quiero que se me diga en la cara.

—Pero padre, no he dicho eso.

—Lo piensas. En una palabra, me importa un bledo la preciosa reliquia que me escondes con tanta persistencia; es el retrato del descreído al que amas a pesar de mi voluntad, y ya tengo más que vista esa diabólica fisonomía. Ahora escuchadme bien, lady Christabel: nunca os casaréis con Allan Clare; antes que consentirlo os mataría a los dos con mis propias manos. Os casaréis con sir Tristán de Goldsborough… No es muy joven, es verdad, pero tiene algunos años menos que yo, y yo no soy viejo… No es muy guapo, también es cierto, pero ¿desde cuándo da la belleza felicidad en el matrimonio? Yo no era guapo, y sin embargo milady Fitz-Alwine no me hubiese cambiado por el más vistoso caballero de la corte de Enrique II; por otra parte, la fealdad de Tristán de Goldsborough es una sólida garantía para vuestra futura tranquilidad… No os será infiel; sabed que es inmensamente rico y muy influyente en la corte; en una palabra, es el hombre que me… que os conviene más desde todos los puntos de vista; mañana le enviaré vuestro consentimiento; dentro de cuatro días vendrá a cumplimentaros él mismo, y, a fines de esta semana, seréis una gran dama, milady.

—Nunca me casaré con ese hombre, milord —gritó la joven- ¡nunca, nunca!

El barón se echó a reír.

—No se os pide vuestro consentimiento, milady, lo único que tenéis que hacer es obedecer.

Christabel, pálida como una muerta hasta entonces, enrojeció, y, retorciéndose convulsivamente las manos, pareció tomar una determinación irrevocable.

—¡Dios mío, apiadaos de mí! —exclamó Christabel con desesperación.

Durante toda una hora Fitz-Alwine estuvo paseando por su habitación pensando en los acontecimientos de la tarde.

Las amenazas de Allan Clare asustaban al barón, y la voluntad de su hija le parecía indomable.

«Quizá fuese mejor —pensaba—, tratar esta cuestión del matrimonio con suavidad. Después de todo yo la quiero; es mi hija, mi sangre; no quiero que se considere víctima de mis exigencias; quiero que sea feliz, pero también quiero que se case con mi viejo amigo Tristán, mi antiguo compañero de armas. Vamos a ver, voy a intentarlo adoptando la táctica de la dulzura».

Llegado ante la puerta de Christabel, el barón se detuvo, y unos sollozos desgarradores llegaron hasta él.

«Pobre pequeña», pensó el barón mientras abría con suavidad la puerta de la alcoba.

La joven estaba escribiendo.

—¿A quién escribís, señorita? —preguntó en tono furioso.

Christabel gritó y quiso esconder el papel en el mismo sitio en que escondió el retrato, pero el barón fue más rápido y se apoderó de él. Desesperada y olvidando que su noble padre nunca se había tomado el trabajo de abrir un libro ni coger una pluma, y que, consecuentemente no sabía leer, la joven quiso escapar de la alcoba, pero el barón la cogió del brazo y, sujetándola con facilidad, la retuvo junto a él. Christabel se desvaneció.

Fitz-Alwine abrió la puerta y llamó con voz tronante:

—¡Maude! ¡Maude!

La joven acudió presta.

—Desvestid a la señorita. —Y el barón se alejó gruñendo.

—Estoy sola con vos, milady —dijo Maude reanimando a su señora— ¡no temáis nada!

Christabel abrió los ojos y recorrió con la mirada desvaída la habitación; no viendo más que a su fiel servidora, le echó los brazos al cuello diciendo:

—¡Oh Maude! ¡Estoy perdida!

—Querida lady, confiadme vuestra desgracia.

—Mi padre se apoderó de una carta que escribía a Allan.

—Pero no sabe leer, milady.

—Hará que se la lea su confesor.

—Sí, si le damos tiempo; dadme rápido otro papel cuya forma sea semejante a la del que os han arrebatado.

—Toma; esta hoja suelta se parece…

La audaz Maude entró en la cámara del barón en el preciso momento en que éste se disponía a escuchar a su venerable confesor, quien ya tenía entre sus manos para

leerla la carta de Christabel a Allan.

—Señor —dijo vivamente Maude—, milady me envía a pediros el papel que Vuestra Señoría cogió de su mesa.

Y diciendo esto, la joven se acercaba al confesor como una gata.

—¡Mi hija está loca, por san Dunstand! ¿Se atreve a enviarte con tal embajada?

—Sí, señor, ¡y ya está cumplida! —Maude se apoderó del papel que el monje tenía junto a la punta de la nariz para descifrar mejor la escritura.

—¡Insolente! —vociferó el barón lanzándose en persecución de Maude.

La joven saltó como un cervatillo hasta la puerta, pero se dejó alcanzar en el umbral.

—¡Dame ese papel o te estrangulo!

Maude bajó la cabeza, pareció temblar de miedo, y el barón arrancó de uno de los bolsillos de su delantal, en el que tenía las dos manos, un papel muy parecido al que el confesor debía descifrar.

—¡Mereces un par de bofetadas, maldita pécora! —dijo el barón amenazando con una mano a Maude y dando con la otra el papel al monje.

—No he hecho sino obedecer las órdenes de milady.

—¡Pues bien! Di a mi hija que sufrirá el castigo por tus insolencias.

—Saludo humildemente a Su Señoría —replicó Maude acompañando sus palabras con una irónica reverencia.

Entusiasmada por el triunfo de su estratagema, la joven entró alegremente en la alcoba de su señora.

—Veamos, padre, ahora estamos tranquilos; leedme lo que mi indigna hija escribe al pagano de Allan Clare.

El monje comenzó con voz gangosa:

«Cuando el invierno menos riguroso permite que se abran las violetas,
Cuando las flores nacen y las campanillas anuncian la primavera,
Cuando tu corazón llama a las miradas dulces y a las dulces palabras,
Cuando sonríes de alegría, ¿piensas en mí, amor mío?».

—¿Qué estáis leyendo, padre? —exclamó el barón—. Idioteces. ¡Condenación de Dios!

—Descifro palabra por palabra lo que hay en el papel, hijo mío; ¿queréis que prosiga?

—Por supuesto, padre, pero muy agitada encontré a mi hija para no haber escrito más que una estúpida canción.

El monje continuó su lectura.

«Cuando caen la escarcha y la nieve,
¿Piensas en el que te ama, amor mío?».

—¡Amor mío, amor mío! —repitió el barón—. No es posible, Christabel no escribía esta canción cuando la sorprendí. ¡He sido engañado! ¡Pero por san Pedro! no será por mucho tiempo. Padre, quisiera estar solo; buenas tardes, buenas noches.

—Que la paz sea contigo, hijo mío —dijo el monje retirándose.

Dejemos al barón rumiar sus planes de venganza y volvamos junto a Christabel y la traviesa Maude.

La joven escribía a Allan que estaba dispuesta a dejar la casa de su padre, y que los proyectos del barón sobre su matrimonio con Tristán de Goldsborough hacían necesaria esta cruel determinación.

—Yo me encargo de hacer llegar esta carta al señor Allan —dijo Maude cogiendo la misiva; y con este propósito fue a despertar a un muchacho de unos dieciséis o diecisiete años, hermano suyo de leche.

—Halbert —le dijo—, ¿quieres prestarme un gran servicio, es decir, a lady Christabel?

—Con placer —respondió el chico.

—Tienes que levantarte, vestirte y montar a caballo.

—Nada más fácil.

Diez minutos más tarde, Halbert, llevando su montura de la brida, escuchaba atentamente las instrucciones de la hábil doncella.

—Cruzarás la villa y parte del bosque, y desde allí alcanzarás una casa situada algunas millas antes del burgo de Mansfeldwoohaus. En esta casa vive un guardabosque llamado Gilbert Head; le darás esta carta rogándole que la entregue al señor Allan Clare y darás al hijo del guardabosque, Robín Hood, este arco y estas flechas que le pertenecen. Éstas son mis instrucciones; ¿has entendido bien?

—Perfectamente, linda Maude —contestó el muchacho—. ¿No tenéis otras órdenes que darme?

—No. ¡Ah! lo olvidaba… Di a Robín Hood, el propietario de este arco y estas flechas, dile… que pronto se le hará saber en qué momento podrá venir al castillo sin peligro, pues hay aquí una persona que aguarda su regreso con impaciencia… ¿Comprendes, Hal?

—Sí, comprendo.

Tenía ya el pie en el estribo cuando Maude añadió:

—Pero si encontraras tres personas, una de las cuales es un monje…

—El hermano Tuck, ¿verdad?

—Sí, no irás más lejos; sus dos compañeros son Allan Clare y Robín Hood, y cumplirías inmediatamente tu misión y regresarías a toda prisa. ¡En marcha! no dejes

de contestar a mi padre cuando te pregunte el motivo de tu salida del castillo que vas a la ciudad a buscar a un médico para lady Christabel pues está enferma.

El puente levadizo bajó: Hal descendió al galope por la colina, y, más ligera que una golondrina, Maude se dirigió al cuarto de lady Christabel y anunció alegremente la salida del mensajero.

Capítulo XI

La noche era tranquila y serena, las claridades de la luna inundaban el bosque, y nuestros tres fugitivos atravesaban con rapidez claros y montecillos, cruzando alternativamente zonas oscuras y luminosas.

El despreocupado Robín enviaba a los cuatro vientos estribillos de baladas de amor; Allan Clare, triste y silencioso, se lamentaba de los resultados de su visita al castillo de Nottingham, y el monje reflexionaba con muy poca alegría sobre la indiferencia de Maude para con él y los agasajos y atenciones que había tenido con el joven guardabosque.

—¡Y bien!, mi jovial Gilles, como dice la encantadora Maude, ¿en qué pensáis? Parecéis tan melancólico como una oración fúnebre.

—Enséñanos el camino de tu casa —contestó el monje en tono brusco— y deja de hablarme a tontas y a locas como un estornino, que es lo que eres.

—No nos enfademos, mi buen Tuck —dijo Robín apenado—. Si os he ofendido ha sido sin querer, y si es Maude la causa, es contra mi voluntad, pues, os lo juro por mi honor, no amo a Maude, y antes de haberla visto hoy por primera vez, ya había dado mi corazón a otra joven…

El monje se volvió hacia el joven guardabosque, le estrechó afectuosamente la mano y dijo sonriendo:

—No me has ofendido, querido Robín, me pongo triste de vez en cuando y sin razón.

—Si no os conduzco a casa de mi padre por el camino más corto —continuó Robín tras un momento de silencio—, es para evitar a los soldados que el barón habrá mandado en nuestra persecución en cuanto se haya dado cuenta de nuestra fuga.

—Piensas como un sabio y obras como un zorro, maese Robín —dijo el monje—; o no conozco a ese viejo fanfarrón de Palestina o antes de una hora estará pisándonos los talones con una tropa de estúpidos alabarderos.

Nuestros tres compañeros, rotos ya de fatiga, iban a cruzar una encrucijada, cuando, a la luz de la luna, vieron a un jinete bajar a galope tendido la pendiente de un sendero.

—Escondeos tras esos árboles, amigos míos —dijo Robín—. Voy a ver quien es ese viajero.

Armado con el bastón de Tuck, Robín se colocó de forma que atrajese las miradas del extraño; pero éste no le vio y continuó su camino sin frenar el galope de su caballo.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —vociferó Robín cuando vio que el jinete no era más

que un niño.

—¡Deteneos! —repitió el monje con voz estentórea. El jinete dio media vuelta y dijo:

—¡Ah! Si mis ojos no son avellanas, aquí está el padre Tuck. Buenas noches, padre Tuck.

—Bien dices, hijo mío —contestó el monje—. Buenas noches y dinos quién eres.

—¡Cómo, padre! ¿Ya no recuerda Vuestra Reverencia a Halbert, el hermano de leche de Maude, la hija de Hubert Lindsay, el portero del castillo de Nottingham?

—¡Ah! eres tú, maese Hal; ahora te reconozco. ¿Y cuál es la causa de que galopes de esta forma por el bosque pasada la medianoche?

—Puedo decíroslo, pues me ayudaréis a cumplir mi misión: es para entregar al señor Allan Clare una nota escrita por la bella mano de lady Christabel Fitz-Alwine.

—Y para darme ese arco y esas flechas que veo a tu espalda, muchacho —añadió Robín.

Allan gritó:

—La carta, charlatán, dame la carta.

Halbert lanzó una larga mirada de extrañeza y dijo tranquilamente:

—Tened, señor Robín, vuestro arco y vuestras flechas; mi hermana me ruega…

—¡Pardiez, muchacho! —gritó de nuevo Allan—. Dame la carta o te la arranco por la fuerza.

—Como gustéis, señor —respondió tranquilamente Halbert.

—Me arrebato, hijo mío —prosiguió Allan con suavidad—, pero esta carta es tan importante…

—No lo dudo, señor, pues Maude me recomendó con insistencia que sólo os la entregase a vos en persona si os encontraba antes de llegar a la casa de Gilbert Head.

Mientras hablaba, Halbert registraba sus bolsillos, metiéndolos y sacándolos; luego, tras cinco minutos de búsquedas simuladas, el pícaro dijo en tono lastimoso y apenado:

—¡He perdido la carta, Dios mío! ¡La he perdido!

Allan, desesperado, furioso, se precipitó hacia Hal, le desmontó y le echó al suelo. Felizmente, el chico se levantó ileso.

Robín le dijo:

—Busca en tu cinturón.

—¡Ah, sí! Olvidaba mi cinturón —contestó el joven medio riendo, medio reprochando al caballero con la mirada su inútil brutalidad.

—¿Y el mensaje que me estaba destinado, lo has perdido, amigo? —preguntó Robín.

—Lo tengo en mi lengua.

—Suéltalo, escucho.

—Helo aquí palabra por palabra: «Mi querido Hal», es Maude quien habla, «dirás al señor Robín Hood que pronto se le hará saber en qué momento podrá venir al castillo sin peligro, pues hay aquí una persona que aguarda su regreso con impaciencia». Éste es.

El monje preguntó:

—¿Y qué te dijo para mí?

—Nada, reverendo padre.

—¿Ni una palabra?

—Ni una.

—Gracias.

Y el hermano Tuck lanzó sobre Robín una furiosa mirada.

Allan, sin perder un momento, había roto el sobre de la carta y la leía a la luz de la luna:

Queridísimo Allan:

Cuando me suplicaste tan tiernamente, tan elocuentemente, que dejase la casa paterna, cerré mis oídos, rechacé tus peticiones pues creía entonces necesaria mi presencia para la felicidad de mi padre, y me parecía que no podría vivir sin mí.

Pero me engañaba cruelmente.

Sentí que la tierra se hundía bajo mis pies cuando, después de tu partida, me anunció que para finales de la semana sería la esposa de un hombre que no era mi querido Allan.

Mis lágrimas, mis ruegos han sido inútiles. Sir Tristán de Goldsborough llegará dentro de cuatro días.

¡Pues bien! Ya que mi padre quiere separarse de mí, puesto que mi presencia es una carga para él, le abandono.

Querido Allan, te he entregado mi corazón, te ofrezco mi mano.

Maude, que preparará todo para mi huida, te dirá lo que debes hacer.

Tuya,
Christabel.

P.D. El joven encargado de esta carta debe prepararte una cita con Maude.

—Robín —dijo Allan—, vuelvo a Nottingham.

—¿Estáis loco?

—Christabel me espera.

—Eso es otra cosa.

—El barón Fitz-Alwine quiere casarla con un viejo bribón amigo suyo; sólo puede evitar este matrimonio huyendo, y me espera… ¿Estaríais dispuesto a ayudarme en esta empresa?

—De todo corazón, señor.

—¡Bien! Reuniros mañana conmigo. Encontraréis a Maude o a un emisario suyo, quizá este joven, a la entrada del pueblo.

—Pienso, señor, que será más juicioso que vayáis primero a ver a vuestra hermana, a la que vuestra larga ausencia debe tener inquieta, y partiremos juntos al amanecer acompañados de unos muchachos cuyo valor y devoción os garantizo; pero, ¡silencio! Oigo el ruido de unos caballos. —Y Robín pegó el oído al suelo.

—Vienen del castillo… Son los soldados del barón que nos buscan. Señor, y vos, hermano Tuck, escondeos en la espesura; y tú, Hal, demuéstranos que eres digno hermano de Maude, monta en tu caballo, olvídate de que acabas de encontrarnos e intenta hacer entender a los soldados que el barón les ordena regresar inmediatamente al castillo; ¿entendido?

—Entiendo, estad tranquilo.

Halbert picó espuelas a su caballo, pero no fue lejos, la tropa le cerraba ya el paso.

—¿Quién vive? —preguntó el jefe.

—Halbert, caballerizo del castillo de Nottingham.

—¿Qué haces en el bosque a una hora en la que todo el que no esté de servicio debe estar durmiendo en paz?

—Os busco a vosotros; el señor barón me envía para deciros que volváis a toda prisa; se impacienta, os espera desde hace una hora.

—¿Estaba de mal humor cuando le dejaste?

—Sí. La misión que teníais encomendada no exigía una ausencia tan larga.

—Hemos ido hasta el poblado de Mansfeldwoohaus sin encontrar a los fugitivos, pero al volver tuvimos la fortuna de agarrar a uno de ellos.

—¿Ah, sí? ¿Y a cuál habéis cogido?

—A un tal Robín Hood; ahí está, bien atado, entre mis hombres.

Robín, escondido tras un árbol a pocos pasos de allí, adelantó con cuidado la cabeza para intentar ver al individuo que usurpaba su nombre, pero no lo consiguió.

—Permitidme ver a ese prisionero —dijo Halbert acercándose al grupo de soldados—. Conozco de vista a Robín Hood.

—Traed al prisionero —ordenó el jefe.

El verdadero Robín vio entonces a un joven que, como él, llevaba el traje de los bosques; tenía los pies atados bajo el vientre del caballo y las manos atadas a la espalda; un rayo de luna iluminó su rostro y Robín reconoció al más joven de los hijos de sir Guy de Gamwell, el alegre William, o mejor, Will Escarlata.

—¡Pero ése no es Robín Hood! —exclamó Halbert riéndose a carcajadas.

—¿Quién es entonces? —preguntó el jefe contrariado.

—¿Cómo sabéis que no soy Robín Hood? Vuestros ojos os engañan, joven amigo —dijo el Escarlata—; soy Robín Hood, ¿oís?

—Sea; entonces hay dos arqueros con el mismo nombre en el bosque de Sherwood.

Iba a marcharse el grupo cuando Robín se abalanzó hacia el caballo del sargento y dijo en alta voz:

—¡Alto! Yo soy Robín Hood.

Antes de obrar de esta forma, el valeroso muchacho había susurrado estas palabras a Allan:

—Si amáis la vida y amáis a Christabel, señor, no os mováis más que el tronco de cualquier árbol de éstos, y dadme libertad de movimientos. —Y Allan había dejado hablar a Robín sin comprender sus intenciones.

—¡Me traicionas, Robín! —gritó desconsideradamente Will Escarlata.

Al oír estas palabras, el jefe de la patrulla alargó el brazo y cogió a Robín por el cuello de su jubón a la vez que preguntaba a Hal:

—¿Es éste el verdadero Robín?

Halbert, demasiado astuto para responder categóricamente, eludió la pregunta y dijo:

—¿Desde cuándo me encontráis tan penetrante, señor, para recurrir a mis luces?

—No te hagas el idiota y dime cuál de estos dos pillos es Robín Hood; de lo contrario te llevaré esposado.

—El recién llegado puede responderos por él mismo; interrogadle.

—¡Ya os he dicho que soy Robín Hood, el verdadero Robín Hood! —gritó el pupilo de Gilbert—. El joven que lleváis atado en ese caballo es uno de mis buenos amigos, pero no es más que un Robín Hood de contrabando.

—Entonces van a cambiar las tornas —dijo el sargento—, y para empezar tomarás el lugar de ese «gentleman» de pelo rojo.

Will, desatado, se abalanzó hacia Robín: los dos amigos se abrazaron efusivamente; luego Will desapareció tras haber estrechado con fuerza la mano de Robín mientras le decía en voz baja:

—Cuenta conmigo.

Estas palabras eran sin duda alguna una respuesta a las que Robín le había dirigido durante sus abrazos.

Los soldados ataron a Robín en el caballo y la tropa se dirigió hacia el castillo.

Éstas son las causas del arresto de William: Al salir de casa de Gilbert Head, Escarlata había dejado a su primo Pequeño Juan que volviese solo al «hall» de Gamwell, y se había dirigido hacia la parte de Nottingham con la esperanza de

encontrar a Robín. Tras una hora de camino, oyó relinchos de caballos, y firmemente convencido de que eran Robín y sus amigos los que se acercaban, Will había entonado con toda la fuerza de sus pulmones y con su voz más abominablemente falsa la balada de Gilbert, que acaba así: «Ven conmigo, amor mío, querido Robín Hood», y los soldados del barón, engañados por esta invocación a Robín Hood, le habían rodeado y atado gritando: ¡Victoria!

Will, comprendiendo entonces que un peligro amenazaba a su amigo, no había dicho quién era. Ya sabemos el resto.

El grupo partió con Robín; Allan y el monje salieron de su escondite, y Will, surgiendo de entre unos arbustos, se les apareció como un fantasma.

—¿Qué os ha dicho Robín? —preguntó Allan.

—Literalmente esto: «Mis dos compañeros, un caballero y un monje, están escondidos cerca de aquí. Diles que vengan a encontrarse conmigo mañana al amanecer en el valle de Robín Hood, el cual ya conocen; tú y tus hermanos les acompañaréis, pues necesito brazos fuertes y corazones esforzados para triunfar en mi empresa; tenemos que proteger a unas mujeres». Eso fue todo. Consecuentemente, señor caballero —añadió Will—, os aconsejo que vengáis en seguida al «hall» de Gamwell; hay menos distancia que hasta la casa de Gilbert Head.

—Quiero abrazar esta noche a mi hermana, y está en casa de Gilbert.

—Perdón, señor; la dama que llegó ayer a casa de Gilbert en compañía de un caballero está ahora en el «hall» de Gamwell.

—¡En el «hall» de Gamwell! ¡Es imposible!

—Perdonadme, señor; miss Mariana está en casa de mi padre, y os contaré mientras andamos cómo llegó allí.

Capítulo XII

Escuchaba el barón negligentemente la lectura de cuentas que le hacía un administrador, cuando Robín, custodiado por dos soldados, y precedido por el sargento Lambic, nombre que habíamos olvidado dar antes, fue introducido en la habitación.

Inmediatamente el impetuoso barón impuso silencio a su lector y se adelantó hacia el grupo lanzando unas miradas que no presagiaban nada bueno.

El sargento miró a su señor, cuyos temblorosos labios se entreabrían, y creyó observar las reglas de la cortesía dejando que hablara él primero: pero el viejo Fitz-Alwine no era hombre que esperase pacientemente que el sargento quisiera darle su informe, por lo que le dio una sonora bofetada como si le dijera: escucho.

—Esperaba… —balbuceó el pobre Lambic.

—Yo también esperaba. ¿Y cuál de nosotros dos debe esperar, por favor? ¿No ves, imbécil, que escucho desde hace una hora?… Pero sepa usted primero, mi querido señor, que ya me han contado vuestras hazañas, y que, sin embargo, os haré la merced de oír por segunda vez el relato de vuestra propia boca.

Lambic contó la detención del verdadero Robín.

—Olvidáis un pequeño detalle, señor; no me habéis dicho que soltasteis, tras haberle capturado, al bribón cuyo arresto me interesaba especialmente. Muy espiritual de vuestra parte, señor.

—Es la verdad, señor —respondió Lambic, que había omitido por prudencia este episodio de su expedición por el bosque.

—¡Ven aquí, Robín! —gritó el barón con voz de trueno y dejándose caer en el sillón.

Los soldados empujaron a Robín acercándolo hasta el barón.

—¡Muy bien, joven bulldog! ¿Siempre ladras tan fuerte? Voy a decirte lo que ya te dije anteriormente; contestarás sinceramente a mis preguntas, de lo contrario ordenaré a mi gente que se encargue de ti, ¿entendido?

—Interrogadme —contestó Robín fríamente.

—¿Dónde está? ¿Qué hace?

—¿De quién habláis, milord?

—Lo sabes muy bien, joven bellaco; hablo de Allan Clare, tu cómplice, tu amigo.

—Vi a Allan Clare anteayer por vez primera.

—¡Qué corrupción, gran Dios! ¡Los sinvergüenzas de hoy se atreven a mentirnos en nuestra cara! ¡Ya no hay buena fe ni respeto desde que los niños aprenden a descifrar libros! Mi propia hija sufre la influencia de este vicio; corresponde al

miserable Allan Clare por medio de esas infernales cartas. ¡Pues bien! Ya que ignoras dónde se esconde ese miserable, ayúdame a adivinar dónde podría encontrarle, a cambio te prometo la libertad.

—Milord, no tengo por costumbre emplear mi tiempo en adivinar enigmas.

—¿Ah sí? Pues te obligaré a consagrar varias horas diarias a este útil ejercicio. ¡Hola! Lambic, ata otra vez al bulldog a su cadena, ¡si se evade otra vez, que Dios te libre de la horca!

—No se escapará —respondió el sargento esbozando una débil sonrisa.

—¡Vamos, lárgate, y cuidado!

El sargento condujo a Robín de pasadizo en pasadizo, de escalera en escalera, hasta una puertecilla que daba paso a un estrecho corredor; allí cogió de manos de un criado que venía alumbrando una antorcha, e hizo entrar a Robín en un reducto cuyo único mobiliario consistía en un haz de paja.

Nuestro joven guardabosque lanzó una ojeada en torno suyo; nada más horrible que ese calabozo; sin otra salida que la puerta, hecha de grandes maderos forrados de hierro; ¿cómo salir de allí? Buscaba en su cerebro un medio, un expediente para hacer inútiles las minuciosas precauciones de su carcelero, sin encontrar ninguno, cuando repentinamente vio brillar en la oscuridad del pasillo, tras los soldados, la limpia y clara mirada de Halbert. Esta visión le devolvió las esperanzas, y ya no dudó de su próxima liberación pensando que corazones amigos se compadecían de su miseria.

Hábil para concebir y pronto para ejecutar, el joven lobo de Sherwood aprovechó la distracción de los soldados y la relativa debilidad de Lambic, cuyos movimientos se hallaban entorpecidos por la antorcha que sostenía en la mano derecha, y saltando como un gato salvaje, empujó la antorcha al rostro de Lambic, apagándola con el golpe, y se precipitó fuera del calabozo.

A pesar de la oscuridad, a pesar de los atroces dolores que le causaban las graves quemaduras de su rostro, Lambic, seguido por sus hombres, emprendió la caza del fugitivo; pero nunca liebre alguna partió más deprisa, nunca un zorro perseguido por una jauría dio tantas vueltas y revueltas, y en vano los esbirros del barón aullaron mientras que rebuscaban por todos los rincones de las inmensas galerías; Robín se les escapó.

Desde hacía algunos momentos, el joven, sin saber dónde se encontraba, andaba lentamente y con los brazos extendidos para evitar los obstáculos; repentinamente se tropezó con un ser humano que no pudo contener un grito de miedo.

—¿Quién sois? —preguntaron con temblorosa voz.

«Es la voz de Halbert», pensó Robín.

—Soy yo, querido Hal —respondió el guardabosque.

—¿Quién?

—Yo, Robín Hood; acabo de escaparme; dadme la mano, andad junto a mí y,

sobre todo, ni una palabra.

Después de mil vueltas y revueltas en la oscuridad, tirando de la mano del fugitivo, Halbert se detuvo y golpeó ligeramente en una puerta cuyas tablas mal juntadas dejaban filtrar algunos rayos de luz; una dulce voz preguntó quién era el visitante nocturno.

—Vuestro hermano Hal.

La puerta se abrió inmediatamente.

—¿Qué noticias traes, querido hermano? —preguntó Maude cogiendo las manos del joven.

—Es algo mejor que unas noticias, querida Maude; volved la cabeza y mirad.

—¡Santo cielo! ¡Es él! —gritó Maude saltando al cuello de Robín. Sorprendido, apenado por una acogida que revelaba una pasión que estaba lejos de compartir, Robín quiso contar los detalles de su regreso al castillo, de su nueva evasión, pero Maude no le dejó hablar.

—¡Salvado! ¡Salvado! —balbuceaba locamente entre lágrimas, risas, llanto y besos—. ¡Salvado! ¡Salvado!

—Querida Maude, no lloréis más, ya estoy aquí —repetía una y otra vez Robín —; decidme la causa de vuestra pena.

—No me preguntéis eso hoy; más tarde sabréis todo… Lady Christabel y yo pensábamos en liberaros… ¡Qué alegría le dará cuando sepa que ya estáis a salvo! El señor Allan Clare ya recibió su carta. ¿Qué respuesta traéis?

—El señor Allan Clare no tuvo oportunidad ni de escribir ni de conferenciar conmigo, pero conozco sus intenciones, y quiero, con la ayuda de Dios y vuestro concurso, querida Maude, sacar del castillo a Christabel y conducirla junto a su prometido.

—Corro a avisar a milady —dijo Maude con viveza—; no tardaré mucho. Esperad aquí mi regreso; ven conmigo, Hal.

Robín, a solas, se sentó al borde del lecho de la joven, y pensó. La conducta de Maude, el furtivo beso que había depositado en su mano al salir de la capilla, le extrañaban mucho. Pero a fuerza de pensar en ello, e intuitivamente, creyó adivinar lo que era el amor; también comprendió que era amor lo que Maude sentía por él, y se afligió, pues él no sentía nada por ella; sólo la encontraba bonita, graciosa, amable y llena de fidelidad.

El sonido de pasos fuertes y muy distintos de los de la ligera Maude llenó el pasillo; el ruido se acercaba a la habitación, y Robín apagó la luz al sonar el primer golpe en la puerta.

—¡Hola, Maude! —dijo el visitante desde fuera—. ¿Por qué apagas la luz?

Robín no respondió y se escondió entre la cama y la pared.

—¡Maude, ábreme!

Impacientado al no recibir respuesta, el visitante abrió la puerta y entró. De no ser por la oscuridad, Robín habría podido ver a un hombre de aventajada estatura y gran corpulencia.

—Maude, Maude, ¿vas a hablar de una vez? Estoy seguro de que estás aquí, vi brillar la lámpara entre las rendijas de la puerta.

Y el hombre, de voz fuerte y ruda, buscaba tanteando por toda la habitación.

Robín, por más seguridad, se metió debajo de la cama.

—¡Dichosos muebles! —dijo el hombre al pegarse con la frente contra un armario y enredarse las piernas con una silla—. ¡A fe mía!, me sentaré en el suelo para no tropezarme.

Se hizo un largo silencio; Robín no respiraba más que de vez en cuando y esto con la mayor suavidad.

—¿Pero dónde puede estar? —dijo el extraño estirando el brazo y tanteando con la mano el lecho—. No está acostada; por mi alma que empiezo a creer que Gaspar Steinkoff me dijo la verdad, por la que se ganó un buen puñetazo. Me dijo: «tu hija, Hubert Lindsay, abraza a la gente con la misma libertad con que yo me bebo un jarro de cerveza». ¡El bribón de Gaspar! ¡Atreverse a decirme que una niña que me pertenece, de la que soy el padre, abraza a los prisioneros!…

Unos pasos ligeros y precipitados, el roce de un vestido, el destello de una lámpara, interrumpieron el monólogo de Hubert, que se puso de pie.

Maude no pudo evitar un grito por el susto, y le preguntó con ansiedad:

—¿Por qué estáis aquí, padre mío?

—Para hablar contigo, Maude.

—Hablaremos mañana, padre; es muy tarde, estoy cansada y necesito dormir.

—No todavía, hija —dijo Hubert con gravedad—; quiero saber de dónde vienes y por qué razón no estás acostada todavía.

—Vengo de los aposentos de milady, que se encuentra muy mal.

—De acuerdo. Otra pregunta: ¿Por qué eres tan pródiga en besos respecto a ciertos prisioneros? ¿Por qué abrazas a un extraño como si fuera tu hermano? Eso no está bien, Maude.

—¡Qué yo he abrazado a extraños! ¡Yo! ¿Quién inventó esa calumnia?

—Gaspar Steinkoff.

—Gaspar Steinkoff miente, padre; pero no mentiría si os contara cuál fue mi cólera y mi indignación cuando tuvo la audacia de intentar seducirme.

—¡Se ha atrevido…! —exclamó Hubert enrojeciendo de cólera.

—Sí, se ha atrevido —repitió enérgicamente la joven.

Luego, sumida en llanto, añadió:

—Me resistí, me escapé, y me amenazó con vengarse.

Hubert estrechó a su hija contra su pecho, y, tras algunos instantes de silencio,

dijo con calma, con esa calma en el fondo de la que se adivina la sangre fría de una cólera implacable:

—¡Que Dios, si perdona a Gaspar Steinkoff, le conceda la paz en el otro mundo! Yo no tendré paz en éste hasta que no haya castigado esta infamia…

Y Hubert Lindsay volvió a su puesto.

—Robín —preguntó la joven—, ¿dónde estáis?

—Aquí —respondió Robín ya fuera de su escondite.

—Me habría perdido si mi padre se llega a dar cuenta de vuestra presencia.

—No, querida Maude —contestó el joven con candor admirable—. Yo habría testimoniado vuestra inocencia. Pero decidme, ¿quién es ese Gaspar Steinkoff? ¿Le conozco?

—Sí; vigilaba el calabozo la primera vez que fuisteis hecho prisionero.

—¿Es él entonces el que nos sorprendió cuando… hablábamos?

—El mismo —contestó Maude sin poder evitar el rubor.

—Seréis vengada; me acuerdo de su cara, y cuando le encuentre…

—No os ocupéis de ese hombre, no merece la pena; despreciadle como lo hago yo… Lady Christabel desea veros, pero antes de conduciros ante ella tengo algo que deciros, Robín… Soy muy desdichada… y…

Maude dejó de hablar, las lágrimas le ahogaban.

—¡Otra vez las lágrimas! —exclamó Robín afectuosamente—. ¡Oh! No lloréis así. ¿Puedo ayudaros? ¿Puedo contribuir a vuestra felicidad? Decídmelo y me pondré en cuerpo y alma a vuestro servicio; no dudéis en confiarme vuestras penas; un hermano debe desvivirse por su hermana, y yo soy vuestro hermano.

—Lloro porque me veo obligada a vivir en este castillo horrible en el que no hay más mujeres que lady Christabel y yo, salvo las chicas de la cocina y el corral; he crecido junto a milady, y a pesar de la diferencia de nuestro rango, nos queremos como hermanas. Esto es lo que tenía que deciros; si lady Christabel deja el castillo os ruego que me llevéis con ella.

Robín sólo pudo contestar con una exclamación de sorpresa.

—¡No me rechacéis, llevadme, por favor! —prosiguió Maude en tono apasionado —. Moriré, me mataré, me mataré si cruzáis el puente levadizo sin mí.

—Olvidáis, querida Maude, que aún soy un niño y no puedo conduciros a casa de mi padre. Probablemente mi padre os rechazará.

—¡Un niño! —replicó la joven con despecho.

—También olvidáis a vuestro anciano padre, que moriría de pena… Antes le escuché; os bendijo, juró castigar a un calumniador.

—Me perdonará al pensar que seguí a mi señora.

—¡Pero vuestra señora puede huir! El señor Allan Clare es su prometido.

—Tenéis razón, Robín; yo no soy más que una pobre abandonada.

—Sin embargo, creo que el hermano Tuck podría…

—¡Oh! ¡Está mal, muy mal, eso que decís! —gritó Maude con indignación—. ¡He reído, he cantado, he hablado alocadamente con el monje, pero soy inocente! ¿Oís? ¡Soy inocente! ¡Dios mío! Todos me acusan, soy para todos una perdida. ¡Me voy a volver loca!

Y, con la cara entre las manos, Maude se arrodilló llorando.

Robín estaba profundamente emocionado.

—Levántate —dijo dulcemente—, huirás con milady, vendrás a casa de mi padre Gilbert, serás su hija, serás mi hermana.

Lady Christabel esperaba con impaciencia al mensajero de Allan.

—¿Puedo contar con vos, señor? —preguntó a Robín en cuanto éste entró en la habitación.

—Sí, señora.

—Dios os recompensará, señor; estoy lista.

—Yo también, querida señora —dijo Maude—. ¡En marcha! No tenemos un instante que perder.

—¿Nosotros? —replicó Christabel extrañada.

—Sí, milady, nosotros, nosotros —contestó riendo la doncella—. ¿Creéis, señora, que Maude podría vivir alejada de vos?

—¡Cómo! ¿Consientes en acompañarme?

—No solamente consiento, sino que moriría de dolor si no lo hiciera.

—Y yo también voy —exclamó Halbert, que hasta aquel momento se había mantenido al margen—. Milady me toma a su servicio. Señor Robín: aquí tenéis vuestro arco y vuestras flechas; me apoderé de ellos cuando os detuvieron en el bosque.

—Gracias, Hal —dijo Robín—. A partir de hoy somos amigos.

—¡Hasta la muerte, señor! —añadió Hal con ingenuo orgullo.

—¡En marcha, pues! —dijo Maude—. Hal, ve delante de nosotros, y vos, milady, dadme la mano. Ahora, silencio total; el menor cuchicheo, el mínimo ruido, podría traicionarnos.

El castillo de Nottingham comunicaba con el exterior por medio de interminables subterráneos que iban desde la capilla hasta el bosque de Sherwood. Hal los conocía lo suficiente como para poder servir de guía; el camino de estos subterráneos no era difícil, pero primero había que ganar la capilla; sin embargo la puerta de ésta ya no estaba tan libre como al comienzo de la noche, el barón Fitz-Alwine acababa de colocar allí a un centinela; felizmente para los fugitivos este centinela había juzgado mejor el montar guardia dentro de la capilla, y, vencido por la fatiga, se había dormido sobre un banco lo mismo que un canónigo en una silla de coro.

Los cuatro jóvenes penetraron en el santo recinto sin despertar al soldado y sin

sospechar su presencia, pues la oscuridad era grande; iban a alcanzar la entrada de los subterráneos cuando Halbert, que iba el primero, chocó contra un mausoleo y cayó ruidosamente.

—¡Quién vive! —preguntó repentinamente el esbirro creyéndose cogido en el flagrante delito de dormir.

El eco repitió el potente: «¡Quién vive!» y, de pilar en pilar y de bóveda en bóveda, sus resonancias ocultaron el ruido de las voces y de los movimientos de los fugitivos. Hal saltó tras la tumba, Robín y Christabel bajo la escalera del púlpito; únicamente Maude no tuvo tiempo de esconderse; la luz de una antorcha iluminó la capilla y el centinela gritó:

—¡Pardiez! es Maude, ¡Maude, la penitente del hermano Tuck! ¿Sabes, encanto, que hiciste temblar los bigotes de Gaspar Steinkoff al despertarle tan bruscamente mientras que soñaba con tus atractivos? ¡Por el cuerpo de Dios!, creí que el viejo jabalí de Jerusalén, nuestro amable señor, revisaba las guardias. Pero ¡oh, alegría!, el buen hombre ronca y lo que me despierta es la belleza.

Y diciendo esto, el soldado colocó su antorcha en un candelabro del facistol y se dirigió hacia Maude con los brazos abiertos para rodearla el talle.

—Sí, vengo a pedir a Dios por lady Christabel, que está muy enferma; dejadme orar, Gaspar Steinkoff.

"¡Vaya! —pensó Robín colocando silenciosamente una flecha en su arco—, es el calumniador…".

—Las oraciones luego, preciosa —contestó el soldado rozando con las manos el cuerpo de la joven—; no seas arisca y da a Gaspar un beso, dos besos, tres besos, muchos besos.

—¡Atrás, cobarde, insolente! —dijo Maude retrocediendo.

El soldado dio un nuevo paso hacia adelante y sujetó a la joven.

Maude se resistía enérgicamente y no dudaba de que Halbert y Robín acudirían en su ayuda, pero al mismo tiempo temía que el ruido de una lucha atrajese la atención de los soldados del puesto más cercano; así pues, se abstenía de gritar y decía al soldado:

—¡Serás castigado! —En este momento, una flecha disparada por una mano que jamás erraba el blanco, atravesó el cráneo del bandido, que cayó muerto sobre las losas del templo. Menos rápido que la flecha, Hal acudía para defender a su hermana, pero ya se había desvanecido murmurando:

—Gracias, Robín, gracias…

Pasaron algunos minutos hasta que Maude volvió a abrir los ojos, y estos minutos parecieron siglos; pero cuando sus párpados se entreabrieron, una larga mirada, una mirada azul llena de gratitud y de amor, la primera, se detuvo en Robín: una sonrisa abrió sus pálidos labios, flores rosadas sustituyeron la fría palidez de sus mejillas, su

pecho se dilató, sus brazos se cogieron a los brazos tendidos para levantarla, y, liberándose de su letargo, fue la primera en decir:

—¡Partamos!

La marcha por el subterráneo duró más de una hora.

—Por fin llegamos —dijo Hal—; inclinaos, la puerta es baja, y tened cuidado con las espinas de un seto que esconde la salida; a la izquierda; bien; seguid el sendero paralelamente al seto… y ahora, fuera la antorcha, ¡ahí tenemos la luna! ¡Somos libres!

—Ahora me toca a mí serviros de guía —dijo Robín orientándose—; aquí estoy como pez en el agua. El bosque es mío. No temáis nada, señoritas, al amanecer nos encontraremos con el señor Allan Clare.

El pequeño grupo avanzó rápidamente por montículos y depresiones a pesar del cansancio de las dos jóvenes. La prudencia prohibía seguir los senderos y atravesar los claros, por donde el barón había lanzado ya sin duda alguna a sus esbirros, y con riesgo de desgarrarse los vestidos y de herirse pies y piernas, debían viajar como los gamos: de alto en alto y de brecha en brecha. Robín parecía reflexionar profundamente desde hacía algunos minutos, y Maude le preguntó tímidamente la causa.

—Querida hermana, debemos separarnos antes del amanecer; Halbert os acompañará hasta la casa de mi padre, y explicaréis al buen anciano la causa de que yo no haya regresado aún de Nottingham; será útil y prudente advertirle que llevo a toda prisa a milady junto al señor Allan Clare.

Los fugitivos se separaron tras despedirse emocionadamente, y Maude se bebió las lágrimas y contuvo su llanto cuando siguió a Halbert por el sendero que les indicó robín.

Lady Christabel y su caballero, alcanzaron pronto el camino principal de Nottingham a Mansfelwoohaus, y Robín, antes de seguirlo, trepó a un árbol y oteó el horizonte.

Nada sospechoso vio primero; tan lejos como su vista le permitía ver, el camino parecía libre; pero cuando ya bajaba del árbol creyendo que la suerte les favorecía, vio asomar por la cima de una de las colinas del camino a un caballero que corría a galope tendido.

—Saltad a ese hoyo, milady, tras el arbusto que está bajo mis pies, y por el amor de Dios, no hagáis movimiento alguno, no lancéis el menor grito.

Robín no se atrevía a añadir, por miedo a asustar aún más a su acompañante, que reconocía con las primeras luces de la mañana los colores del barón Fitz-Alwine.

Christabel obedeció, y, tapándose la cabeza con la capa, dirigió a la Virgen una oración mental. El jinete se aproximaba, se acercaba más y más, y Robín, colocado tras el árbol, con el arco tendido y apuntando la flecha, le cerraba el paso. El jinete

pasó… pasó rápido como un relámpago… pero, más rápida aún, una flecha rozó el anca del animal, pasó oblicuamente entre el flanco y la silla, y le penetró en el vientre entera; animal y caballero mordieron el polvo.

—¡Huyamos, milady! —gritó Robín—,¡huyamos!

Christabel, más muerta que viva, temblaba con todo su cuerpo y balbuceaba estas palabras:

—¡Le ha matado! ¡Le ha matado! ¡Le ha matado!

—No, no le he matado, milady.

—Lanzó un terrible grito de agonía.

—Sólo fue de sorpresa.

—¿Qué decís?

—Digo que ese caballero se había lanzado en nuestra persecución y que habríamos estado perdidos si no hubiese inutilizado su caballo. Vamos, milady; me comprenderéis mejor cuando no tembléis.

Christabel, tranquilizada, siguió a Robín con toda la rapidez de que era capaz.

—¿Entonces no está herido el caballero? —preguntó cuando habían andado cien pasos más.

—No tiene ni un rasguño, milady; pero su pobre caballo acaba de galopar por última vez. ¡Valor, milady, Allan Clare no está lejos, valor!

Capítulo XIII

Con la frente, los párpados y toda la cara dañada por la antorcha que en ella se había apagado, el sargento Lambic tuvo la mala suerte de seguir una dirección completamente opuesta a la que había tomado el fugitivo. Dejando a sus hombres a la izquierda, llegó hasta la escalera principal del castillo, en lo alto de la cual creyó oír los pasos de sus hombres.

«¡Bien! —pensó—, ya han agarrado al bribón ése y le llevan ante el barón; debo llegar al mismo tiempo que ellos, de lo contrario merecerían por su vigilancia a los ojos del barón, ¡estúpidos brutos!».

Y gruñendo de esta forma, el valeroso sargento llegó a la puerta de la antecámara del barón, y, prudente por experiencia, quiso, antes de aparecer, saber cómo acogía el viejo Fitz-Alwine el regreso de sus hombres con el prisionero; puso el oído en el agujero de la cerradura y escuchó el siguiente diálogo:

—Esta carta me anuncia, decís, que sir Tristán de Goldsborough no puede venir a Nottingham.

—Sí, Señoría; debe ir a la corte.

—¡Enojoso contratiempo!

—Os esperará en Londres.

—¡Vaya! ¿Señala el día de nuestra cita?

—No, Señoría; solamente os ruega que os pongáis en camino cuanto antes.

—¡Bien! Partiré esta mañana; dad las órdenes precisas para que preparen los caballos; quiero que me acompañen seis soldados.

—Así se hará, señor.

Lambic, extrañado de que Robín no estuviese allí, pensó que los soldados le habían vuelto a llevar a la prisión y corrió a asegurarse. La puerta del calabozo estaba completamente abierta, el calabozo vacío y la antorcha aún humeaba en el suelo.

«¡Hola! ¡Estoy perdido! —pensó el sargento—. ¿Qué hacer?».

Y volvió maquinalmente a la puerta del barón esperando que los soldados llevasen allí al condenado guardabosque. ¡Pobre Lambic! Ya sentía alrededor del cuello la caricia de una cuerda nueva. Sin embargo, la esperanza, que nunca abandona por completo a los desdichados, le renació cuando, al pegar de nuevo el oído al agujero de la cerradura, notó que el cuarto estaba tranquilo y silencioso. El soldado se hizo el siguiente razonamiento:

"El barón duerme, luego no está encolerizado; no está encolerizado, luego ignora que el prisionero se me ha escurrido de entre las manos como una anguila; ignora la huida del prisionero, luego no me supone merecedor de castigo; por lo tanto puedo

presentarme ante él sin temor alguno, y darle cuenta de mi misión como si la hubiese cumplido a su entera satisfacción; así ganaré tiempo y podré saber lo que ha pasado con el maldito Robín a fin de devolverle a su calabozo o de mantenerle allí si los dos estúpidos animales de mis soldados han tenido la suerte de cumplir con su deber. Puedo presentarme sin temor…".

Lambic arañó ligeramente con la uña en el lugar de la puerta con más sonoridad. Esta especie de provocación no obtuvo resultados, y el silencio del interior no se alteró.

«Decididamente duerme —pensó de nuevo Lambic—. ¡No! ¡Qué idiota soy! ¡Ha salido; está con su hija, de lo contrario le oiría, pues duerme roncando».

Impulsado por una diabólica curiosidad, el sargento maniobró con suavidad la llave de la puerta, que se abrió sin chirriar sobre sus goznes y le permitió estirar el cuello para echar un vistazo al conjunto del aposento.

—¡Misericordia!

Este grito de terror expiró en los labios de Lambic, el frío y la inmovilidad de la muerte hicieron presa en él, y se quedó clavado en la puerta mientras que el barón, mudo de asombro y estupefacto por tanta audacia, le fulminaba con sus miradas.

El desgraciado Lambic, con la suerte siempre en contra, con un hado maligno encarnizándose en su persona, tuvo la fatalidad de molestar al barón justo en el momento en que el viejo pecador, arrodillado ante su confesor, pedía la absolución antes de partir hacia Londres.

—¡Miserable! ¡Bellaco! ¡Infame sacrílego! ¡Espía del confesonario! ¡Enviado de Satanás! ¡Traidor vendido al diablo! ¿Qué vienes a hacer aquí? —gritó el barón cuando finalmente pudo respirar y dar rienda suelta a su furor—. ¿Quién es en este castillo el amo y quién el criado? ¿Eres tú el amo?

Lambic no dejaba el umbral de la puerta, y aunque había perdido toda capacidad de respuesta esperaba al menos aprovechar un alto en la cólera de su señor para arriesgar una justificación. El barón, cuyas palabras y pensamientos se sucedían con incoherencia, le ofreció sin querer la ocasión de disculparse.

—¿Para qué me querías? —preguntó de pronto—. Habla.

—Milord, llamé varias veces a la puerta —contestó humildemente el sargento—; creí que no había nadie y pensé…

—Sí, pensaste aprovechar mi ausencia para robar.

—¡Oh!, milord…

—¡Para robar!

—Soy soldado, milord —respondió Lambic con orgullo.

Esta acusación de robo despertaba su valor natural, y ya no temía a la prisión, a los bastonazos ni a la cuerda.

—¡Por Dios! ¡Qué noble indignación! —dijo el barón riéndose irónicamente.

—Sí, milord, soy soldado, soldado al servicio de Vuestra Señoría, y Vuestra Señoría nunca tuvo ladrones como soldados.

—¡Eh! ¿De dónde vienes? —preguntó repentinamente el barón examinando la cara de Lambic—. ¡Pardiez!, tenía razón cuando te llamaba escapado del infierno, pues no has podido enrojecer de esa forma tu hocico más que visitando al diablo.

—Me quemó una antorcha, milord.

—¡Una antorcha!

—Perdón, milord; Vuestra Señoría no sabe que esa antorcha…

—¿Qué hablas? Abrevia. ¿A qué antorcha te refieres?

—A la antorcha de Robín.

—¡Otra vez Robín! —gritó el barón con voz de trueno yendo a descolgar su espada.

«¡Bueno! Ya estoy en el otro mundo», pensó Lambic retirándose instintivamente al umbral de la puerta y disponiéndose a huir a la primera estocada que le tirara el barón.

—¡Otra vez Robín! ¿Dónde está Robín? —gritó el barón hendiendo el aire con su tizona.

Lambic tenía ya la mitad del cuerpo fuera de la habitación y sujetaba con las manos el filo de la puerta a fin de cerrarla si la punta de la espada del barón le amenazaba de cerca.

—Milord —dijo rápidamente el sargento inventando una evasiva a fin de eludir una respuesta categórica—, venía, milord, a preguntaros lo que Vuestra Señoría quiere hacer con ese Robín Hood.

—¡Pardiez! ¡Quiero que se quede en el calabozo en el que está encerrado!

—Decidme dónde está ese calabozo, milord, yo vigilaré.

—¿No lo sabes? Le llevaste allí hace apenas una hora.

—Pero ya no está, milord. Ordené a mis soldados que le trajeran ante vos pensando que habíais elegido otra prisión… Fue en ese calabozo donde me quemó la cara.

—¡Esto es demasiado! —aulló Fitz-Alwine.

Los golpes iban a llover como el granizo, pues, a pesar de su gota, el barón no era manco, pero Lambic, desesperado, olvidó la inviolabilidad de su señor, saltó hacia él, le sujetó los brazos por las muñecas y, con todo el respeto que permitían las circunstancias, le hizo retroceder, le sentó en su gran sillón de gotoso y huyó como alma que lleva el diablo.

También con toda rapidez, el viejo Fitz-Alwine, al que la excitación del momento daba agilidad, quiso perseguir al audaz vasallo, pero los dos soldados que volvían de buscar a Robín le ahorraron el esfuerzo, pues a sus gritos: «¡Detenedle! ¡Detenedle!», cerraron el paso al sargento cuando aún no había salido de la antecámara.

—¡Atrás! —dijo el sargento empujando a sus dos subordinados—, ¡atrás!

Pero Fitz-Alwine corrió a cerrar la puerta de salida; ya era inútil toda resistencia, y el desdichado Lambic esperó, sumido en un sombrío estupor, que su alto y poderoso señor se pronunciase sobre su suerte.

Por uno de esos fenómenos extraños, inexplicables, y que quizá son en el orden moral lo que sus análogos en el orden físico natural, la cólera del barón pareció calmarse tras este episodio de rebelión, de la misma forma que el viento se calma tras una ligera lluvia.

—Pídeme perdón —dijo tranquilamente Fitz-Alwine, que, asfixiado, se dejó caer, por propia voluntad esta vez, en su gran sillón—; vamos maese Lambic, ¡pídeme perdón!

Posiblemente el barón no manifestaba esta tranquilidad, esa mansedumbre, más que porque ya no tenía fuerzas para mantener sus furores en el diapasón habitual.

—No soy tan culpable como pensáis, milord; iba a cerrar la puerta del calabozo cuando Robín Hood…

No acompañaremos al sargento en su elocuente discurso, lleno de reticencias en su favor; nuestros lectores no se enterarían de nada nuevo; el barón le escuchó, no sin aullar de furor, pataleando y retorciéndose en su sillón como el diablo, según dicen, cuando una pila de agua bendita le sirve de bañera, y resumió sus amenazas de castigo con esta frase espantosamente lacónica:

—Si Robín se ha escapado del castillo, vosotros no escaparéis. ¡A él la libertad, a vosotros la muerte!

Repentinamente un violento golpe sonó en la puerta del aposento.

—¡Entrad! —gritó el barón.

Un soldado entró y dijo:

—Que el muy honorable lord me perdone si oso presentarme ante su muy honorable persona sin ser llamado por su honorabilísima Señoría, pero lo que acaba de ocurrir es tan extraordinario, tan terrible, que creí cumplir con mi deber viniendo a anunciarlo inmediatamente al muy honorable señor de este castillo.

—Habla, pero nada de historias interminables.

—Mi deber me ordenaba relevar al centinela de la capilla…

«¡Ya estamos!», pensó el barón, y escuchó atentamente.

—Me dirigí allí hace cinco o diez minutos, como plazca a Vuestra muy honorable Señoría; llegado a la puerta del santo lugar, no encontré al centinela; sin embargo tenía que haberlo, pues yo iba a relevarle. «Estará allí», pensé, «y sólo tengo que encontrarle; busquemos». Busqué, llamé: nadie me respondió, nadie apareció. «¿Está borracho o dormido? Es posible», pensé. «Vamos al puesto de guardia a requerir a alguien a fin de aprehender al delincuente, para que reciba un castigo ejemplar además del castigo que le inflija mi jefe». Llegué al puesto gritando: «¡Sargento, la

guardia!», nadie salió del puesto; entré; nadie dentro. «¡Oh!» pensé…

—¡Al diablo tus pensamientos! ¡Charlatán! ¡Al grano! —gritó impaciente el barón.

El soldado volvió a saludar militarmente y prosiguió:

—«¡Oh!», pensé, "los deberes del soldado son desconocidos por la guarnición del castillo de Nottingham. La disciplina se ha relajado, y las consecuencias de este relajamiento…".

—¡Por mil dioses! ¿Vas a seguir divagando, cretino charlatán, perro prolijo? —exclamó el barón.

—¡Perro prolijo! —murmuró para sí el soldado interrumpiéndose al oír este epíteto—, ¡perro prolijo! Yo, que soy un gran cazador, no conozco esa raza de perros. Es igual, continuemos. Las consecuencias de este relajamiento pueden ser funestas; no me costó trabajo encontrar a los hombres del puesto de guardia sentados en la cantina, y emprendimos inmediatamente una minuciosa e inteligente búsqueda por los alrededores del santo lugar y en su interior. Fuera, nada de particular, salvo la prolongada ausencia del centinela, pero dentro, el centinela estaba presente, ¡y en qué estado, santo Dios! Presente como los muertos en el campo de batalla, es decir, caído en tierra, sin vida, bañado en su propia sangre y con el cráneo atravesado por una flecha…

—¡Gran Dios! —gritó el barón—. ¿Quién pudo cometer ese crimen?

—Lo ignoro, yo no estaba presente, pero…

—¿Quién es el que ha muerto así?

—Gaspar Steinkoff… un rudo soldado.

—¿No conoces al asesino?

—Ya tuve el honor de decir a Vuestra honorable Señoría que yo no estaba presente cuando se consumó el crimen, pero a fin de facilitar las investigaciones del señor, se me ocurrió apoderarme de la flecha homicida… Hela aquí.

—Esta flecha no ha salido de mi arsenal —dijo el barón tras haberla examinado atentamente.

—Pero, con todo el respeto que debo a su honorable Señoría —continuó el soldado—, le haré observar que esta flecha, al no salir de su arsenal, debe salir de otra parte, y que creo haber visto algunas semejantes en un carcaj que llevaba esta tarde un caballerizo.

—¿Cuál?

—Halbert. El carcaj y el arco que vimos entre las manos de ese joven pertenecen a uno de los prisioneros, al llamado Robín Hood.

—Rápido, id a buscar a Halbert y traedle ante mí —ordenó el barón.

—Vi —añadió el mismo soldado— a Hal llegar hace una hora, acompañado por la señorita Maude, a los aposentos de lady Christabel.

—¡Encended una antorcha y seguidme! —gritó el barón.

Seguido por Lambic y la escolta, el barón, que ya no se resentía de la gota, fue rápidamente hacia el cuarto de su hija. Llegado a la puerta, llamó, pero al no recibir respuesta abrió y se precipitó dentro. Oscuridad absoluta, silencio profundo. En vano recorrió el aposento y sus dependencias: por todas partes el mismo silencio y la misma oscuridad.

—¡Se ha ido! ¡Se ha ido! —gritó el barón con angustia, y la llamó con voz desgarradora:

—¡Christabel! ¡Christabel!

Pero Christabel no contestó.

—¡Se ha ido! ¡Se ha ido! —repetía el barón retorciéndose las manos y dejándose caer en el mismo asiento en el que la había sorprendido escribiendo a Allan Clare—. ¡Se ha ido con él! ¡Mi hija, mi Christabel!

Sin embargo, la esperanza de alcanzar a su joven hija en la huida devolvió al pobre padre un poco de sangre fría.

—¡Alerta! ¡Vosotros! —gritó con voz de trueno—. ¡Alerta! Dividíos en dos grupos: uno registrará el castillo por todas partes… el otro a caballo, y que ni una mata del bosque de Sherwood escape a vuestra mirada… Marchaos…

Ya salían los soldados cuando el barón añadió:

—Que digan a Hubert Lindsay que venga aquí; ha sido Maude Jezabel, su condenada hija, quien ha ideado la fuga y va a pagar por ello. Decid también a veinte de mis jinetes que ensillen sus corceles y estén listos para partir a la primera orden. ¡Venga, partid, miserables!

Los soldados salieron a toda prisa, y Lambic aprovechó estos momentos para ponerse a salvo de las garras de su señor.

Una vez solo, el barón se agitó alternativamente entre el frenesí de la cólera y la desolación de su corazón. Amaba sinceramente a su hija, y la vergüenza que sentía por su fuga con un hombre era más pequeña que su dolor al pensar que no la volvería a ver más, ya no la abrazaría e, incluso, no la tiranizaría.

Fue durante estas alternativas de furor y desesperación cuando apareció Hubert Lindsay. Desgraciadamente para él, llegaba durante un acceso de cólera.

—Vuestra Señoría me ha mandado llamar —dijo al anciano con voz tranquila.

El barón no contestó, pero le saltó a la garganta como un animal feroz, le arrastró al centro de la habitación y le dijo sacudiéndole con rudeza:

—¡Perverso! ¿Dónde está mi hija? ¡Contesta o te estrangulo!

—¿Vuestra hija, milord? Pero si yo no sé nada —contestó Hubert más sorprendido que asustado por la cólera de su señor.

—¡Impostor!

Hubert se soltó del barón y respondió fríamente:

—Milord, hacedme el honor de explicarme el motivo de vuestra extraña pregunta y responderé… Pero sabed bien, milord, que no soy más que un pobre hombre, honrado, franco y leal, que en toda su vida no tuvo que avergonzarse por falta alguna.

—¿Quién salió del castillo de dos horas para acá?

—Lo ignoro, milord; hace dos horas que entregué las llaves a mi segundo, Michael Walden.

—¿Es cierto eso?

—Tan cierto como que sois mi amo y señor.

—¿Quién salió mientras estabas tú de guardia?

—Halbert, el joven caballerizo; me dijo: «Milady está enferma y tengo órdenes de ir a buscar a un médico».

—¡Un complot! —gritó el barón—. Te mintió: Christabel no estaba mala; Hal salía para preparar su fuga.

—¡Cómo! ¿Milady os ha dejado, señor?

—Sí, la ingrata ha abandonado a su anciano padre, y tu hija se ha ido con ella.

—¿Maude? No, señor, es imposible; voy a buscarla.

El sargento Lambic, dispuesto a demostrar su celo, entró precipitadamente.

—Milord —exclamó—, vuestros jinetes están listos. En vano he buscado a Halbert por todo el castillo; había entrado conmigo y Robín y no ha salido por la puerta principal, Michael Walden lo afirma bajo juramento: nadie ha franqueado el puente levadizo desde hace dos horas.

—¡Qué más da! —contestó el barón—. La muerte de Gaspar no es un crimen inútil. ¡Lambic!

—Milord.

—¿Fuiste esta noche hasta la casa de un guarda llamado Gilbert Head, no lejos de Mansfeldwoohaus?

—Sí, milord.

—¡Pues bien! Ahí vive el infernal Robín Hood, y sin duda es allí donde mi ingrata hija se encontrará con un descreído que… No hablemos más de esto… Lambic, monta a caballo con tus hombres y corre hacia esa casa, apodérate de los fugitivos y no regreses hasta que no hayas quemado esa guarida de bandidos.

—Sí, milord.

Y Lambic desapareció.

Hubert Lindsay, que estaba allí desde hacía varios minutos, se mantenía de pie y apartado, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, sombrío, silencioso.

—¿No hay entre los pasadizos subterráneos del castillo una salida que dé al bosque de Sherwood?

—Sí, milord, los subterráneos tienen una salida al bosque y conozco el camino.

—¿Maude sabe tanto como tú al respecto?

—No, milord, al menos no lo creo.

—¿Así pues nadie excepto tú conoce ese secreto?

—Hay tres más, milord, Michael Walden, Gaspar Steinkoff y Halbert.

—¡Halbert! —gritó el barón en un nuevo acceso de rabia—. ¡Halbert! ¡Es él quien les ha servido de guía! ¡Hola! ¡Unas antorchas! ¡Registremos el subterráneo!

La desesperación de los dos ancianos era conmovedora. Separados por su nacimiento, por el orgullo de la raza, por su género de vida, se reunían para conjurar un peligro común, eran iguales en el dolor.

El barón y Hubert, seguidos por seis hombres armados, atravesaron la capilla sin detenerse ante el cadáver de Gaspar y entraron en el subterráneo.

Un cuarto de hora después, el grupo llegaba al bosque; ya no podía dudarse de que los fugitivos hubiesen seguido este camino. La puerta del subterráneo, cerrada normalmente, estaba abierta de par en par.

El barón, acompañado sólo por Hubert, volvió sobre sus pasos y entró en su aposento; luego, en lugar de descansar, de lo que tenía gran necesidad, se puso una cota de malla, ciñó su espada, y, esgrimiendo su lanza con el pendón de los colores de su casa, montó prestamente a caballo y se lanzó al frente de veinte hombres hacia el camino de Mansfeldwoohaus.

Capítulo XIV

Las «dramatis personae» que ya han aparecido en esta historia recorren en estos momentos el viejo bosque de Sherwood.

Robín y Christabel se acercan al sitio en que sir Allan Clare debe esperarles, y por lo tanto van en dirección opuesta a la del sargento Lambic, que ha recibido la orden de incendiar la casa del padre adoptivo de Robín.

Seguido de veinte buenas lanzas, el barón, rejuvenecido por una cólera persistente, acaba de lanzarse en busca de su hija; le dejaremos galopar por los verdosos senderos del bosque y nos reuniremos con sir Allan Clare, que, acompañado por Pequeño Juan, por el hermano Tuck, por Will Escarlata y por los otros seis hijos del noble sir Guy de Gamwell, llegaba a toda prisa al valle de Robín Hood, mientras que Maude y Halbert se encaminaban hacia la casa del viejo guardabosque.

—¿Estamos aún lejos de la casa de Gilbert? —preguntó ella.

—No, Maude —contestó alegremente Hal—, a unas seis millas, creo.

—¡Seis millas!

—Valor, Maude, valor —dijo Halbert—, trabajamos para lady Christabel… Pero mira allí, ¿no ves a un caballero seguido de un monje y de algunos hombres del bosque? Es el señor Allan, y el hermano Tuck. Salud, señores, nunca encuentro alguno fue más a propósito.

—¿Y lady Christabel y Robín? ¿Dónde están? —preguntó vivamente sir Allan al reconocer a Maude.

—Van a esperaros al valle —contestó Maude.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Allan cuando Maude le contó minuciosamente todas las peripecias de la huida del castillo—.

¡Bravo, Robín! ¡Le debo todo, mi amada y mi hermana!

—Íbamos a prevenir a su padre de los motivos de la ausencia de Robín —dijo Hal.

—¿Y no podrías ir ahora solo, hermano Hal? —dijo Maude ardiendo por el deseo de volver a encontrarse con Robín—. Mi señora debe necesitar de mis servicios.

Allan no vio ningún inconveniente en aceptar la oferta de Maude y volvieron a ponerse en marcha.

El hermano Tuck, silencioso y aislado primero, no tardó en acercarse a la joven; intentó ser amable, sonrió, casi fue ingenioso; pero los intentos del pobre monje no fueron acogidos más que con una reserva extrema.

Este cambio en la actitud de Maude afligía a Tuck, que dejó de hablar; así pues, se apartó y anduvo mirando a la joven, tan pensativa como él.

Sin embargo, a pocos pasos de Tuck iba un personaje que parecía desear ardientemente una mirada de Maude; cuidaba su presencia, cepillaba las manchas de su chaqueta, enderezaba la pluma de garza que adornaba su gorro, alisaba su espeso cabello, en una palabra, en pleno bosque se entregaba al trabajillo de coqueteo que todo enamorado primerizo ejecuta por instinto.

Este personaje no era otro que nuestro amigo Will Escarlata.

Maude encarnaba para él el ideal de la belleza; la veía por primera vez, y era la que había elegido en sus sueños para reinar en su corazón.

William no era tan tímido como para contentarse con admirarla en silencio; el deseo, la necesidad de sentir cómo se fijaban en él los ojos de la joven le llevaron rápidamente junto a ella.

—¿Conocéis a Robín Hood, señorita?

—Sí, señor —contestó graciosamente Maude.

Sin saberlo, Will pulsaba la cuerda sensible y se ganaba la atención de Maude.

—¿Y os gusta mucho?

Maude no respondió, pero sus mejillas enrojecieron.

—Quiero tanto a Robín —continuó él—, que os guardaría rencor, señorita, si él no os gustase.

—Estad tranquilo, señor; es un encantador muchacho. Seguramente le conocéis desde hace mucho, ¿verdad?

—Somos amigos desde niños, y preferiría perder mi mano derecha antes que su amistad: esto respecto al cariño. En cuanto a la estima, no hay en todo el condado arquero que le iguale; su carácter es tan recto como sus flechas, es valiente, dulce, y su modestia iguala a su valor y a su dulzura; con él yo no temería al universo entero.

—¡Qué ardor en la expresión de vuestros pensamientos, señor! Vuestras alabanzas lo prueban.

—Tan cierto como que me llamo William de Gamwell y que soy un muchacho honrado, que digo la verdad, señorita, nada más que la verdad.

—Maude —preguntó Allan—, ¿creéis que el barón se ha dado cuenta ya de la huida de lady Christabel?

—Sí, señor caballero; pues Su Señoría debía partir hacia Londres con milady esta misma mañana.

—¡Silencio! ¡Silencio! —llegó diciendo Pequeño Juan que iba de explorador—, escondeos en el lugar más intrincado de la espesura; oigo ruido de caballos; si los que llegan nos descubren, saltaremos sobre ellos de improviso, y nuestro grito para reconocernos será el nombre de Robín Hood… rápido, escondeos —añadió Pequeño Juan saltando tras un tronco de árbol.

Inmediatamente apareció un jinete sobre un caballo que franqueaba todos los obstáculos, fosos, árboles caídos, matorrales y setos, a una velocidad fantástica; este

jinete, al que seguían con trabajo otros cuatro hombres a caballo, estaba acurrucado más que sentado sobre el fogoso animal: había perdido su sombrero, y sus largos cabellos sueltos, ondeando al viento, daban a su cara, atemorizada, un aspecto extraño y diabólico; rozó los arbustos en los que se había escondido el pequeño grupo, y Pequeño Juan vio una flecha en la grupa del caballo.

El jinete desapareció en las profundidades del bosque seguido por sus cuatro hombres.

—¡Que el cielo nos proteja! —dijo Maude—. ¡Es el barón!

—Y si no me engaño, la flecha que sirve de timón a su animal proviene del carcaj de Robín —añadió Will—. ¿Qué dices, primo Pequeño Juan?

—Soy de tu opinión, Will, y deduzco que Robín y la dama están en peligro. Robín es demasiado prudente para prodigar sus flechas si no se ve obligado a ello; démonos prisa.

Unas palabras para explicar la desagradable situación del noble Fitz-Alwine, muy buen jinete por otra parte, no vendrán mal.

El barón, al entrar en el bosque, había ordenado a su mejor jinete que recorriese el camino principal de Nottingham a Mansfeldwoohaus, y que se reuniese con él para informarle en una encrucijada fijada de antemano; lo que le ocurrió al jinete ya lo sabemos: Robín le desmontó; el azar quiso que Robín y lady Christabel apareciesen en el mismo cruce designado por el barón para la cita: ellos entraron por un lado mientras que el barón hacía su aparición por el otro. Los dos fugitivos tuvieron la suerte de esconderse tras el follaje sin ser vistos, y el barón llegó con sus cuatro escuderos al centro de la encrucijada, a un montículo, a esperar el regreso del explorador.

—Registrad un poco los alrededores —ordenó el barón—; dos por aquí y otros dos por el otro lado.

"Estamos perdidos -pensó Robín-. ¿Qué hacer? ¿cómo huir? Si salimos fuera del bosque, los caballos nos alcanzarán enseguida; si intentamos abrir una brecha por dentro, el ruido atraerá a los esbirros; ¿qué podemos hacer?".

Mientras reflexionaba de esta suerte, blandía su arco y elegía de su carcaj la flecha con el hierro más agudo. Christabel, aunque anonadada por el temor, se dio cuenta de estos preparativos, y, superando su amor filial el deseo de reunirse con Allan, suplicó al joven que no hiciera daño a su padre.

Robín sonrió e hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Lo que quería decir el gesto es que no le heriría, la sonrisa le indicaba que recordase al jinete desmontado.

Los soldados batían cuidadosamente el lindero, pero la prima de cien escudos prometidos no tenía la virtud de darles olfato. Sin embargo, la posición de Robín y de Christabel era cada vez más delicada, pues, divididos en dos grupos que registraban a

partir de puntos opuestos, los esbirros no podían reunirse de nuevo sin verles necesariamente.

Durante este tiempo, el viejo Fitz-Alwine, colocado como un general en las alturas que dominan el campo enemigo, se dedicaba a dar un repaso general al terrible sermón que pensaba dirigir a su hija en cuanto se encontrara de nuevo en el domicilio paterno.

Repentinamente, en medio de estos pensamientos, el caballo del barón se encabrita, baja las caderas, tuerce el lomo, tira coces y sacude frenéticamente al viejo guerrero, que aguanta e intenta controlarlo como hacía antaño con los indomables corceles árabes. ¡Vanos intentos! el hombre y el animal no se entienden; Fitz-Alwine permanece tan firme en la silla como la flecha recién disparada en la grupa del caballo, y el corcel y las ilusiones del barón se desbocan y emprenden por el bosque esa carrera desenfrenada, loca, fantástica, que les hace pasar cerca de Allan y les lleva no se sabe dónde.

¿Qué ocurrió con el barón? No nos atreveríamos a contar el acontecimiento que puso punto a esta carrera, tan extraordinario y maravilloso es, pero las crónicas de la época garantizan su autenticidad. Así fue:

Los soldados perdieron pronto de vista al barón, y con toda seguridad hubiese llegado a través de toda Inglaterra hasta el océano si el animal, al pasar bajo un roble a cuyos pies se hallaba un tronco de árbol, no hubiese tropezado.

Nuestro barón, que no había perdido el ánimo, quiso evitar una caída cuya violencia podía ser mortal, y, soltando la brida, se agarró con ambas manos a una rama del roble que, felizmente, era lo bastante fuerte para soportar su peso; esperaba poder sujetar a su caballo con las rodillas, pero la forzada pirueta del animal fue tan exagerada que Fitz-Alwine tuvo que abandonar la silla y quedó suspendido de la rama del roble, mientras que el caballo se levantaba, aligerado del peso anterior, y emprendía una nueva campaña.

Poco habituado a la gimnasia, el barón medía prudentemente la distancia que le separaba del suelo antes de dejarse caer, cuando, de pronto, vio brillar en la semioscuridad de la mañana, justo bajo sus pies, algo incandescente como dos tizones encendidos. Estos dos puntos ígneos pertenecían a una masa negra que se agitaba, giraba y se acercaba por momentos y por medio de saltos a las piernas del desdichado lord.

«¡Hola! es un lobo», pensó el barón sin poder contener un grito de espanto y esforzándose por montarse a horcajadas en la rama; pero no lo logró, y un sudor frío, el sudor del pánico, le inundó cuando sintió deslizarse sobre el cuero de su bota y chocar contra el metal de sus espuelas los dientes del lobo, el cual saltaba, estirando el cuello y acercándose cada vez más a su presa, cuyos brazos se flexionaban y cuyo mentón se apoyaba en la rama mientras que sus piernas se encogían hasta la altura del

pecho.

La lucha era desigual: el hilo que sostenía en el aire la golosina del feroz animal iba a romperse, el viejo lord ya no tenía fuerzas; así, recordando por última vez a Christabel y encomendando su alma a Dios, abrió las manos…

Pero, ¡oh milagro de la Providencia! cayó como un adoquín sobre la cabeza del lobo, que no esperaba algo así, y el peso del cuerpo partió las vértebras cervicales del lobo y le rompió la médula espinal.

Al pie del viejo roble cuyas ramas se inclinaban hacia el arroyo que atraviesa el valle de Robín Hood, estaba sentada lady Christabel; de pie, muy cerca, Robín se apoyaba en su arco, y ambos esperaban no sin impaciencia la llegada de sir Allan Clare y sus compañeros.

Ya el sol doraba la copa de los altos árboles y Allan no aparecía. Robín disimulaba su inquietud para no alarmar a la joven, pero elucubraba sombríamente sobre las causas de este retraso.

De repente retumbó en la lejanía una voz sonora. Robín y Christabel se estremecieron.

—¿Es una llamada de nuestros amigos? —preguntó la muchacha.

—No, Will, mi amigo de la infancia, y Pequeño Juan, su primo, que acompañan al señor Allan, conocen perfectamente el lugar en que les esperamos, y nuestra empresa exige tanta prudencia para triunfar que no se divertirían jugando con los ecos del bosque.

La voz se acercó, y un jinete con los colores de Fit-Alwine atravesó rápidamente el valle.

—Alejémonos, milady, estamos demasiado cerca del castillo. Voy a clavar esta flecha al pie del roble, y si mis amigos llegan durante nuestra ausencia, comprenderán al verla que estamos escondidos en los alrededores.

Acababan los dos jóvenes de pasar unas jaras y buscaban un lugar a propósito para colocarse, cuando vieron el cuerpo de un hombre inmóvil y como muerto cerca de un tronco.

—¡Misericordia! —gritó Christabel—, ¡mi padre, mi pobre padre muerto!

Robín se estremeció creyéndose culpable de la muerte del barón. ¿Acaso no era la herida del caballo la causa?

—¡Virgen santa, otórganos la gracia de que sólo esté desvanecido!

Y diciendo estas palabras, el joven arquero se arrodilló junto al anciano, mientras que Christabel, llena de dolor y arrepentimiento, gemía desconsoladamente. Una pequeña herida en la frente del barón dejaba filtrar algunas gotas de sangre.

—¿Habrá peleado con un lobo? ¡Ah! ¡Estranguló al lobo! —gritó alegremente Robín—, y sólo está desvanecido. ¡Milady, milady, creedme, el señor barón sólo tiene un rasguño; milady, levantaos! ¡Oh desdicha! ¡También ella se ha desvanecido! ¡Dios

mío! ¿Qué voy a hacer? No puedo dejarla así…, ¡y el viejo león se despierta, que mueve los brazos, que ya resuella! Es para volverse loco: ¡Milady, contestadme! Está tan insensible como ese tronco de árbol. ¿No tendré en los brazos y los riñones la fuerza que siento en el corazón? Me la llevaría de aquí como una nodriza lleva a un niño.

Y Robín intentó levantar a Christabel.

Al volver en sí, el pensamiento del barón no recayó sobre su hija, sino sobre el lobo, el único y último ser vivo que vio antes de cerrar los ojos; así pues estiró el brazo para coger al animal, al que imaginaba ocupado en devorarle una pierna o un muslo, aunque no sentía ningún dolor por las mordeduras, y agarró el vestido de su hija jurando defender su vida hasta el final.

—¡Vil monstruo! —decía el barón al lobo tendido a pocos pasos de él—, ¡monstruo hambriento de mi carne, excitado por mi sangre! todavía hay fuerza en mis viejos miembros, vas a verlo… ¡Oh! saca la lengua, le estrangulo… aquí todos los lobos de Sherwood, ¡venid aquí!… ¡Oh! otro, ¡otro más! ¡Estoy perdido! ¡Dios mío, ten piedad de mí! «Pater noster qui est in»…

«¡Está loco, completamente loco!» pensaba Robín colocado ante el dilema de cumplir un deber y salvar su seguridad personal; si huía, abandonaría a la que había jurado llevar con Allan; si se quedaba, los aullidos del loco podían atraer a los hombres que registraban el bosque.

Felizmente el acceso del barón se pasó y, con los ojos cerrados, comprendió que ningún diente de bestia feroz alguna desgarraba sus miembros, y quiso levantarse: pero Robín, de rodillas detrás de él, presionó fuertemente sobre sus hombros, haciendo el papel, por así decirlo, de un extremo cansancio sobre el hombre ahora sólidamente tendido en el suelo.

—¡Por san Benito! —murmuraba el lord—, siento sobre mis hombros un peso de cien mil libras…

—«Domine exaudi orationem meam» —prosiguió Fitz-Alwine dándose golpes de pecho; luego se puso a lanzar agudos gritos. Pero estos gritos no convenían a Robín, eran demasiado peligrosos para la seguridad de los fugitivos, y el joven, no sabiendo cómo interrumpirlos, dijo brutalmente:

—¡Callaos!

Al oír esta voz humana, el barón abrió los ojos, y cuál no fue su sorpresa al reconocer, junto a la suya, la cara de Robín Hood, y, junto a él, tendida en el suelo, su hija desvanecida.

Esta aparición barrió la locura, la fiebre y el anonadamiento del irascible lord, y, como si fuese dueño de la situación como lo sería en su castillo y rodeado por sus soldados, gritó triunfante:

—¡Por fin te tengo, joven bulldog!

—¡Callaos! —replicó enérgicamente Robín—; ¡callaos! Nada de amenazas ni chillidos, están fuera de lugar, y soy yo quien os tiene.

Y Robín continuó apoyándose con todas sus fuerzas en los hombros del barón.

—Verdaderamente —dijo Fitz-Alwine, al que no costó trabajo desembarazarse de la presión del adolescente—, verdaderamente enseñas los dientes, cachorro de perro.

Christabel continuaba desvanecida, y parecía un cadáver entre los dos hombres, pues Robín había dado algunos pasos hacia atrás y colocaba una flecha en su arco.

—¡Un paso más, milord, y sois hombre muerto! —dijo el muchacho apuntando a la cabeza del barón.

—¡Oh! —exclamó Fitz-Alwine retrocediendo lentamente para situarse tras un árbol— ¿serías tan cobarde como para asesinar a un hombre indefenso?

Robín sonrió.

—Milord —dijo sin dejar de apuntar a la cabeza—, proseguid vuestro movimiento de retirada; bien, ya estáis protegido por el árbol. Ahora, atención a lo que os voy a ordenar, o mejor, a rogaros que hagáis; ¡atención! no asoméis ni vuestra nariz ni un solo cabello de vuestra cabeza, ni a la izquierda ni a la derecha, de lo contrario… ¡sois hombre muerto!

Sin hacer caso de estas recomendaciones, el barón escondido tras el árbol, sacó el dedo índice y amenazó al joven arquero, pero se arrepintió, pues el dedo fue alcanzado por una flecha.

—¡Asesino! ¡Miserable bribón! ¡Vampiro! ¡Vasallo! —aulló el herido.

—Silencio barón, o tiro a la cabeza, ¿oís?

Fitz-Alwine, apoyado contra el árbol, vomitaba en voz baja torrentes de maldiciones, pero se escondía cuidadosamente, pues imaginaba a Robín al acecho a pocos pasos de allí, con el arco tensado y apuntando la flecha, espiando el menor de sus gestos fuera de la perpendicular del tronco.

Pero Robín se volvía a colocar el arco en bandolera, se echaba a Christabel suavemente sobre sus hombros y desaparecía por la espesura.

En aquel preciso momento, el ruido de unos caballos sonó en el bosque, y aparecieron cuatro jinetes frente al árbol que servía de pantalla al desdichado barón.

—¡A mí, bribones! —gritó aquel, pues los jinetes no eran otros que los que le habían acompañado y que se habían distanciado durante el desbocamiento del caballo —. ¡A mí! ¡Coged al descreído que quiere asesinarme y llevarse a mi hija!

Los soldados no comprendieron la orden en absoluto, pues no veían por los alrededores ni bandido ni mujer raptada.

—¡Allá, allá! ¿no le veis huyendo? —prosiguió el barón refugiándose entre las piernas de los caballos—; mirad, desaparece tras aquel macizo.

En efecto, Robín no tenía aún el suficiente vigor como para llevar con rapidez el peso de una mujer, y sólo le separaban de sus enemigos unos pocos centenares de

pasos.

Los jinetes se lanzaron hacia él, pero los gritos del barón alertaron a Robín, que comprendió inmediatamente que su salvación no estaba en la huida.

Dando media vuelta, puso una rodilla en tierra, apoyó a Christabel sobre la otra pierna y, apuntando de nuevo a Fitz-Alwine, exclamó:

—¡Alto! ¡Por el cielo que si dais un paso más, vuestro señor es hombre muerto!

Aún no había terminado de decir estas palabras, y ya el barón estaba escondido tras el árbol que le servía de protección, pero seguía gritando:

—¡Cogedle, matadle! ¡Me ha herido!… ¿Dudáis? ¡Cobardes! ¡Mercenarios!

El aplomo del intrépido arquero intimidaba a los soldados.

Sin embargo uno de ellos se atrevió a reírse de ese temor.

—El gallito canta bien —dijo—, pero da lo mismo ¡veréis como le hago humillarse.

Y el soldado da unos pasos hacia Robín.

—¡Muere pues! —gritó Robín.

Y el hombre cayó con el pecho atravesado por una flecha.

Únicamente el barón llevaba cota de mallas; sus soldados iban equipados como para una cacería.

—¡Perros, caed sobre él! —vociferaba continuamente Fitz-Alwine—. ¡Cobardes, cobardes! ¡Un rasguño les asusta!

—¿Llama a eso Su Señoría un rasguño? —murmuró uno de los tres soldados, poco conforme con seguir la suerte de su compañero.

—Ahí nos llegan refuerzos —gritó otro soldado irguiéndose para ver mejor a lo lejos—. ¡Pardiez, es Lambic!

Efectivamente; Lambic y su escolta llegaban a todo galope.

Estaba el sargento tan alegre y al mismo tiempo tenía tanta prisa por comunicar al barón el éxito de su expedición, que no vio a Robín y gritó desaforadamente:

—No hemos encontrado a los fugitivos, señor, pero hemos quemado la casa.

—Bien, bien —contestó Fitz-Alwine con impaciencia—; pero mira a ese osezno, estos cobardes no se atreven a ponerle el bozal.

—¡Oh! —exclamó Lambic al reconocer al demonio de la antorcha y riéndose con desprecio—, ¡oh!, potrillo salvaje. ¡Por fin te voy a poner la brida! ¿Sabías, mi hermoso indomable, que vengo de tu cuadra? ¿Creía que te encontraría allí, pero he quedado decepcionado: habrías podido ver un magnífico fuego y podrías haber bailado, junto con mamá, una jiga en medio de las llamas. Pero consuélate; como no estabas allí, quise ahorrar sufrimientos inútiles a la pobre vieja y antes le clave una flecha en…

Lambic no terminó: un grito ronco salió de sus labios, y, soltando la brida del caballo, cayó… una flecha acababa de atravesarle la garganta.

Un indecible terror dejó clavados en sus sitios a los testigos de esta venganza. Aprovechándolo, Robín, a pesar del desasosiego que le causaban las últimas palabras de Lambic, echándose a Christabel al hombro, desapareció en la espesura.

—¡Corred, corred! —repetía el barón en el paroxismo de la rabia—; ¡corred, bribones! ¡Si no le cogéis, todos seréis ahorcados!

Los soldados bajaron de sus caballos y se lanzaron tras la pista del joven. Robín, doblándose bajo el peso, notaba que perdía ventaja; cuantos más esfuerzos hacía por alejarse, más inútiles eran, y para colmo de desdichas, la joven, que volvía en sí, se movía convulsivamente y gritaba. Estos desordenados movimientos entorpecían la velocidad de la carrera de Robín, y, si lograba esconderse tras algún tupido arbusto, los gritos de Christabel atraerían a los esbirros.

«¡Si hay que morir —pensó—, moriremos defendiéndonos!».

Y buscó un sitio apropiado para depositar a Christabel, dispuesto a volver para hacer frente a la gente del barón.

Un olmo rodeado de maleza y de retoños de árboles le pareció apropiado para servir de refugio a la prometida de Allan, y, sin revelar a Christabel los peligros que les amenazaban, la colocó al pie del árbol, se tendió junto a ella y le recomendó que permaneciese inmóvil y silenciosa, esperando a continuación mientras que imaginaba un terrible espectáculo: el incendio de la casa en la que había vivido, y a Gilbert y Margarita expirando entre las llamas.

Capítulo XV

Los soldados se acercaban con precaución, y a cada paso que daban se detenían, protegidos por el follaje, para escuchar los consejos del barón, el cual no quería que utilizasen el arco por miedo a que su hija resultase herida.

«Si me rodean estoy perdido», pensó Robín.

Un claro entre las hojas le permitió ver a Fitz-Alwine, y el deseo de venganza nació en su corazón.

—Robín —murmuró entonces la joven—; me encuentro bien. ¿Qué ha ocurrido con mi padre? ¿No le habéis hecho daño, verdad?

—No, ninguno, milady —contestó Robín estremeciéndose—, pero…

Y con el dedo hizo vibrar la cuerda del arco.

—¿Pero qué? —exclamó Christabel asustada por este gesto siniestro.

—Es él quien me ha hecho daño, ¡eh! ¡Ah, milady, si vos supieseis…!

—¿Dónde está mi padre, señor?

—A pocos pasos de aquí —respondió Robín fríamente—, y Su Señoría sabe que estamos cerca de él, pero los soldados no se atreven a atacarme, temen mis flechas.

—¡Allan, Allan, querido Allan! ¿Por qué no vienes? —exclamó desesperada Christabel.

Y de pronto, como respondiendo a esta llamada, resonó el aullido de un lobo.

Christabel, de rodillas, dirigió los brazos al cielo, de donde viene toda ayuda; pero Robín, con las mejillas coloreadas por un vivo rubor, puso sus manos junto a la boca y repitió el mismo aullido.

—Vienen en nuestra ayuda —dijo a continuación con alegría—, ya llegan milady; ese aullido es una señal convenida entre los que vivimos en el bosque; he contestado y nuestros amigos van a venir. Ya veis que Dios no nos abandona. Voy a decirles que se apresuren.

Y, con una sola mano como altavoz, Robín imitó el grito de una garza perseguida por un buitre.

—Esto significa que estamos en apuros, milady.

Un grito semejante se escuchó cerca.

Robin exclamó:

—¡Es Will! ¡Es mi amigo Will! ¡Valor, milady! Deslizaos entre las hojas para protegeros; una flecha perdida es temible.

El corazón de la joven parecía que iba a saltársele, pero sostenida por la esperanza de ver pronto a Allan, obedeció y desapareció en la espesura del follaje.

Para distraer, Robín lanzó un grito, salió de su escondrijo y de un salto se colocó

tras otro árbol.

Inmediatamente una flecha se clavó en el tronco; nuestro héroe, pronto en la respuesta, saludó el acontecimiento con una risa burlona, y, devolviendo el regalo, tumbó al desgraciado soldado.

El barón animaba a su gente al combate utilizando cada árbol como escudo. Una lluvia de flechas anunció la entrada en liza de Pequeño Juan, de los siete hermanos Gamwell, de Allan Clare y del hermano Tuck.

Ante la llegada de esta valerosa tropa, los soldados tiraron las armas y se rindieron. Únicamente el barón no capituló, y se metió en la maleza rugiendo.

Robín, al ver a sus amigos, fue tras Christabel, pero Christabel, en lugar de detenerse a corta distancia, había continuado su carrera.

Robín encontró sus huellas con facilidad, pero inútilmente la llamaba, sólo el eco le contestaba. El joven arquero ya empezaba a acusarse de imprevisión cuando oyó un grito de dolor. Saltó en la dirección del grito y vio a un soldado del barón cogiendo del talle a Christabel y llevándosela en el caballo.

Otra de sus flechas vengadoras partió: el caballo, herido en el pecho, se encabritó, y el soldado y Christabel rodaron por el camino.

El soldado abandonó a Christabel y buscó, con la espada en la mano, en quien vengar la muerte del animal; pero no tuvo la oportunidad de reconocer a su adversario, pues cayó inerte cerca de la víctima, y Robín sacó a Christabel de la proximidad del nuevo cadáver, por miedo a que la sangre que manaba de una herida en la cabeza manchase a la joven.

Cuando Christabel abrió los ojos y vio la noble fisonomía del joven arquero inclinado hacia ella, enrojeció y le tendió la mano diciéndole una sola palabra:

—¡Gracias!

Pero dijo esta palabra con tal sentimiento de gratitud, con una emoción tan profunda, que Robín, enrojeciendo a su vez, besó la mano que le ofrecía.

Robín tomó de la mano a Christabel y la ayudó a dar algunos pasos hacia el grupo; pero apenas la vio Allan, olvidando a los presentes, se abalanzó hacia ella, le estrechó contra su pecho y cubrió su frente de los más tiernos besos. Christabel, palpitante, ebria de alegría, muerta de felicidad a fuerza de ser feliz, no era sino una forma humana entre los brazos de Allan; toda la fuerza vital estaba en la mirada, en los trémulos labios, en las palpitaciones del corazón.

La emoción de los espectadores de este encuentro o, más bien, de la fusión de esas dos almas, era grande. Maude, como con envidia, se acercó a Robín, le cogió las dos manos y quiso sonreírle, pero la sonrisa desgranaba, una a una, gruesas lágrimas sobre sus mejillas de terciopelo, y las lágrimas caían sin romperse, como las gotas de agua sobre las hojas.

—¿Y mi madre? ¿Y Gilbert? —preguntó el joven estrechando las manos de

Maude.

Maude comunicó temblando que no había ido a la casa, y que Halbert había ido solo.

—¿Por qué te inquietas, Robín? —preguntó Will acercándose al joven para no apartarse de Maude.

—Tengo serios motivos para inquietarme: un sargento del barón Fitz-Alwine me ha dicho que había incendiado esta mañana la casa de mi padre y que había arrojado a mi madre a las llamas.

—Por mi alma —gritó el monje Tuck—, mirad…

En efecto, Hal llegaba a galope tendido sobre el más hermoso caballo de las cuadras del barón.

—Mirad, amigos míos —gritó orgullosamente el muchacho—, aunque he estado separado de vosotros también me he batido; he ganado el mejor animal de todo el condado.

Robín sonrió al reconocer el corcel del barón, el que le había servido de blanco.

Deliberaron.

En esta época en que los grandes poseedores de feudos obraban como soberanos de sus vasallos, guerreaban con sus vecinos y se dedicaban al pillaje, al bandolerismo, al crimen, bajo pretexto de ejercer sus derechos de justicia, terribles luchas se entablaban entre dos castillos, entre dos pueblos, y, acabada la batalla, vencedores y vencidos se retiraban, listos para empezar de nuevo a la primera ocasión favorable.

El barón de Nottingham, vencido durante esta noche fértil en acontecimientos, podía intentar tomar el mismo día su revancha.

He ahí por qué nuestros amigos hicieron su asamblea mientras que el barón, acompañado por dos o tres servidores, llegaba a su solar. La presencia de Christabel impedía que le inquietasen durante la retirada.

Se decidió que Allan y Christabel se refugiaran inmediatamente en el «hall» siguiendo el camino más corto. Will Escarlata, sus seis hermanos, Maude y el primo Pequeño Juan les acompañarían.

Robín, Tuck y Halbert debían ir a casa de Gilbert Head. Al anochecer se intercambiarían noticias, y se estaría listo por si había que reunirse en tal punto o en tal otro.

Allan y Christabel, sobre el caballo del barón, partieron los primeros.

El noble animal que llevaba a lady Christabel y a Allan Clare hacia el «hall» de Gamwell avanzaba con rapidez, pero con una ligereza y una suavidad infinitas en sus movimientos, como si hubiese comprendido la naturaleza de su preciosa carga; la brida se curvaba graciosamente sobre su cuello, pero no quitaba los ojos del suelo por miedo a interrumpir con un paso en falso el diálogo de los enamorados.

Christabel se reprochaba su conducta con su padre; se veía maldecida, repudiada por el mundo por haber huido con un hombre; se preguntaba si el mismo Allan no la despreciaría más adelante. Pero estos reproches, estos escrúpulos, estos temores, solo los expresaba para tener el placer de ver cómo la elocuencia del caballero los reducía a la nada.

—¿Qué sería de nosotros si mi padre nos separara? ¿Qué será de nosotros, querido Allan?

—Dentro de muy poco ya no tendrá poder para hacerlo, adorada Christabel; pronto serás mi esposa, no sólo ante Dios como ahora, sino también ante los hombres. Yo también tendré soldados —añadió orgullosamente el joven caballero—, y mis soldados valdrán tanto como los de Nottingham. No te preocupes más, querida Christabel, abandonémonos al gozo de nuestro amor y a la protección divina.

—¡Chiss! —musitó la joven—, escuchad… ¡Allan, nos persiguen!

El caballero detuvo su corcel. Christabel no se engañaba, el ruido de unos caballos llegaba hasta ellos, y por momentos, el ruido, primero lejano, aumentaba de intensidad y se acercaba.

—¡Qué fatalidad! ¿Por qué nos habremos adelantado a nuestros amigos de Gamwell? —murmuraba Allan picando a su caballo para hacerle girar y emboscarse en la espesura, pues se encontraba al borde de un camino. En aquel momento un búho, despertado por el ruido, salió de un tronco de árbol próximo, lanzó un lúgubre grito y rozó en su vuelo la nariz del caballo. Espantado, el animal enloqueció, y en lugar de huir en la dirección elegida por Allan, echó a correr por el camino.

—¡Valor, Christabel! —gritó el joven luchando inútilmente contra la locura del animal—, ¡valor! ¡Manteneos firme; un beso, Christabel!

Un grupo de jinetes con los colores del barón aparecía en línea y controlaba todo lo largo del camino.

La huida era imposible dando la espalda a los jinetes, y no se podía escapar más que forzando su línea milagrosamente.

Allan vio el peligro y sólo pensó en arrostrarlo.

Clavando sus espuelas en los flancos del caballo, cruzó agachando la cabeza por entre los soldados y pasó… pasó como un relámpago cuando atraviesa el espacio…

—¡Cambio de mano! ¡Media vuelta! —ordenó el jefe de la tropa exasperado por este gesto de audacia—. Apuntad al caballo y ¡ay del que hiera a milady!

Una lluvia de flechas cayó alrededor de Allan, pero el animal no amortiguó su carrera y Allan no perdió el valor.

—¡Infierno! ¡Se nos escapan! —aulló el jefe—. A las patas, tirad a las patas!

Pocos instantes después los jinetes rodeaban a los dos amantes, caídos sobre la hierba tras la mortal pirueta del pobre caballo.

—Rendíos, caballero —dijo el jefe con irónica cortesía.

—Jamás —contestó Allan con la espada desenvainada—, jamás; habéis matado a lady Fitz-Alwine —añadió mostrando a Christabel desvanecida a sus pies—. ¡Pues bien, moriré vengándola!

La desigual lucha no duró mucho: Allan cayó acribillado de heridas, y los soldados reemprendieron el camino de Nottingham llevando a Christabel como un niño dormido.

Charlando, el otro grupo llegaba a la encrucijada en la que Robín debía separarse.

Repetía por milésima vez los últimos alientos de la separación cuando los ojos de algunos de los Gamwell descubrieron a corta distancia el cuerpo ensangrentado de un hombre tendido en el suelo.

—¡Cielos! ¡ha ocurrido una terrible desgracia! —gritó Robín reconociendo inmediatamente a Allan Clare—. ¡Ay, amigos míos, mirad… la hierba muestra el pisoteo de unos caballos! Aquí ha habido lucha… ¡Dios mío, quizá esté muerto…! ¿Y qué ha pasado con lady Christabel?

Todos los amigos rodearon el cuerpo que parecía sin vida.

—¡No está muerto, tranquilizaos! —exclamó Tuck.

—¡Bendito sea Dios! —dijo el grupo al unísono.

—La sangre corre de esta gran herida en la cabeza, el corazón late… Allan, caballero, estáis con vuestros amigos, abrid los ojos.

—Registrad los alrededores —dijo Robín—, buscad a lady Christabel.

El dulce nombre pronunciado por Robín reanimó en Allan la vida próxima a extinguirse.

—¡Christabel! —murmuró.

—Tranquilidad, señor —gritó el monje ocupándose de recoger algunas plantas útiles en circunstancias semejantes.

—¿Respondéis de él? —preguntó Robín al monje.

—Respondo; en cuanto haga una cura a su herida le llevaremos al «hall» por medio de una litera de ramas.

—Entonces, adiós, señor Allan —dijo Robín inclinado con tristeza sobre el herido —; nos volveremos a ver.

Allan sólo pudo responder con una débil sonrisa.

Mientras que los robustos brazos de los Gamwell transportaban lentamente al «hall» al pobre Allan Clare, Robín, devorado por la inquietud, se acercaba rápidamente hacia la casa de su padre adoptivo.

Al entrar en el valle que conducía a la casa de Gilbert, los dos jóvenes comprobaron con terror la horrible verdad de las palabras de Lambic. Una espesa nube de humo subía todavía por encima de los árboles, y el acre olor del incendio impregnaba la atmósfera.

Robín lanzó un grito de desesperación y, seguido por Pequeño Juan, no menos

apenado, se lanzó corriendo hacia la avenida.

A pocos pasos de los negros escombros, en el mismo sitio en que la víspera la alegre casa sonreía por sus ventanas iluminadas, el pobre Gilbert estaba arrodillado y sus manos apretaban convulsivamente las frías manos de Margarita, tendida ante él.

—¡Padre, padre! —gritó Robín.

Una sorda exclamación se escapó de los labios de Gilbert; luego dio algunos pasos hacia Robín y cayó llorando en los brazos del joven.

Sin embargo, la energía natural del viejo guardabosque detuvo un instante las quejas, las lágrimas y el llanto.

—Robín —dijo con voz firme—, eres el legítimo heredero del condado de Huntington; no te sobresaltes, es cierto… así pues, un día serás poderoso, y mi cuerpo, mientras aliente en mí un soplo de vida, te pertenecerá… así tendrás por un lado la fortuna, por otro mi abnegación: ¡bien, mira, mírala, muerta, asesinada por un miserable la que te amaba tan tierna, tan sinceramente como hubiese amado al hijo de sus entrañas!

—¡La vengaré!

Y levantándose orgullosamente, el joven añadió:

—El conde de Huntington aplastará al barón de Nottingham, y la señorial morada del noble lord será devorada por las llamas, ¡de la misma forma que ha ocurrido con la casa del humilde guardabosque!

—Yo juro a mi vez —dijo Pequeño Juan—, no dar tregua ni descanso al barón de Fitz-Alwine, como tampoco a sus gentes y capataces.

Al día siguiente, el cuerpo de Margarita, transportado al «hall» por Lincoln y Pequeño Juan, fue enterrado piadosamente en el cementerio del pueblo de Gamwell.

Capítulo XVI

Unos días después del entierro de la pobre Margarita, Allan Clare explicó a sus amigos por qué concurso de circunstancias inesperadas lady Christabel le había sido arrebatada una vez más.

Halbert, enviado al castillo por el pobre enamorado, tan fatalmente decepcionado en sus esperanzas, anunció que Fitz-Alwine había partido hacia Londres con su hija, y que de Londres debía marchar a Normandía, donde algunos asuntos reclamaban su presencia.

—Allan debe seguir a Fitz-Alwine a Londres, de Londres a Normandía, y no detenerse más que donde por fin se detenga el furioso barón.

Pronto se transformó esta idea en proyecto, y de proyecto en ejecución. Allan se preparó para partir, y, ante los ruegos del joven, la dulce y resignada Mariana consintió en esperar su regreso en la maravillosa soledad del «hall» de Gamwell.

Antes de comenzar las diligencias legales de una demanda tan difícil como era la que tenía que hacer en interés de su hijo adoptivo, Gilbert creyó conveniente someter la cuestión a sir Guy de Gamwell y hacerle conocer hasta en sus mínimos detalles la extraña historia relatada por Ritson al morir. Cuando el anciano terminó el relato de la odiosa usurpación de los derechos de Robín, sir Guy contó a su vez a Gilbert que la madre de Robín era la hija de su hermano Guy de Coventry. Por consiguiente Robín era sobrino del baronet, y no su nieto como hubiera podido deducirse de las palabras de Ritson.

La justa reclamación de Robín fue presentada ante los tribunales; hubo proceso. El abad de Ramsay, adversario del joven, miembro muy rico de la todopoderosa Iglesia, rechazó enérgicamente la demanda, y tildó de fábula, mentira e impostura el relato de Gilbert. El «sheriff» al que el señor de Beasant había confiado el dinero necesario para el mantenimiento de su sobrino fue llamado ante los jueces; pero este hombre, vendido en cuerpo y alma al audaz detentador de los bienes del conde de Huntingdon, negó el depósito y no quiso reconocer a Gilbert.

El único testigo del joven, su único protector, era su padre adoptivo, tratado de loco y visionario; débil apoyo para luchar con ventaja contra un adversario tan firmemente asentado como era el abad de Ramsay.

Sin haberse dictado sentencia todavía, hubo que buscar un medio pacífico y legal para entrar en posesión de los bienes sin lucha. Este medio fue encontrado por sir Guy, y, siguiendo su consejo, Robín se dirigió directamente a la justicia de Enrique II. Enviada su petición, esperó la respuesta favorable o contraria de Su Real Majestad antes de tomar una nueva determinación.

Transcurrieron seis años, seis años absorbidos por las angustias de un proceso abandonado o puesto nuevamente en marcha según el capricho de los jueces o de los abogados. Devorados por las inquietudes de la espera, estos seis años fueron como un día para los moradores del «hall» de Gamwell.

Robín y Gilbert no habían dejado la hospitalaria casa de sir Guy, pero a pesar del cariño y los cuidados de su hijo, Gilbert, el alegre Gilbert, sólo era ya la sombra de sí mismo.

Margarita se había llevado el alma y la alegría del anciano.

Mariana también formaba parte de los huéspedes de Gamwell. La amable joven, con la frente coronada por las rosas de sus veinte primaveras, estaba aún más encantadora; sólo faltaba a su felicidad la presencia de su hermano. Allan vivía en Francia, y en sus escasas cartas nunca hablaba de un próximo retorno.

Mejor que nadie en el «hall», y, sobre todo, más que nadie, Robín admiraba, apreciaba y amaba las perfecciones físicas y morales de Mariana; pero esta admiración, próxima a la idolatría, no se expresaba en las miradas, las palabras o los gestos. La soledad de la joven la hacía ante Robín tan digna de respeto como la presencia de una madre. Además, la incertidumbre de su porvenir prohibía a la delicadeza del joven la confesión de un amor que su actual posición no le permitía sancionar con los lazos del matrimonio.

¿Podía descender la noble hermana de Allan Clare hasta Robín Hood?

Hubiese sido imposible, incluso al observador más atento, el adivinar los pensamientos de la joven; le hubiese sido imposible descubrir en los actos de Mariana, en sus palabras o en sus miradas, no solamente el sitio que Robín tenía en su corazón, sino si había comprendido incluso el ardiente amor de que la rodeaba el silencioso y abnegado joven.

Los habitantes del «hall» de Gamwell formaban alrededor de Mariana una corte más que una comunidad; sin mostrarse fría, orgullosa ni altanera con nadie, la joven se había situado involuntariamente por encima de los que la rodeaban.

Maude Lindsay, cuyo padre había muerto casi cinco años antes, no había podido volver al castillo ni acompañar a su señora a Francia. Así pues vivía en el «hall» de Gamwell y procuraba ser útil en la medida de sus fuerzas.

El hermano de leche de Maude, el gentil y joven Hal, hacía en el castillo las funciones de guarda.

Nuestro amigo Gilles de Sherbowne, el alegre monje Tuck, comprendió finalmente la indiferencia de corazón que la linda Maude expresaba en sus maneras fríamente corteses. Los primeros días tras este desolador descubrimiento Tuck los dedicó a quejarse de la general inconstancia de las mujeres, y de la de Maude en particular. Cuando las quejas, los lamentos y la pena calmaron la efervescencia de su dolor, Tuck juró renunciar al amor; juró no amar más que a las bebidas, a los placeres

de la mesa y a los buenos bastonazos, añadiendo que amaría eternamente el darlos y no el recibirlos.

Maude había amado y amaba aún a Robín Hood. Pero cuando la pobre muchacha conoció a Mariana, cuando el tiempo y un contacto diario le hicieron ver las cualidades de la hermana de Allan Clare, comprendió la fidelidad de Robín y le perdonó los desdenes de su indiferencia. La buena y sacrificada joven no sólo perdonó, no sólo comprendió su inferioridad, sino que la aceptó, resignándose a jugar su papel de hermana sin segundas intenciones, sin esperanza en el porvenir, pero, eso sí, no sin sufrimiento.

Entre las personas que intentaban distraer a Maude de su dolor, entre los que se mostraban pendientes de ella, se encontraba un encantador muchacho, de carácter vivo y alegre y maneras apresuradas y acariciadoras, que se tomaba más trabajo en distraer a Maude del que se tomaría un anfitrión en divertir a sesenta convidados. Durante todo el día se veía al fiel amigo de Maude ir de la casa a los jardines, de los jardines al campo, del campo al bosque. Este continuo ir y venir, este infatigable ajetreo, no tenía otro fin que el de buscar un objeto precioso o nuevo para dárselo a Maude, no tenía más motivo que el descubrir un placer que ofrecerle, una sorpresa que darle. Este amigo tan tierno, tan alegremente apresurado, no era otro que nuestro viejo conocido, el buen Will Escarlata.

Poco intimidado o desalentado por los pacientes rechazos de la joven, Will la amaba en silencio de lunes a domingos; pero aquel día, su amor, mudo durante una semana, no pudiendo contenerse más, llegaba al arrebato. Los tranquilos rechazos de Maude arrojaban un poco de agua fría sobre este fuego incendiario; Will se callaba hasta el domingo siguiente, día de descanso que le permitía entregarse sin obstáculos a las efusiones de su corazón.

Estaba Maude idealizada de tal forma en el corazón del ingenuo muchacho que ya no tenía para él la forma de una mujer, sino los rasgos de un ángel, de una diosa, de un ser superior a todos los seres, más cerca del cielo que de la tierra; en una palabra miss Maude era la religión de Will.

Si hemos de reconocer que el salvaje hijo del baronet de Gamwell amaba a Maude de forma tan ruda como franca, también hemos de decir que este amor, tan extraño en su expresión, no dejaba de tener influencia en el corazón de miss Lindsay.

Rara vez detestan las mujeres al hombre que las ama, y cuando encuentran su corazón fiel de verdad, dan parte del amor que inspiran. Cada día alumbró una atención, una gentileza, una amabilidad de Will, todas teniendo por fin y recompensa la alegría de Maude. Y por fin llegó el que esta ruidosa ternura, mezclada de pasión, respeto y platonismo, hiciese nacer en el corazón de Maude una viva gratitud.

El corazón de Maude no era de los que exigen una fidelidad tan prolongada, pues su corazón era bueno, tierno y abnegado. William sabía esto y esperaba que una

mañana, en su milésima declaración de amor, Maude le tendiese su blanca mano, su frente tan pura, y dijese al fin: «William, te amo».

Amada por la familia Gamwell, adorada por Will, deseosa de complacer a todos, por fin Maude se inclinó hacia el joven, pero había rechazado tan a menudo las ofertas de su amor que, sintiendo el deseo de responder a ellas, no sabía ya cómo obrar.

Así estaban las cosas en 1182, seis años después del asesinato de la pobre Margarita.

Un bello atardecer de los primeros días del mes de junio, Gilbert Head preparó una expedición nocturna. La expedición, que tenía como fin detener a una banda de hombres del barón Fitz-Alwine, debía, con su éxito, realizar los deseos del anciano, pues el esposo de Margarita no había renunciado a sus proyectos de venganza. Los informes que habían puesto sobre aviso a Gilbert del paso de estos hombres por el bosque de Sherwood hacían suponer que acompañaban a su señor al castillo de Nottingham, y Gilbert pensaba disfrazar a los suyos con la librea de los soldados del barón e introducirse en el castillo de esta forma. Solamente allí tendrían lugar las represalias, represalias sin piedad que devolverían muerte por muerte, incendio por incendio.

Gilbert quería matar con sus propias manos al barón Fitz-Alwine, pues, en la extrema exageración de su dolor, miraba esta muerte como un tributo a pagar a los queridos restos de su infortunada compañera.

Robín, a este respecto, no pensaba igual que su padre adoptivo, y sin creer que con ello traicionase el juramento que hizo sobre el cadáver de Margarita, pensaba defender al barón del furor del anciano.

Un sentimiento de amor debía interponerse como escudo entre el arma de Gilbert y el pecho del barón Fitz-Alwine.

"¡Dios mío! —pensaba Robín—, concédeme el preservar a este hombre de los golpes de mi padre; la dulce criatura que está junto a ti no pide venganza. Concédeme la gracia de mover el corazón de Fitz-Alwine, de enterarme por él de la suerte de Allan Clare, para poder dar un poco de felicidad a la que amo".

Unos minutos antes de la hora fijada para la salida, Robín entró en una habitación que estaba junto a los aposentos de Mariana para despedirse de la joven.

Entreabriendo sin ruido la puerta del cuarto, Robín vio a Mariana apoyada en una ventana y hablando consigo misma, como hacen las personas que viven en una soledad llena de sueños.

Deteniéndose turbado, Robín se quedó en silencio, con el sombrero en la mano, en el umbral de la puerta.

—Santa Madre del Salvador —murmuraba la joven con voz entrecortada—, ayúdame, protégeme, dame fuerzas para soportar la aplastante monotonía de mi

existencia. Allan, hermano mío, mi único protector, mi único amigo, ¿por qué me has abandonado? Tus esperanzas de felicidad eran mi única alegría; Christabel y tú érais toda mi vida.

—Soy desgraciada, Allan, muy desgraciada, y, para redondear mi infortunio, una pasión devoradora llena todo mi ser: mi corazón ya no me pertenece.

Al terminar estas doloridas palabras, Mariana hundió la cabeza entre sus blancas manos y lloró amargamente.

—«Mi corazón ya no me pertenece» —repitió Robín estremecido de angustia, al paso que un profundo rubor le hacía comprender que era indiscreto testigo del llanto de la joven…

—Mariana —dijo vivamente Robín adelantándose hasta el centro de la habitación—, ¿me permitís hablar un momento con vos?

Mariana, sobresaltada, dejó escapar una débil exclamación.

—Con gusto, señor —contestó con dulzura.

—Señorita —dijo Robín con los ojos bajos y la voz temblorosa—, acabo de cometer involuntariamente una falta imperdonable. Pido a vuestra extrema indulgencia que escuche mi confesión sin cólera. Llevo en el umbral de la puerta varios minutos, vuestras palabras, tan profundamente tristes, han tenido un auditor.

Mariana enrojeció.

—Oí sin escuchar, señorita —se apresuró a añadir Robín acercándose tímidamente a la joven.

Una dulce sonrisa iluminó los labios de la encantadora lady.

—Señorita —prosiguió Robín animado por esta divina sonrisa—, permitidme contestar a algunas de vuestras palabras. Estáis sin padres, Mariana, alejada de vuestro hermano y casi sola en el mundo. ¿No tiene mi vida los mismos dolores? Como vos, milady, puedo quejarme de mi suerte, puedo llorar como vos, pero no a los ausentes, sino a los que no están. Sin embargo no lloro, porque el porvenir y Dios son mi esperanza.

—Sois bueno, Robín —respondió la joven con voz profundamente emocionada.

—Tened pues confianza en mí, querida lady. Sobre todo no supongáis que el ofrecimiento de mi corazón, de mi vida, de mis cuidados, lo hago sin reflexionar… Mariana —añadió el joven con voz más expresiva y menos temblorosa—, os diré toda la verdad: os amo desde que nos vimos por primera vez.

Una exclamación en la que se mezclaban la alegría y la sorpresa escapó de los labios de Mariana.

—Si os hago hoy esta confesión —continuó Robín con emoción—, si os abro mi corazón cerrado sobre vuestra imagen desde hace seis años, no es con la esperanza de obtener vuestro cariño, sino para que comprendáis mi fidelidad a vuestra querida persona.

Mariana tendió al joven inclinado hacia ella sus dos manos temblorosas.

—Escucho vuestras palabras, Robín, con un sentimiento de admiración tan grande que me hace impotente para expresaros mi felicidad. Os conozco desde hace varios años, y cada día me ha enseñado a apreciaros más. Me sería penoso el ser sobrepasada en grandeza de alma, incluso por vos, Robín. Quiero ser tan franca como vos sois fiel.

Un vivo color enrojeció las mejillas de Mariana, que guardó silencio durante algunos minutos.

—No tengáis mala opinión de mi delicadeza de mujer —prosiguió la joven emocionada—, si en premio a todas vuestras bondades para conmigo os pertenezco. Además, no creo tener que avergonzarme por esta confesión, ya que es un testimonio de mi gratitud y mi lealtad.

No repetiremos las ardientes palabras que se escaparon como un torrente del corazón de los jóvenes; seis años de amor silencioso habían amasado tesoros de ternura.

Capítulo XVII

—¡Maude, Maude, miss Maude! —gritaba una voz alegre persiguiendo a la joven que se paseaba sola y pensativa por los jardines de Gamwell—. Maude, gentil Maude —repitió la voz con tierna impaciencia—, ¿dónde estáis?

—Aquí, William —dijo miss Lindsay acercándose con apresurado agrado hacia el joven.

—Soy feliz al encontraros, Maude —gritó Will con alegría.

—¿Tenéis intención de preparar el camino para ir mañana de caza?

—No, Maude, no vamos al bosque con esa pacífica intención, vamos… ¡Oh, lo olvidaba!… No debo hablar de esto a nadie. Sin embargo voy a hacer una cosa cuyo resultado puede ser que me rompa una pierna… Digo locuras, Maude, no me escuchéis. He venido para desearos una feliz noche, y deciros adiós…

—¡Adiós, Will! ¿Qué significa esto? ¿Vais a emprender una peligrosa expedición?

—Si así fuera, con un arco y un bastón sólidamente agarrado a una mano firme, la victoria sería fácil. Pero, silencio… todas mis palabras están de más, no dicen nada.

—Me engañáis, William, queréis hacerme misteriosa vuestra salida nocturna.

—La prudencia lo exige, querida Maude; una palabra de más podría ser peligrosa. Los soldados… ¡Oh, estoy loco… loco de amor por vos, Maude! He aquí la verdad: Pequeño Juan, Robín y yo vamos a recorrer el bosque. Antes de partir quise despedirme, despedirme tiernamente, pues quizá no vuelva a tener la dicha de… Digo chiquilladas, Maude, sí, chiquilladas. Vine a deciros adiós porque me es imposible alejarme del «hall» sin estrecharos las manos; esto es cierto, Maude, completamente cierto, os lo aseguro.

—¿Me amáis de verdad, Will?

—¿Qué tengo que hacer para probároslo? ¿Qué hay que hacer?, decídmelo… Deseo demostraros que os amo con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, deseo demostrároslo porque aún no lo sabéis.

—William, William, ¿dónde estás? —dijo de pronto una voz fuerte y sonora.

—Me llaman, Maude, adiós. Que la Virgen María vele por vos, ¡que su divina protección os preserve de todo mal! Sed feliz, Maude; pero si no me volvéis a ver, si no regreso, pensad de vez en cuando en el pobre Will, pensad en el que os ama y os amará siempre.

Al terminar estas palabras, murmuradas con la voz entrecortada por las lágrimas, el joven cogió a Maude por el talle, estrechó contra su corazón a la palpitante joven, la besó apasionadamente y se alejó sin volver la cabeza, sin contestar a la dulce voz

que intentaba retenerle.

Una veintena de robustos vasallos armados con lanzas, espadas, arcos y flechas, rodeaban, a distancia respetuosa, a un grupo de hombres compuesto por los hijos de sir Guy de Gamwell, por Pequeño Juan, su sobrino, y por Gilbert Head.

—Mucho me extraña que Robín se haga esperar —decía el anciano a sus jóvenes compañeros—; no está entre las costumbres de mi hijo el ser perezoso.

—Paciencia, maese Gilbert —respondió Pequeño Juan irguiéndose cuan alto era para echar una ojeada—; Robín no es el único que falta, mi primo Will también se hace de rogar. No creo que retrasen la salida tres o cuatro minutos sin motivo.

—¡Aquí están! —gritó uno de los hombres.

Will y Robín se acercaron rápidamente.

—¡Partamos! —gritó Gilbert—. Pequeño Juan —añadió volviéndose hacia el joven—, ¿conocen vuestros amigos el objetivo de nuestra expedición?

—Sí, Gilbert, juraron seguiros con valor y serviros con fidelidad.

—¿Puedo contar entonces, con toda confianza, con su apoyo?

—Con total confianza.

—Muy bien. Algo más: a fin de llegar a Nottingham por el camino más corto, nuestros enemigos atravesarán Mansfield, se internarán por el gran camino que corta en dos el bosque de Sherwood, y alcanzarán una encrucijada junto a la cual nos emboscaremos… No tengo nada más que decir. Pequeño Juan, ¿conoces mis planes?

—¡Perfectamente! ¡Muchachos! —gritó Pequeño Juan a una señal del anciano—, ¿tendréis el valor de hundir vuestros dientes sajones en el cuerpo de esos lobos normandos? ¿Tendréis el valor de vencer o morir?

Un sí enérgico respondió a la doble pregunta.

—¡Pues bien, adelante, mis valientes!…

—¡Hurra! ¡A la guerra! —exclamó Will siguiendo con Robín a la belicosa tropa.

Y el eco del sombrío bosque repitió:

—¡Hurra… hurra… hurra!

Cuando la tropa alcanzó el lugar designado por Gilbert como ideal para una emboscada, el anciano colocó a sus hombres, dio a cada uno nuevas y breves explicaciones, ordenó un profundo silencio y fue a colocarse tras un tronco de árbol a pocos pasos de Pequeño Juan, cuyas orejas estaban ya al acecho.

Lo único que turbaba la calma de la noche era el grito de un pájaro que se despertaba, el canto melodioso de un ruiseñor, los suspiros de la brisa entre las hojas; pero a estos diversos murmullos pronto vino a unirse un ruido de pasos aún lejano, un ruido casi imperceptible y que sólo el oído de los hombres del bosque podía distinguir de los armoniosos rumores de las plantas, del viento, de la voz de los pájaros y del roce de las hojas.

—Es un hombre a caballo —dijo Robín a media voz—, creo reconocer el paso

corto y rápido de un pony de nuestro país.

—Tienes razón —respondió Pequeño Juan en el mismo tono—; el que llega es un amigo o un viajero inofensivo.

—Cuidado a pesar de todo.

—¡Cuidado! —se repitieron los hombres unos a otros.

La persona que excitaba de esta suerte la inquieta curiosidad de la tropa continuaba alegremente su camino; cantaba con fuerte voz una balada compuesta en su honor y sin duda alguna por ella misma.

—¡Maldito seas! —gritó de improviso el cantante dirigiendo a su caballo la amable frase—. ¿Qué pasa, bestia desganada? ¿Cómo es que cuando torrentes de armonía se escapan de mis labios no permaneces silenciosa, arrebatada, encantada?

—¿Por qué razón hablas así, amigo mío? —dijo Pequeño Juan, que, silenciosamente, salió de su escondite y sujetó las bridas del caballo.

Algo sobresaltado, el desconocido dijo:

—Antes de contestar quisiera saber el nombre del que detiene a un hombre apacible e inofensivo, el nombre del que suma a este método de bandolero la impudicia de llamar amigo suyo a un hombre que es muy superior a él —añadió orgullosamente el extraño.

—Sabed, señor clérigo de Copmanhurst, pues el ruidoso griterío de vuestros cantos me reveló vuestro nombre, que habéis sido detenido, no por un bandolero, sino por un hombre difícil de intimidar y que está por encima de vos a una altura igual que la que os da por un momento vuestro caballo —respondió fríamente el sobrino de sir Guy.

—Sabed, sir perro del bosque, pues la grosería de vuestros modales me revela vuestro nombre, que preguntáis a un hombre poco acostumbrado a responder a las preguntas inoportunas, a un hombre que os apaleará si no soltáis inmediatamente las bridas de su caballo.

—La fuerza se os va por la boca —contestó el joven en tono burlón—, y responderé a vuestras amenazas presentándoos a un joven guardabosque que os hará pedir gracia con vuestro propio bastón.

—¡Hacerme pedir gracia con mi propio bastón! -gritó el extraño con furia-; sería raro si no imposible. Traedme, traedme enseguida a vuestro amigo.

Y vociferando estas palabras, el viajero bajó de su caballo. Al ver al forastero, Robín cogió del brazo a Pequeño Juan y le dijo en voz baja:

—¿No reconocéis a ese viajero? Es Tuck, el monje.

—¡Bah! ¿De verdad?

—Sí, pero no digáis nada, deseo desde hace tiempo medirme con el bastón con ese valiente de Gilles, y como el claroscuro de la noche me oculta, voy a aprovechar este extraño encuentro.

Las elegantes y afeminadas formas de Robín pusieron una sonrisa burlona en los labios del extraño.

—Muchacho —dijo riéndose—, ¿estás seguro de tener duro el cráneo y de poder soportar sin morir la lluvia de golpes que merece tu impudicia?

—Mi cráneo es sólido, aunque no tiene el espesor del vuestro, sir desconocido —contestó el joven hablando el dialecto de Yorkshire para disimular su voz—; sin embargo, resistirá vuestros golpes si tenéis la destreza de tocarlo, destreza que pongo en duda con tanta audacia como fanfarronería prodigáis al proclamarlo.

—Vamos a verte en acción, urraca descarada. Ya basta de palabras, ¡en guardia!

Con la intención de asustar a su joven adversario, Tuck dio con el bastón un terrorífico molinete y pareció querer dirigir su primer golpe a las piernas de Robín; pero el muchacho, demasiado hábil para desconocer las verdaderas intenciones del monje, detuvo el bastón en el momento en que, guiado por segura mano, iba a golpearle la cabeza. Luego, no contento con esta hábil parada, asestó a los hombros, los riñones y la cabeza de Tuck una serie de golpes tan violenta y metódicamente aplicada, que el monje, atontado, molido, con los ojos cegados, pidió, no gracia, sino una suspensión de armas.

—Manejáis bien el bastón, joven amigo —dijo con voz jadeante intentando disimular el cansancio—, veo que los golpes rebotan en vuestros flexibles miembros sin herirlos.

—Rebotan porque los paro, señor —contestó alegremente Robín—; pero hasta ahora no conozco el contacto de vuestro bastón.

—Es vuestro orgullo el que habla, joven, pues con toda seguridad os he tocado más de una vez.

—¿Habéis olvidado, monje Tuck, que ese mismo orgullo me prohibió siempre mentir? —respondió Robín hablando con su propia voz.

—¿Quién sois? —gritó el monje.

—Mirad mi rostro.

—¡Oh! ¡Por san Benito, nuestro bienaventurado patrón! Es Robín Hood, el hábil arquero.

—En persona, alegre Tuck.

—Alegre Tuck, alegre Tuck, sí, pero antes de que me arrebataseis a mi pequeña amante, la preciosa Maude Lindsay.

Apenas había terminado estas palabras cuando una mano de hierro se aferró con violencia al brazo de Robín y una voz furiosa murmuró:

—¿Es verdad lo que dice ese monje?

Robín volvió la cabeza y vio, pálida, con los labios temblorosos y los ojos inyectados en sangre, la cara descompuesta de Will.

—Silencio, William —contestó con suavidad Robín—, silencio, contestaré

inmediatamente a tu pregunta. Mi querido Tuck —prosiguió—, yo no me llevé a la que tan ligeramente llamáis vuestra amante. Miss Maude, como mujer digna y honrada, ha rechazado un amor que no podía compartir. Su salida del castillo de Nottingham no fue una falta, sino el cumplimiento de un deber: acompañaba a su señora, lady Christabel Fitz-Alwine.

—Yo no hice votos monásticos, Robín —contestó el monje a manera de excusa —, y hubiese podido dar mi nombre a miss Lindsay. Si la caprichosa niña rechazó mi amor, debo culpar de ello a vuestra bonita cara, o bien a la inconstancia de corazón que es natural en las mujeres.

—¡Vaya! Monje Tuck —gritó Robín—, calumniar a las mujeres es una infamia. ¡Ni una palabra más! Miss Maude es huérfana, miss Maude es desdichada, miss Maude tiene derecho al respeto de todos.

—¿Murió Hubert Lindsay? —exclamó con tristeza Tuck—. ¡Dios haya acogido su alma!

—Sí, Tuck, muerto. Han ocurrido muchas cosas extrañas; os contaré todo esto más tarde. Aguardando la posibilidad de una larga conversación, ocupémonos del motivo que ha causado nuestro encuentro. Vuestra colaboración nos es necesaria.

—¿En qué? —preguntó Gilles.

—Os lo explicaré lo más brevemente posible. El barón Fitz-Alwine hizo quemar por sus esbirros la casa de mi padre, como ya sabéis; mi madre fue muerta durante el incendio, y Gilbert quiere vengar su muerte. Esperamos aquí al barón; regresa del extranjero y va a Nottingham. Nuestra intención es entrar por sorpresa en el interior del castillo. Si tenéis ganas de dar unos buenos golpes, ahí tenéis la ocasión.

—¡Bravo! Nunca rechazo un placer. Pero no esperéis que piense triunfar, pues nuestro ejército no es fuerte si no está compuesto más que por esos dos hermosos muchachos, vos y yo.

—Mi padre y un grupo de vigorosos hombres del bosque están emboscados a veinte pasos de nosotros.

—¡Entonces triunfaremos! —exclamó el monje haciendo girar su bastón con entusiasmo.

—¿Qué camino habéis seguido hacia el bosque, reverendo padre? —preguntó Pequeño Juan.

—El de Mansfield a Nottingham, endeble amigo —contestó el monje—. Verdaderamente no perdono a mis ojos su ceguera, y os doy la mano de todo corazón, mi querido Pequeño Juan.

El sobrino de sir Guy respondió con afecto a las amistosas cortesías del monje.

—¿No habéis encontrado en vuestro camino a una cabalgada militar? —preguntó el joven.

—Un grupo de hombres llegados de Tierra Santa se reponía en una posada de

Mansfield, pero este grupo, disciplinado según parece, está compuesto por hombres medio muertos de fatiga y privaciones. ¿Creéis que forme parte del cortejo que acompaña al barón Fitz-Alwine?

—Sí, pues esos cruzados esperados en el castillo de Nottingham son hombres suyos. Así pues, pronto nos encontraremos con los ilustres personajes. Monje Tuck, hay que desaparecer en la espesura o tras un tronco de árbol.

—En seguida, pero ¿dónde colocar a esta obstinada yegua? Tiene tantos defectos como una mu… ¡Chisst!… Sin embargo estoy ligado a ella.

—Voy a llevarla a un abrigo seguro; confiádmela y escondeos.

Pequeño Juan ató al caballo por los riñones a un árbol poco alejado del camino, y luego fue a reunirse con sus compañeros.

La nerviosa inquietud de Will no le había dejado esperar el momento propicio para una explicación; se había ido hacia Robín y, de forma insistente, el fogoso joven había obligado a su amigo a hacerle un relato detallado de las circunstancias relacionadas con la huida del castillo de Nottingham.

Robín contó todo con veracidad, fue sincero y, sobre todo, generoso para con Maude.

Will escuchó con el corazón palpitante, y cuando el joven terminó su relato, le preguntó:

—¿Eso es todo?

—Todo.

—Gracias.

Y los dos excelentes corazones se estrecharon.

—Soy su hermano —dijo Robín.

—Yo seré su marido —exclamó William; y añadió alegremente—: ¡Vamos a batirnos!

¡Pobre William!

La espera se prolongó hasta bastante avanzada la noche, y eran ya las tres de la madrugada cuando un relincho de caballo se oyó en las profundidades del bosque.

Algunos minutos más tarde, una tropa, que no disimulaba su paso, pues los hombres, menos fatigados de lo que había juzgado Tuck, reían, charlaban y cantaban, apareció en la entrada de la bifurcación.

En el mismo momento el caballito de Tuck se salió de la espesura, pasó como una flecha ante su dueño, y galopó deliberadamente por delante de los soldados.

El monje hizo un movimiento para lanzarse tras la desertora.

—¿Estáis loco? —murmuró Pequeño Juan sujetando al monje por el brazo—; un paso más y sois hombre muerto.

—Pero agarrarán a mi pequeño pony —gruñó Tuck.

Tuck salió al camino, y, corriendo hacia los soldados, vio a su yegua caracolear,

encabritarse, levantar a su alrededor nubes de polvo y resistir a los esfuerzos de los que querían frenar sus alegres locuras.

Un soldado alcanzó al pony con su lanza, pero el golpe que le dio le fue devuelto con creces por Tuck, pues el pobre diablo cayó de su montura lanzando un grito de dolor.

—Mary, Mary, hija mía —gritó Tuck con dulzura—, ven conmigo bonita, ven.

Esta voz conocida hizo estirar las orejas al caballo: relinchó alegremente y trotó junto a su dueño.

—¡Cómo, bribón! —gritó el jefe con furia—, ¡matas a mis hombres!

—Respetad a un miembro de la Iglesia —respondió Tuck dando en la cabeza del caballo montado por el jefe un violento bastonazo.

El animal saltó hacia atrás; el jefe vaciló y perdió los estribos.

—¿No ves el hábito que llevo? —prosiguió Tuck en un tono que intentaba fuera imponente.

—¡No! —rugió el jefe—. ¡No! No veo tu hábito sino tu insolente audacia. Sin respeto por el uno y sin gracia para lo otro, voy a partirte el cráneo.

El golpe de la lanza alcanzó a Tuck, y el dolor exasperó tan locamente al buen hermano que se lanzó sobre el jefe gritando con voz estentórea:

—¡A mí los Hood! ¡A mí los Hood! ¡A mí!

Los clamores de Tuck no asustaron al jefe. Su tropa, compuesta por unos cuarenta hombres, podía ayudarle a la menor señal, y por diestro y vigoroso que fuera el monje era un enemigo fácil de vencer.

—Atrás, bribón —gritó con voz terrible—. ¡Atrás! —Y su lanza rechazó a Tuck, mientras que, violentamente dirigido por su jinete, el caballo se arrojaba sobre el monje.

El benedictino dio un prodigioso salto, y, de un bastonazo formidable, partió la cabeza del jefe.

Veinte lanzas y otras tantas espadas amenazaron la vida del intrépido monje.

—¡Socorro, los Hood! ¡Socorro! —vociferó Tuck aculándose como un león contra el tronco de un árbol.

—¡Hurra! ¡Hurra por los Hood! —gritaron furiosamente los hombres emboscados —. ¡Hurra!

Y la tropa mandada por Gilbert se lanzó como un solo hombre en auxilio del monje.

Viendo correr hacia ellos a este grupo armado y con intenciones hostiles, los soldados gritaron reagrupamiento, cubrieron el camino en toda su anchura y se prepararon para aplastar al enemigo bajo las patas de sus caballos.

Una lluvia de flechas restó efectividad a esta primera defensa, y media docena de soldados cayeron heridos de muerte en el campo de batalla.

Viendo que el número de enemigos era muy superior a su grupo, Gilbert ordenó situarse en la cuneta del camino para tener de su parte la oscuridad y la barrera de los árboles.

Esta hábil maniobra hacía de los soldados blanco fácil de las flechas, pues los hombres del bosque no fallaban, tanta precisión y destreza les había dado la costumbre.

—¡Pie a tierra! —gritó el hombre que, por propia autoridad, había ocupado el sitio del jefe.

Los cruzados obedecieron y el grupo de Gilbert se abalanzó valerosamente sobre ellos. Se entabló entonces un combate cuerpo a cuerpo, una lucha homicida en la que la fuerza era el arma reina.

A pesar de todos los esfuerzos, a pesar del particular valor de cada uno y de la fuerza combinada de una resistencia general, la victoria se inclinaba visiblemente de lado de los soldados del barón. Esta tropa, muy disciplinada, inmune a la fatiga y con dobles efectivos que la de los guardabosques, ganaba por momentos el terreno que había perdido al entablarse el combate. Pequeño Juan, de una ojeada, juzgó la situación casi desesperada, y desde el momento en que el derramamiento de sangre no era más que una inútil carnicería, había que detener la lucha. Pero no atreviéndose a obrar sin autorización de Gilbert, el joven se lanzó en su busca.

Las proezas de William habían atraído sobre él la atención de cuatro soldados reunidos en consejo para apoderarse de un jefe enemigo. Juzgaron que entre los jefes se encontraba el tierno enamorado de la linda Maude, y, a pesar de su enérgica resistencia, lograron derribarle. Robín vio el resultado del ataque, y, sin consultar más que con su buen corazón, atravesó con una lanza el pecho de un hombre, levantó a William con mano vigorosa, y, apoyado por su amigo, intentó una retirada victoriosa hacia donde estaban los suyos, ya reunidos por Pequeño Juan.

El peligro corrido por Will parecía conjurado; ya iba, sostenido por Robín, a llegar al grupo amigo que formaba una barrera contra los soldados. Pero un grito de Robín, un grito de furiosa despreocupación, hizo perder de vista al joven a los soldados que no habían sucumbido en la lucha.

—¡Mi padre, mi padre! —gritaba Robín—. ¡Van a matar a mi padre!

El joven arquero se abalanzó en socorro de Gilbert, y William, cogido de nuevo, arrastrado, sólo tuvo tiempo de ver a Robín arrodillado junto a Gilbert, cuyo cráneo había sido destrozado de un hachazo.

Entre los clamores levantados por la muerte del anciano y la pronta venganza que de ello tomó Robín matando al responsable, la desaparición de Will pasó desapercibida.

El combate, aminorado un instante, se hizo más terrible. Robín y Tuck golpeaban mortalmente a todos los que intentaban alcanzarles, y Pequeño Juan aprovechó la

desesperada embriaguez del joven para hacer retirar el cuerpo de Gilbert.

Un cuarto de hora después de la partida del triste cortejo, Robín gritó con fuerza:

—¡Al bosque, muchachos!

Los guardabosques se dispersaron como una bandada de pájaros sorprendidos, y los soldados se lanzaron tras ellos gritando:

—¡Victoria! ¡Victoria! ¡Cacemos a los perros! ¡Matemos a los perros!

—Los perros no se dejarán matar sin morder —gritó Robín, y los tensados arcos enviaron mortales flechas.

La peligrosa persecución muy pronto se hizo imposible, y los soldados tuvieron en buen sentido de darse cuenta.

Seis hombres faltaban en el grupo de Pequeño Juan, Gilbert Head había muerto, y William formaba parte de los desaparecidos.

—¡No abandonaré a William! —dijo Robín deteniendo al grupo—; continuad el camino, valientes; yo voy a buscar a Will; ¡herido, muerto o prisionero, debo encontrarle!

Los hombres continuaron su camino, y los dos jóvenes desandaron lo recorrido.

El campo de batalla no ofreció a sus miradas ningún resto de combate, los muertos, amigos o soldados, habían desaparecido todos. Algunos pisoteos de caballos indicaban por aquí y por allá el paso de una numerosa tropa, pero nada más: trozos de árboles, maderas de flechas y otros vestigios de la lucha, habían sido recogidos por los cruzados, se habían llevado todo.

Sin embargo, un ser vivo erraba por la encrucijada, lanzando a izquierda y derecha inteligentes miradas de inquieta búsqueda; este ser era el caballo del monje.

Al ver a los dos jóvenes, el pony trotó hacia ellos con aspecto satisfecho, pero al reconocer al que le había atado, relinchó, se encabritó y desapareció.

—La dulce Mary se ha emancipado —dijo Pequeño Juan—, y con toda seguridad será propiedad de un «outlaw» antes de que llegue el día.

—Intentemos agarrarla —dijo Robín—; con su ayuda quizá me sea posible alcanzar a los soldados.

—Y haceros matar por ellos, amigo mío —respondió sabiamente el sobrino de sir Guy—; sería, os lo aseguro, tan inútil como imprudente; volvamos al «hall», mañana veremos.

—Sí, volvamos al «hall» —dijo Robín—; un doloroso deber me llama allí hoy mismo.

Al día siguiente de estos funestos acontecimientos, el cuerpo de Gilbert, ante el que Tuck había orado piadosamente, fue amortajado y transportado a su última morada.

Robín, solo a petición suya junto a buen anciano, rezó con fervor por el descanso de quien le había amado tanto.

—Adiós para siempre, padre querido —dijo—; adiós, tú que recibiste en tu casa al niño extraño y sin familia; tú que diste noblemente a ese niño una madre toda ternura, un padre abnegado, un nombre sin tacha, ¡adiós, adiós, adiós!… La separación mortal de nuestros cuerpos no separa a nuestras almas. ¡Oh, padre mío!, vivirás eternamente en mi corazón, en él vivirás amado, respetado, honrado igual que Dios.

Capítulo XVIII

Al despuntar el día siguiente, Robín y Pequeño Juan entraban en una posada del pueblecito de Nottingham para comer por primera vez en la jornada. Estaba llena de soldados pertenecientes, según se deducía de sus uniformes, al barón Fitz-Alwine.

Mientras comían, los dos amigos escuchaban atentamente la conversación de los soldados.

—Todavía no sabemos —decía uno de los hombres del barón quiénes eran los enemigos de los cruzados. Su Señoría supone que son «outlaws» o vasallos guiados por uno de sus enemigos. Por suerte para monseñor, su llegada al castillo se había retrasado algunas horas.

—¿Estarán los cruzados mucho tiempo en el castillo, Geoffroy? —preguntó el dueño del local al que hablaba.

—No, salen mañana para Londres, a donde conducirán a los prisioneros.

Robín y Pequeño Juan intercambiaron una significativa mirada.

En el momento en que los dos amigos cruzaban el círculo formado por los soldados en dirección a la puerta, el llamado Geoffroy dijo a Pequeño Juan:

—¡Por san Pablo!, amigo mío, tu cráneo parece tener una especial simpatía por las vigas del techo, y si tu madre puede besarte las mejillas sin que tengas que arrodillarte, merece un grado en el cuerpo de los cruzados.

—¿Ofende a tus miradas mi alta estatura, soldado? —contestó Pequeño Juan en tono condescendiente.

—No me ofende en absoluto, soberbio forastero, pero te diré con toda franqueza que me sorprende mucho. Hasta ahora yo me tenía por el hombre más apuesto y vigoroso del condado de Nottingham.

—Me siento dichoso al poder darte una muestra de lo contrario —contestó Pequeño Juan.

—Apuesto un jarro de cerveza —dijo Geoffroy dirigiéndose a los presentes—, a que, a pesar de su aspecto vigoroso, el forastero será incapaz de tocarme con un bastón.

—Acepto la apuesta —gritó uno de los asistentes.

—¡Bien! —contestó Geoffroy.

—Pero, ¿no me preguntas si acepto el desafío? —dijo a su vez Pequeño Juan.

—No podrías rehusar un cuarto de hora de diversión a quien, sin conocerte, apostó por ti —dijo el hombre que había apoyado la proposición de Geoffroy.

—Antes de responder a la amistosa propuesta que se me ha hecho —replicó Pequeño Juan— quisiera advertir ligeramente a mi adversario: no soy vanidoso

respecto a mi fuerza, pero he de decir que nada se le resiste; diré también que querer luchar conmigo es querer ser derrotado, es buscar una desgracia, una herida en el amor propio. Nunca fui vencido.

El soldado se echó a reír ruidosamente.

—Eres el mayor fanfarrón de la tierra, señor forastero —dijo el soldado—, y si no quieres que añada a este calificativo el de cobarde, lucharás conmigo.

—Ya que así lo deseáis, lo haré de todo corazón, maese Geoffroy. Pero antes de daros la prueba de mi fuerza, permitidme decir algunas palabras a mi compañero. Hecho esto, prometo utilizar mi tiempo en corregiros buenamente de vuestro defecto de impudicia.

—¡Pero no te vayas! —pidió Geoffroy con sorna.

Los presentes se echaron a reír.

Herido en lo más vivo por esta insolente suposición, Pequeño Juan se fue hacia el soldado.

—Si yo fuese normando —dijo el joven encolerizado—, obraría así: pero soy sajón. Si no acepté inmediatamente tu belicosa oferta, fue por bondad. ¡Pues bien! ya que te burlas de mis escrúpulos, estúpido charlatán, ya que me alivias de toda conmiseración para contigo, llama al dueño, paga tu cerveza y pide vendas, pues tan cierto como llamas cabeza a la torpe prominencia que se balancea entre tus dos hombros, tendrás necesidad de ellas inmediatamente. Querido Robín —dijo Pequeño Juan reuniéndose con su amigo—, id a la casa de Grace May, donde sin duda encontraréis a Hal. Sería peligroso para vos y, sobre todo, muy comprometedor para la salvación de Will, que fueseis reconocido por algún servidor del castillo. Tengo que responder a la intempestiva bravata de este soldado; la respuesta será corta y buena, estad seguro; ahora, poneos al abrigo de cualquier encuentro molesto.

Robín obedeció de mala gana las prudentes recomendaciones de Pequeño Juan, pues hubiese sido para él muy placentero el presenciar una lucha en la que su amigo debía triunfar con facilidad.

Cuando Robín desapareció, Juan volvió a entrar en la posada.Los bebedores habían aumentado considerablemente, pues la noticia de un enfrentamiento entre Geoffroy el Fuerte y un forastero que no le desmerecía en vigor ni audacia se había propagado ya por el pueblo y había atraído a los aficionados a este tipo de combate.

Tras haber observado a la muchedumbre con una mirada indiferente y tranquila, Pequeño Juan se acercó a su adversario.

—Estoy a tu disposición, señor normando —dijo.

—Y yo a la tuya —contestó Geoffroy.

Acompañados por una multitud tumultuosa, los dos adversarios salieron de la sala y se situaron frente a frente en medio de un gran césped cuya mullida alfombra venía a las mil maravillas para aquella circunstancia.

Los espectadores formaron un amplio círculo en torno a los dos combatientes, y un profundo silencio sustituyó al ruido.

Los dos hombres se observaron un momento con persistente fijeza. La cara de Pequeño Juan tenía una expresión tranquila y sonriente; la de Geoffroy dejaba traslucir, muy a pesar suyo, una vaga inquietud.

Simultáneamente, los dos hombres se dieron la mano, y un cordial apretón les unió un segundo.

La lucha comenzó. No la describiremos; únicamente diremos que no duró mucho. A pesar de sus desesperados esfuerzos y de su enérgica resistencia, Geoffroy perdió el equilibrio, y con un movimiento impulsado por una fuerza inaudita y de una destreza inigualable, Pequeño Juan lanzó a su adversario por encima de su cabeza, y le envió a veinte pasos.

El soldado, exasperado por esta vergonzosa derrota, se incorporó al ruido de los alegres clamores de todos los asistentes, que gritaban lanzando sus gorros al aire:

—¡Hurra! ¡Hurra por el guardabosque!

Los vivas entusiastas de la multitud celebraron la triunfal proeza de Juan, y la cerveza corrió en su honor.

—Sin rencor, valiente soldado —dijo Juan tendiendo la mano a su adversario.

Geoffroy rechazó la amistosa oferta que le hacía, y dijo amargamente:

—No necesito ni la ayuda de vuestro brazo ni las ofertas de vuestra amistad, señor, y os insto a que seáis menos orgulloso en vuestros modales. No soy hombre que soporte tranquilamente la vergüenza de una derrota, y si no me llamasen mis deberes de servicio al castillo de Nottingham, os devolvería uno por uno los golpes recibidos.

—Vamos, vamos, valiente amigo —dijo Pequeño Juan apreciando el valor del soldado—, no seas rencoroso ni estés descontento. Has sucumbido ante una fuerza superior a la tuya: no es tan grave, y estoy seguro de que encontrarás la forma de levantar tu reputación de fuerza, de sangre fría y destreza. Acepta la mano que te ofrezco, te la tiendo con lealtad y franqueza.

Estas palabras, pronunciadas con total sinceridad y nobleza, parecieron emocionar al rencoroso normando.

—Aquí está mi mano —dijo dándosela al joven—; pide a la tuya un apretón de amigo. Ahora, valiente joven —añadió Geoffroy con la voz dulcificada—, concédeme el honor de conocer el nombre de mi vencedor.

—Por el momento no puedo hacerlo, Geoffroy; más tarde me daré a conocer.

—Esperaré hasta que gustes, forastero.

—Y ahora adiós, los asuntos que me trajeron a Nottingham exigen mi marcha.

—¡Cómo!, ¿ya me dejas, noble guardabosque? No lo permitiré, y te voy a acompañar a donde tengas que ir.

—Te ruego, soldado, que me permitas reunirme con mi compañero, he perdido ya un tiempo precioso.

La nueva marcha de Pequeño Juan corrió de boca en boca, y levantó un verdadero tumulto.

Veinte voces dijeron:

—Forastero, te seguiremos, queremos proclamar por todas partes tu grandeza de alma y tu valentía.

Poco deseoso de recibir los testimonios de esta repentina popularidad, Pequeño Juan, que veía acercarse con temor la hora fijada para la cita con Robín, dijo a Geoffroy:

—¿Quieres prestarme un servicio?

—De todo corazón.

—¡Bien!, pues ayúdame a librarme de estos borrachos charlatanes. Quiero poder alejarme sin llamar la atención.

—Con gusto —respondió Geoffroy, y añadió tras reflexionar un momento—: Para lograrlo sólo hay un medio.

—¿Cuál?

—Este: acompáñame al castillo de Nottingham, no se atreverán a seguirnos más allá del puente levadizo. Desde el interior te conduciré a un camino desierto que, por una desviación, te llevará de nuevo a la entrada del pueblo.

—¡Cómo! —exclamó Pequeño Juan—, ¿no existe otro medio para librarme de la compañía de estos imbéciles?

—Yo no veo otro. No conoces, amigo, la idiota vanidad de estos charlatanes; te formarían un cortejo.

Muy a pesar suyo, Pequeño Juan se vio obligado a seguir el consejo que le daba Geoffroy.

—Acepto tu proposición —le dijo—; alejémonos sin demora.

—Estoy con vos en un momento. Amigos míos —gritó Geoffroy—, debo volver al castillo; este digno forastero me acompañará. Os ruego que nos dejéis partir.

Dicho esto, Geoffroy salió de la sala, y un formidable viva acompañó a Pequeño Juan hasta el umbral de la puerta.

Así fue como Pequeño Juan penetró en la señorial morada del barón Fitz-Alwine.

Tras haber dejado a Pequeño Juan, Robín se dirigió a casa de Grace May.

—Señorita —le dijo Robín—, soy un amigo de Halbert Lindsay, y deseo verle.

Robín se inclinó cortésmente ante Grace y penetró con ella en un amplio salón de la planta baja.

—¿Habéis comido, señor?

—Sí, señorita, os lo agradezco.

—Permitidme ofreceros un vaso de cerveza, la tenemos excelente.

La conversación se prolongó durante una hora.

—Me parece —dijo Robín— que Hal se hace esperar.

Al fin sonó un golpe en la puerta; se oyó la canción de Robín, y Grace se dirigió rápidamente al encuentro del recién llegado.

La presencia de Robín no impidió a la petulante señorita el regañar a Hal por su tardanza, y de abrazarle con cierto enojo.

—¡Cómo, tú aquí, Robín! —exclamó Hal—. ¿Y Maude, mi querida hermana Maude? Dame noticias de su salud.

—Maude no está muy bien.

—Iré a verla. ¿Es grave lo que tiene?

—En absoluto.

—Esperaba encontrarte aquí —prosiguió Halbert—. Supe, o mejor, adiviné que habías llegado a Nottingham, y mira cómo fue: al ir a la ciudad a hacer un recado para el castillo, me enteré de que iba a tener lugar un combate entre Geoffroy el Fuerte, ¿le conoces, Grace? y un hombre del bosque. Inmediatamente se me ocurrió ir a esta pequeña fiesta.

—Mientras que yo os esperaba, señor —dijo Grace frunciendo sus lindos labios sonrosados.

—No pensaba estar allí más que un momento. Llegué en el preciso instante en que Pequeño Juan lanzaba a Geoffroy por encima de su cabeza, ¡a Geoffroy el Fuerte, el gigante, como le llamamos en el castillo! ¡Fíjate, Grace, qué magnífico golpe! Quise pedir noticias vuestras a Pequeño Juan, pero era imposible llegar hasta él. Entonces recorrí la ciudad y, finalmente, fui a preguntar al castillo.

—¡Al castillo! —gritó Robín—, ¿no preguntarías allí por mí?

—No, no, tranquilízate. El barón volvió ayer y si hubiese hecho la idiotez de revelar tu presencia en estas tierras serías acosado como un animal salvaje.

—Querido Hal, mi temor era una chiquillada; sé que eres prudente y que sabes guardar un secreto. El objeto de mi viaje era encontrarme primero contigo y pedirte datos sobre los prisioneros que se encuentran en el castillo. Sin duda sabes lo que pasó anoche en el bosque de Sherwood.

—Sí, lo sé; el barón está furioso.

—Peor para él. Pero volvamos a los prisioneros: entre ellos se encuentra un muchacho al que quiero salvar a cualquier precio, William Escarlata.

—¡William! —exclamó el joven—, ¿y cómo estaba entre los proscritos que atacaron a los cruzados?

—Mi querido Hal —respondió Robín— no hubo tal encuentro con proscritos, sino con hombres valerosos que se equivocaron y creyeron atacar, no a unos cruzados, sino al barón Fitz-Alwine y a sus soldados.

—¡Erais vosotros! —exclamó el pobre Hal penosamente sorprendido.

Robín hizo un signo afirmativo.

—Entonces ya entiendo todo: es de tu destreza de la que hablan los cruzados cuando dicen que un hombre de la banda enviaba la muerte con cada una de sus flechas. ¡Ay, mi pobre Robín, el resultado de esta batalla ha sido triste para vosotros!

—Sí, Hal, muy desgraciado —contestó Robín con tristeza—, porque mi pobre padre murió.

—¡Muerto el digno Gilbert! —dijo Hal entre lágrimas—. ¡Dios mío!

Un instante de silencio dejó a los jóvenes absortos en un común dolor. Grace ya no sonreía; estaba afligida por la pena de Hal y la desesperación de Robín.

—¿Y Will cayó en manos de los soldados del barón? —dijo Hal a fin de llevar de nuevo los pensamientos de Robín hacia la suerte de su amigo.

—Sí —respondió Robín—, y he venido a encontrarte, mi querido Hal, con la esperanza de que nos ayudéis a entrar en el castillo. No me alejaré de Nottingham hasta que no haya liberado a Will.

—Cuenta conmigo, Robín —respondió con viveza el joven—, haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros en esta dolorosa circunstancia. Vamos a ir al castillo; me será fácil hacerte entrar allí; pero una vez dentro, tendrás que cuidar de ti mismo, tener paciencia y mostrarte prudente. Desde que el barón regresó la vida es un verdadero infierno para nosotros; grita, jura, va, viene, y nos abruma con su presencia.

—¿Ha vuelto con él lady Christabel?

—No, sólo ha venido su confesor; los soldados que le acompañaron son extranjeros.

—¿No sabes nada de la suerte de Allan Clare?

—Ni una palabra; nadie hay en el castillo para pedir noticias. En cuanto a lady Christabel, está en Normandía, y con toda probabilidad en un convento. Es presumible que el señor Allan Clare esté cerca de ese convento.

—Es casi seguro —respondió Robín—. ¡Pobre Allan! Espero que la fidelidad de su amor tenga recompensa algún día.

—Querido Robín —continuó Hal—, si podemos hacer algo para salvar a William hay que intentarlo esta misma tarde; los prisioneros saldrán hacia Londres por la noche para ser juzgados y condenados allí según el deseo del rey.

—Entonces, apresurémonos; prometí a Pequeño Juan esperarle a la entrada del castillo.

Robín saludó graciosamente a la joven, y los dos amigos tomaron con paso rápido la dirección del castillo.

Capítulo XIX

—Efectivamente —dijo Robín—, es Pequeño Juan. ¿A qué viene esta aparente intimidad?

—Apuesto mi cabeza —contestó Hala que Geoffroy ha sentido una súbita amistad por él y que le lleva al castillo con la intención de darle de beber. Geoffroy es un excelente muchacho, pero muy imprudente.

—Podemos confiar en la sobriedad habitual de Pequeño Juan —contestó Robín —; mantendrá a su acompañante en los límites razonables.

—Presta atención, Robín —dijo vivamente Hal—; Pequeño Juan nos ha visto y acaba de hacernos una seña.

Robín miró hacia su amigo.

—Me aconseja esperarle —dijo Robín—; va al castillo; pero le haré entender que nos encontraremos en el interior de algún patio.

El puente levadizo se batió a la llamada de Hal, y pronto se halló Robín en el interior del castillo de Nottingham.

Al verse obligado a seguir a Geoffroy, Pequeño Juan decidió utilizar en provecho de su primo la repentina amistad que le testimoniaba el soldado normando.

Fácil le fue desviar la conversación hacia el acontecimiento de la noche: Geoffroy se prestó gustoso a la curiosidad de su nuevo amigo y le confió que era él el encargado de la vigilancia de tres prisioneros.

—Entre ellos se encuentra un hermoso muchacho con un curioso aspecto.

—¡Ah! —dijo Pequeño Juan con indiferencia.

—Sí; nunca veréis cabellos de color tan extraño, son casi rojos; a pesar de ello es guapo, sus ojos son magníficos, y se diría que tienen un tizón del infierno, tan brillantes los ha puesto la cólera. Monseñor hizo una visita al pobre joven estando yo de servicio: no pudo arrancarle una sola palabra, y salió jurando hacerle colgar a las veinticuatro horas.

—«¡Pobre Will!» —pensó Pequeño Juan—. ¿Creéis que ese desdichado esté herido?

—Está tan bien como vos y como yo. Sólo está de mal humor.

—¿Así que tenéis calabozos en las murallas? Es algo muy raro.

—Estáis en un error, señor forastero; en Inglaterra están en varios castillos de esa forma.

—¿En qué lugar están situados? ¿En los ángulos?

—Así es por lo general, pero no todos son habitables; por ejemplo, el que encierra al joven de que os he hablado, y que está al oeste, es bueno; es posible vivir en él sin

sufrimiento. Mirad —añadió Geoffroy—, desde aquí podéis ver el lugar en que se halla: junto a aquella barbacana, ¿lo veis?

—Sí.

—Pues bien, hay por encima una abertura lo bastante ancha como para que pueda entrar el aire y la luz; por debajo, una puerta baja.

—Ya veo. ¿Y está dentro el muchacho pelirrojo?

—Sí, para su desgracia.

—Pobre diablo, es triste, ¿no es cierto, maese Geoffroy?

—Amigo —dijo Geoffroy—, permitidme dejaros solo durante unos instantes, tengo deberes que cumplir; si deseáis recorrer el castillo, tenéis permiso para ello, y si por casualidad os preguntan, dad la contraseña que es «de buena gana» y «honradamente», sabrán que sois un amigo.

—Os lo agradezco, amigo Geoffroy —dijo Pequeño Juan con agradecimiento.

«Pronto tendrás que agradecerme más ¡perro sajón! —gruñó Geoffroy saliendo de la habitación—. Este campesino me toma por uno de sus semejantes; soy normando, un verdadero normando, y le demostraré que Geoffroy el Fuerte no es vencido impunemente. ¡Maldito! Hiciste doblegarse ante ti a un hombre que nunca sintió sobre sí el bastón de un adversario; te arrepentirás de tu imprudencia, estáte tranquilo».

Y rumiando así, Geoffroy pensaba hacer méritos ante el barón por su vigilancia y vengarse al mismo tiempo de Pequeño Juan.

Una vez sólo, nuestro amigo Juan reflexionó.

«Este Geoffroy puede tener buenas intenciones, pero yo no creo ni en su honradez ni en su benevolencia».

Pequeño Juan salió del cuarto, y, sin otro guía que el azar, se dirigió hacia una galería que probablemente le llevaría hacia las murallas.

Tras haber recorrido multitud de corredores y pasadizos completamente desiertos durante más de media hora, llegó frente a una puerta. La abrió y vio a un anciano inclinado sobre un cofre en el que amontonaba cuidadosamente bolsas llenas de monedas de oro. Absorto en sus cálculos, no se dio cuenta de la insólita presencia de Pequeño Juan.

Éste se preguntaba qué respuesta daría a la inevitable pregunta del viejo, cuando éste diose cuenta de la presencia de su gigantesco visitante. Una expresión de espanto se dibujo en su rostro; dejó caer uno de los sacos, y el oro, cayendo contra el suelo, sonó de una forma que hizo temblar a su propietario.

—¿Quién sois? —preguntó con voz temblorosa—. Prohibí que se entrara en mis aposentos; ¿que me queréis?

—Soy un amigo de Geoffroy; quería llegar a la muralla oeste y me perdí. -¡Vaya! —exclamó el viejo, y una extraña sonrisa entreabrió sus labios—; ¿sois amigo de

Geoffroy el Fuerte, del valeroso Geoffroy? Escuchadme, hermoso campesino, pues sois verdaderamente el muchacho más hermoso que haya visto en mi vida; ¿queréis cambiar vuestro traje de campesino por un uniforme de soldado? Soy el barón Fitz-Alwine.

—¡Ah!, ¿sois el barón Fitz-Alwine? —dijo Pequeño Juan.

—Sí, y os felicitaréis algún día, si tenéis el buen sentido de aceptar mi proposición, por haberme encontrado.

—¿Veis esto? —preguntó el joven mostrando al barón una ancha tira de piel de ciervo.

El viejo se contentó con responder a esta inquietante pregunta mediante un signo afirmativo.

—Escuchadme con atención —continuó Pequeño Juan—; tengo algo que pediros, y si con cualquier pretexto me lo negáis, os colgaré sin misericordia del mueble grande que veo allá. Nadie vendrá al oír vuestros gritos por una sencilla razón: os impediré gritar. Tengo armas, una voluntad de hierro, un valor igual a mi voluntad, y tengo fuerzas suficientes para impedir a veinte soldados la entrada a esta habitación. En todo caso, entended que sois hombre muerto si no me obedecéis.

«¡Miserable bribón! —pensaba el barón—, te haré revolcarte a golpes si logro escapar de tus manos».

—¿Qué deseáis, valiente guardabosque? —preguntó Su Señoría con voz melosa.

—Quiero la libertad…

En aquel momento, se oyeron unos rápidos pasos en el pasillo, y un violento golpe estremeció el jambaje de la puerta. Pequeño Juan sacó de su cinturón un cuchillo de afilada hoja, agarró al débil anciano y le dijo en voz baja y en tono amenazador:

—Si dais un grito, si decís una palabra peligrosa para mi seguridad, os mato. Preguntad quién llama.

El barón, asustado, obedeció con presteza.

—¿Quién es?

—Soy yo, señor.

—¿Quién eres tú, imbécil? —susurró Pequeño Juan.

—¿Quién eres tú, imbécil? —repitió el barón.

—Geoffroy.

—¿Qué quieres, Geoffroy?

—Tengo que daros una importante noticia, señor.

—¿Qué noticia?

—Tengo en mi poder al jefe de los bellacos que atacaron a los vasallos de Vuestra Señoría.

—¿Ah, sí? —susurró Pequeño Juan en tono burlón.

—¿Ah, sí? —murmuró el pobre barón.

—Sí, milord, y si Vuestra Señoría me lo permite, le explicaré con ayuda de qué astucia me apoderé de ese bandolero.

—Estoy ocupado en este momento, no puedo recibirte; vuelve dentro de media hora.

El barón masticó por así decirlo las palabras de esta respuesta, que le había sido apuntada por Pequeño Juan.

—Dentro de media hora será demasiado tarde —contestó Geoffroy visiblemente malhumorado.

—¡Obedece, bellaco! Vete; te vuelvo a repetir que estoy muy ocupado.

El barón, enfurecido, hubiese dado gustoso los sacos de oro de su cofre a cambio de poder retener a Geoffroy y llamarle en su ayuda. Desgraciadamente este último, obligado a obedecer a la orden perentoria que acababan de darle, se iba con la misma rapidez que había llegado, y el barón volvió a quedarse solo con su gigantesco enemigo.

Cuando el ruido de los pasos del soldado se perdió en las profundidades de los corredores, Pequeño Juan volvió su cuchillo al cinturón y dijo a lord Fitz-Alwine:

—Ahora, señor barón, os voy a decir lo que deseo. La noche pasada tuvo lugar un combate en el bosque de Sherwood entre vuestros soldados que volvían de Tierra Santa y un grupo de bravos sajones. Fueron hechos prisioneros seis hombres: quiero la libertad de estos seis hombres y que nadie les acompañe ni les siga; no quiero que se espíe y os lo prohíbo.

—Consentiría de buena gana y quisiera agradaros a este respecto, hermoso joven, pero…

—Pero no queréis. Escuchad, señor barón, no tengo tiempo de escuchar vuestras falsas palabras ni paciencia para sufrirlas. Dad libertad a esos pobres muchachos o no respondo de vuestra vida ni un cuarto de hora.

Las amenazas de Pequeño Juan fueron pronunciadas en un tono tan firme y su rostro expresaba una resolución tan inmutable que no cabía la menor duda de que para la ejecución de estas palabras no faltaba más que un gesto.

El barón se encontraba en una situación muy peligrosa y por culpa suya. Por lo general, un grupo de hombres velaba por su seguridad, ya junto a sus aposentos ya a corta distancia. Pero aquel día, deseoso de estar solo a fin de colocar en secreto la prodigiosa cantidad de oro amontonado en sus cofres (en esta época no existían banqueros), había alejado a sus guardianes y prohibido, bajo cualquier pretexto, que se entrase en la sala. Convencido con desesperación de su soledad, el barón no se atrevía a contravenir la prohibición de Pequeño Juan, y con la garganta llena de clamores de espanto, guardaba un profundo silencio.

—Estoy dispuesto a responder a vuestra demanda —dijo dejando su asiento.

—Obráis, os lo aseguro, acertadamente —contestó el joven—, y si queréis posponer la visita que debéis a Satanás, salgamos rápido de este cuarto. ¡Ah!, algo más —añadió Pequeño Juan.

—Decid —gimió el barón.

—¿Dónde está vuestra hija?

—¡Mi hija! —exclamó Fitz-Alwine en el colmo de la extrañeza—, ¡mi hija!

—Sí, vuestra hija; lady Christabel.

—Verdaderamente, me hacéis una extraña pregunta.

—¡Eso no importa! Contestad con franqueza.

—Lady Christabel está en Normandía.

—¿En qué parte de Normandía?

—En Rouen.

—¿Es cierto?

—Por completo; está en un convento de esa ciudad.

—¿Qué ha sido de Allan Clare?

El rostro del barón se tiñó de un súbito rubor, sus dientes, apretados contra sus temblorosos labios, ahogaron un grito de rabia, y lanzó al joven una mirada de cólera. Juan, que dominaba con su estatura a su débil enemigo, repitió lentamente su pregunta:

—¿Qué ha sido de Allan Clare?

—No lo sé.

—¡Mentira! —exclamó Pequeño Juan—, ¡mentira! Nos dejó hace seis años para seguir a lady Christabel y estoy seguro de que sabéis lo que ha sido de aquel desgraciado joven. ¿Dónde está?

—No sé.

—¿No le habéis visto en estos seis años?

—Le vi, ¡el miserable obstinado!…

—Nada de injurias, señor barón. ¿Dónde le visteis?

—El primer encuentro —respondió Fitz-Alwine con amargura—, tuvo lugar en un sitio que debía estar prohibido a ese vagabundo sin pudor. Le encontré en el aposento de mi hija, sobre las rodillas de lady Christabel. Aquella misma tarde, mi hija entraba en un convento; al día siguiente tuvo la audacia de presentarse ante mí y pedirme la mano de mi hija. Hice que le echaran mis hombres; desde entonces no le he vuelto a ver, pero me he enterado de que se había puesto al servicio del rey de Francia.

—¿Por propia voluntad? —preguntó Juan.

—Sí, a fin de cumplir las condiciones de un pacto acordado por nosotros.

—¿Qué pacto? ¿A qué se ha comprometido Allan? ¿Qué le habéis prometido?

—Se ha comprometido a rehacer su fortuna, a entrar en posesión de sus tierras,

confiscadas a causa del apego de su padre por Tomás Becket. Le prometí la mano de mi hija si permanecía alejado de ella durante siete años y no intenta verla. Si falta a su palabra dispondré de lady Christabel como crea conveniente.

—¿En qué fecha tuvo lugar este pacto?

—Existe desde hace tres años.

—Está bien. Ahora ocupémonos de los prisioneros. Vamos a ponerles en libertad.

El pecho del barón encerraba un verdadero volcán; ardía. Sin embargo, su pálido rostro no revelaba nada de los siniestros proyectos que ocupaban su espíritu. Antes de seguir a Pequeño Juan cerró con doble llave su precioso cofre, se aseguró de que no dejaba ningún indicio de sus ricos tesoros, y dijo al joven en tono benevolente:

—Venid, valiente sajón.

Pequeño Juan no era de los que seguirían ciegamente el itinerario que eligiera el barón, y le fue fácil darse cuenta de que lord Fitz-Alwine tomaba una dirección opuesta a la que había que seguir para ir a las murallas.

—Señor barón —dijo poniendo su robusta mano sobre el hombro del viejo—, seguís un camino que nos aleja de nuestro objetivo.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó el barón.

—Porque los prisioneros están encerrados en los calabozos de las murallas.

—¿Quién os ha informado así?

—Geoffroy.

—¡Ah, el bribón!

Por debajo de la galería en la que se encontraban nuestros dos personajes se oyó repentinamente el ruido que revelaba que pasaban varios hombres. Sólo una escalera separaba a lord Fitz-Alwine de este socorro providencial; inmediatamente, aprovechando la distracción de Juan, ocupado en darse cuenta del lugar a que iban a parar las profundidades de esta galería, se lanzó con una agilidad extraordinaria para su edad hacia la puerta que daba a la escalera. Llegó allí, y justo en el momento en que iba a bajar los escalones de cuatro en cuatro, sintió que una mano de hierro se aferraba a su hombro. El desdichado viejo lanzó un estridente grito y se precipitó por los escalones. Impasible, y contentándose con apresurar el paso, Pequeño Juan siguió al barón, cuya insensata carrera era cada vez más rápida. Empujado por la esperanza de encontrar ayuda, el barón prosiguió locamente su carrera, lanzando gritos, pidiendo socorro. Pero estos gritos entrecortados se quedaban sin eco y se perdían en la inmensa soledad de las galerías. Por fin, tras un cuarto de hora de desarrollo de esta extraña huida, el barón llegó a una puerta; la empujó con tanta fuerza que las dos hojas se abrieron, y fue a caer en los brazos de un hombre que se había abalanzado hacia él.

—¡Salvadme, salvadme, al asesino! —gritaba el barón—; ¡cogedle! ¡matadle!

—¡Atrás! —gritó Pequeño Juan intentando rechazar al protector del barón—,

¡atrás!

—¡Y bien! Pequeño Juan —dijo una voz conocida—, ¿es que la cólera os ciega hasta tal punto que no conocéis a vuestros amigos?

Pequeño Juan lanzó un grito de sorpresa.

—¡Cómo! ¿Eres tú, Robín? ¡Vive Dios! he aquí un azar por el que deberá felicitarse este traidor, porque de no ser por esto, habría llegado su última hora, lo juro.

—¿Quién es el desdichado al que perseguís así, mi buen Juan?

—¡El barón Fitz-Alwine! —musitó Halbert al oído de Robín intentando disimularse tras el joven.

—¡El barón Fitz-Alwine! —exclamó Robín—. Estoy verdaderamente encantado de este encuentro, me va a permitir dirigirle algunas preguntas de la mayor importancia para personas a las que amo.

—Podéis ahorraros el trabajo de interrogar a Su Señoría —dijo Pequeño Juan—; supe por él todo lo que deseaba saber, en primer lugar sobre la suerte de Allan Clare, después sobre la situación de nuestros amigos; están encerrados aquí.

—Al prometeros poner en libertad a nuestros amigos, os engañaba, buen Juan: nuestros queridos amigos iban hacia Londres mientras que nosotros comíamos en la posada.

—¡Es imposible! —exclamó Pequeño Juan.

—Es cierto —contestó Robín Hood—; Hal acaba de enterarse y os buscábamos para sacaros de la boca del lobo.

Al oír pronunciar el nombre de Halbert el barón levantó la cabeza, lanzó una mirada furtiva hacia el joven, y, enterado de la fidelidad del joven, volvió a adoptar su postura de vencido, rumiando para sí mil imprecaciones contra el pobre Hal.

El movimiento del barón no pasó desapercibido para Halbert.

—Robín —dijo—, Su Señoría acaba de echarme una mirada que no me promete grandes recompensas por la amistad que os manifiesto.

—Claro que no —murmuró sordamente Fitz-Alwine—, y no olvidaré tu traición.

—Pues bien, mi querido Hal —respondió Robín—, ya que vuestra estancia aquí se ha hecho imposible y puesto que nuestra presencia en el castillo es inútil, vámonos juntos.

—Esperad —añadió Pequeño Juan—, creo prestar un gran servicio al condado librándole para siempre de la imperiosa dominación de este maldito normando. Voy a mandarlo con Satanás.

Esta amenaza hizo dar un respingo al barón, que se irguió instantáneamente sobre sus delgadas piernas.

Hal y Robín fueron a cerrar las puertas.

—Barón Fitz-Alwine —dijo Pequeño Juan con gravedad— voy a obrar según las

leyes que rigen nuestros bosques: vais a morir.

—¡No! ¡No! —gimió Su Señoría.

—Os ruego que escuchéis, señor barón. Hablo sin cólera. Hace seis años hicisteis quemar la casa de este joven; su madre fue asesinada por uno de vuestros soldados. Sobre el cuerpo de esa pobre mujer juramos castigar a su asesino.

—¡Tened piedad de mí! —gimió el anciano.

—Pequeño Juan —dijo Robín—, perdonad a este hombre por la angélica criatura que le da el nombre de padre. Milord —añadió Robín volviéndose hacia el barón—, prometedme otorgar a Allan Clare la mano de la que ama y salvaréis la vida.

—Os lo prometo.

—¿Mantendréis vuestra palabra? —preguntó Pequeño Juan.

—Sí.

—Dejadle vivir, Juan; el juramento que acaba de hacer está registrado en el cielo; si falta a él, habrá condenado su alma.

—¿No os dais cuenta de que ya está medio muerto de miedo?

—Sí, sí, pero apenas estemos a cien pasos de aquí nos hará perseguir por toda su tropa. Debemos impedir ese peligroso desenlace.

—Encerrémosle en este cuarto —dijo Hal.

Lord Fitz-Alwine lanzó al joven una mirada llena de odio.

—Eso es —aceptó Robín.

—¿Y los gritos que lanzará una vez solo? ¿Y el ruido que hará? ¿Habéis pensado en eso?

—Entonces —dijo Robín—, atadle a un sillón con la tira de piel de ciervo que rodea vuestra cintura, y amordazadle.

Pequeño Juan se apoderó del barón, que no se atrevió a defenderse, y le ató fuertemente al respaldo del sillón.

Tomada esta precaución, los tres jóvenes llegaron a toda prisa al patio del puente levadizo, y el vigilante, que era amigo de Hal, les dejó pasar con toda facilidad.

Capítulo XX

Cuando el barón Fitz-Alwine se repuso enteramente de su terror y sus fatigas, ordenó a su gente hacer una investigación en la villa de Nottingham para descubrir la pista del guardabosque. No hay ni que decir que el barón se prometía una gran revancha por el inaudito insulto que se le había hecho. Geoffroy comunicó al barón la huida de Halbert, y el anuncio de esta nueva llevó al paroxismo de la exasperación la cólera del castellano.

—¡Miserable bribón! —dijo a Geoffroy—, si dejas escapar al bandido que se presentó ante mí con el título de amigo tuyo, serás ahorcado sin misericordia.

Deseoso de ganarse de nuevo la estima de su señor, el robusto servidor se dedicó concienzudamente a la búsqueda del hombre de los bosques. Recorrió la villa, registró los alrededores, interrogó a los posaderos del país, y trabajó tan bien que se enteró de que el primer guarda de los bosques de Sherwood, sir Guy de Gamwell, tenía un sobrino cuyos datos coincidían con los del apuesto guardabosque. Geoffroy también se enteró de que este joven vivía en casa de su tío, y que, a juzgar por la descripción hecha por los cruzados del jefe de la banda nocturna, este individuo, pariente de sir Guy, no era otro que el antagonista del barón y el vencedor de Geoffroy.

El hombre que dio al soldado estos preciosos datos añadió también que un joven arquero, de una habilidad proverbial, llamado Robín Hood, vivía igualmente en el castillo de Gamwell.

Como es de suponer, Geoffroy corrió a comunicar al barón lo que acababa de descubrir.

Lord Fitz-Alwine escuchó tranquilamente el prolijo relato de su servidor, lo que revelaba en él una gran paciencia, e inmediatamente se hizo la luz en su espíritu. Recordó que Maude, o Isabel, como llamaba a la dama de su hija, encontró asilo en el «hall» de Gamwell, y que allí debían estar reunidos Robín Hood, el jefe de la banda y Pequeño Juan y los hombres que la componían.

Nuevos informes confirmaron la exactitud de lo expuesto por Geoffroy, y lord Fitz-Alwine decidió inmediatamente llevar a Enrique II una severa queja contra los guardabosques.

El momento estaba bien escogido. En esta época, Enrique II, que se ocupaba activamente por la policía interior de su reino intentando sentar el respeto a la propiedad territorial, escuchaba con atención los relatos de robos y de pillajes.

Por orden del rey, los culpables eran primero encarcelados; de las prisiones del Estado pasaban al ejército, a los puestos subalternos, o a los pontones de los barcos.

Lord Fitz-Alwine obtuvo una audiencia de la justicia de Enrique II, y expuso al rey, exagerándolas, las causas de quejas contra Robín Hood. Este nombre atrajo poderosamente la atención del príncipe; pidió nuevas explicaciones y se enteró de que este mismo Robín Hood era quien había reivindicado sus derechos al título y a los bienes del último conde de Huntingdon, pretendiendo descender por línea directa de Waltheof, a quien Guillermo I había concedido el condado de Huntingdon. La demanda de Robín Hood, como ya sabemos, había sido rechazada, y su adversario, el abad de Ramsay, había permanecido en posesión de la herencia del joven.

Al descubrir que el agresor del barón no era otro que el pretendido conde de Huntingdon, el rey montó en cólera, y condenó a Robín Hood a la proscripción. Además decretó que la familia Gamwell, protectora de Robín Hood, sería despojada de sus bienes y expulsada de su territorio.

Un amigo de sir Guy, que se enteró de lo decretado contra el pobre anciano, se apresuró a enviarle un despacho. La terrible noticia sembró la consternación en la apacible casa de Gamwell; los villanos, entrados enseguida de lo que acababa de ocurrirle a su señor, se reunieron en torno al castillo y gritaron que había que defender el «hall», que morirían luchando antes que ceder una pulgada de terreno. Sir Guy poseía una hermosa propiedad en el condado de Yorkshire; Robín lo sabía, y, aconsejado por Pequeño Juan, suplicó al anciano que dejase Gamwell y llevase a su familia a este seguro retiro.

Los ruegos de Robín y las súplicas de Pequeño Juan no movieron al baronet; hubo que renunciar a la esperanza de alejarse de Gamwell y, como las circunstancias exigían una gran rapidez de acción, inmediatamente se ocuparon de organizar la partida de las mujeres.

Lady Gamwell, sus hijas, Mariana, Maude y las sirvientes de la casa, confiadas a un grupo de villanos fieles, debían alejarse del «hall» al caer la noche.

Cuando terminaron los preparativos de esta dolorosa partida, la familia se reunió en la sala principal, y Robín Hood, tras haberse asegurado de la ausencia de Mariana, se dirigió a toda prisa al aposento de la joven.

—¡Robín! —dijo repentinamente una voz entrecortada por las lágrimas.

El joven se volvió y vio a miss Maude sumida en llanto.

—Querido Robín —dijo la joven—, deseo hablaros antes de dejar el «hall». ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Quizá no nos volvamos a ver!

—Querida Maude, calmaos, os lo ruego, y no os dejéis dominar por el sufrimiento de un pensamiento tan triste. Pronto volveremos a reunirnos, os lo juro.

La joven, con la cabeza entre las manos continuó llorando.

—Vamos, Maude, ¡valor! ¿Qué significa esta desesperación? ¿Qué tenéis que confiarme? Os escucho, hablad sin temor.

Maude dejó caer sus manos, levantó los ojos, intentó sonreír y dijo:

—Sufro mucho… pienso en una persona que sólo ha tenido para mí bondades, cuidados, atenciones…

—Pensáis en William —interrumpió Robin.

La joven enrojeció.

—¡Bien! —gritó Robín—. ¡Oh!, querida Maude, amáis a ese gran muchacho, ¡bendito sea Dios! Daría todo el mundo por ver a Will junto a vos. Sería tan feliz oyéndoos decir: «William, os amo»…

Maude intentó negar que amaba a Will tanto como imaginaba Robín, pero tuvo que aceptar que, a fuerza de pensar en el joven, había llegado a sentir por él un sentimiento de vivo cariño. Tras esta confesión tan penosa de hacer para Maude, sobre todo a Robín, la joven preguntó sobre la ausencia de William.

Robín respondió que esta ausencia, obligada por un importante asunto, no tenía nada de inquietante, y que en pocos días Will estaría de nuevo entre su familia.

Esta cariñosa mentira devolvió la calma y la serenidad al corazón de Maude; tendió a Robín sus mejillas mojadas por las lágrimas y, tras recibir su fraternal beso, se apresuró a bajar a la sala.

Por su parte, Robín entró en el aposento de Mariana.

—Querida Mariana —dijo Robín tomando entre las suyas las manos de la joven —, estamos a punto de separarnos, y quizá por largo tiempo. Permitidme, antes de dejaros, hablar de corazón a corazón con vos.

—Os escucho, querido Robín —contestó afectuosamente la joven.

—¿Sabéis, Mariana —dijo el joven con voz trémula—, que os amo con toda mi alma?

—Vuestros actos me lo prueban diariamente.

—Tenéis confianza en mí, ¿verdad? ¿Verdad que tenéis una fe entera, completa, absoluta, en la sinceridad de mi amor, en la tierna abnegación de mi devoción?

—Soy vuestra mujer ante Dios, Robín, y vuestra vida será la mía. Ahora, permitidme haceros algunas recomendaciones. Cada vez que podáis enviarme noticias vuestras con seguridad, mandadme un mensaje, y si os es posible venir a verme, venid, me haréis muy dichosa. Mi hermano volverá junto a nosotros, y con él lograremos revocar el cruel decreto que os condena.

Robín sonrió con tristeza.

—Querida Mariana —dijo—, no debéis alentar en el corazón una esperanza tan quimérica. No espero nada del rey. Me he trazado una línea de conducta y he tomado la firme resolución de no apartarme de ella. Si oís hablar mal de mí, Mariana, cerrad vuestros oídos a la calumnia, pues, por nuestra santa madre, os juro que mereceré siempre vuestra estima y vuestra amistad.

—¿Qué podría oír decir malo de vos, Robín, y qué proyectos tenéis?

—No me preguntéis, Mariana, creo que mis intenciones son honestas; si el

porvenir demuestra que no lo son, seré el primero en reconocer mi error.

—Sé que sois leal y valeroso, Robín, y rogaré a Dios para que os asista en todo.

—Gracias, mi bienamada Mariana; y ahora, adiós —añadió Robín conteniendo unas lágrimas que bañaban sus párpados.

Enlazada por los brazos de su desdichado amigo, la joven sintió que las fuerzas la abandonaban al pronunciarse la palabra adiós. Escondió su llorosa cara en el hombro de Robín y sollozó tristemente.

Durante algunos minutos, los dos jóvenes permanecieron así, mudos, transportados. Finalmente una voz que llamaba a Mariana les arrancó de este último abrazo.

Bajaron, y Mariana, vestida ya de amazona, montó en el caballo que tenía preparado.

Transcurrió una semana. Cada día de ella, de ansiosa espera, se dedicó a fortificar Gamwell. Los habitantes del pueblo vivían en las torturas del temor, pues cada hora les traía el miedo del día siguiente. Fueron colocados centinelas alrededor del «hall» y bajo la dirección de Robín se levantaron dos líneas de barricadas que debían servir, si no para detener la marcha del enemigo, sí al menos para oponer a su avance una seria defensa. Estas barricadas, de la altura de un hombre, permitían a los campesinos mantenerse al abrigo de las flechas enemigas, dándoles la oportunidad de apuntar hacia donde debían dirigir sus propios golpes.

No hay que pensar sin embargo que sir Guy creyera en el éxito de su defensa, sabía que era peligrosa e inútil, pero el noble y valiente sajón no quería rendirse sin combate.

Robín era el alma del pequeño ejército. Supervisaba los trabajos, animaba a los campesinos, fabricaba armas, se multiplicaba. El pueblo de Gamwell, en otro tiempo tan tranquilo, estaba ahora lleno de animación y de vida; el terror había hecho sitio al entusiasmo, y los apacibles habitantes se mostraban orgullosos y felices por entrar en lucha abierta con los normandos.

El enemigo se hizo esperar diez días.

Por fin, uno de los vigías que habían sido colocados en el bosque, llegó anunciando que se acercaba una tropa a caballo.

La noticia corrió de boca en boca, se tocó a rebato y los campesinos fueron como un solo hombre a los puestos que les habían sido asignados. Tras las barricadas, permanecieron silenciosos, con las armas prestas, atentos para seguir con la mirada la rápida marcha del enemigo.

La tropa normanda se componía de unos cincuenta hombres, los habitantes del pueblo eran cien; como se ve, la fuerza de estos últimos era superior a la de los enemigos, y además su posición era excelente.

Persuadido de que iba a caer sobre el pueblo como haría un ave rapaz sobre un

inocente pajarillo, el jefe normando ordenó a sus hombres que aumentaran la velocidad. Obedecieron y, con paso vivo, subieron la colina.

Apenas hubieron alcanzado la cima, una lluvia de flechas, de dardos y de piedras, les cubrió de los pies a la cabeza. La extrañeza de los soldados fue tan grande que una segunda andanada de flechas les alcanzó antes de que hubiesen pensado en responder.

La caída de tres o cuatro soldados mortalmente heridos hizo lanzar a los normandos un grito de indignación; vieron entonces las barricadas, se lanzaron sobre la primera y cargaron con furor.

Recibidos valientemente y rechazados por los sajones, invisibles tras sus escondrijos, los soldados comprendieron que no tenían otra solución que combatir con coraje. Lograron apoderarse de la primera barricada, pero tras ésta había una segunda; una tercera les volvió a detener. Ya habían perdido varios hombres, y para colmo no podían ver si acababan con algunos de sus enemigos. Los sajones, la mayoría de los cuales eran expertos arqueros, no fallaban nunca el blanco, y sus flechas sembraban la destrucción en el pequeño ejército.

Los soldados, desesperados al no poder verse cara a cara con el enemigo, comenzaron a quejarse. El jefe, que cogió al vuelo estos murmullos de desánimo, ordenó a sus hombres una falsa retirada a fin de obligar a los sajones a salir de su secreto asilo. Inmediatamente se puso en práctica esta astucia guerrera: los normandos fingieron retirarse ordenadamente, y ya estaban a cierta distancia de las barricadas cuando un grito anunció la aparición de los vasallos de sir Guy.

Sin detener la marcha de su tropa, el jefe echó un vistazo hacia atrás.

Los habitantes del pueblo corrían tumultuosamente y en aparente desorden tras sus enemigos.

—No os volváis, muchachos —gritó el jefe—; dejadlos que nos alcancen. Les sorprenderemos, ¡atención!

Los soldados, animados por la esperanza de una aplastante revancha, continuaron alejándose.

Pero, repentinamente, los sajones, con gran sorpresa por parte del jefe normando, en lugar de intentar alcanzar a los soldados, se detuvieron en la primera barricada que les fue arrebatada, y desde esta posición enviaron una nube de flechas, con destreza incomparable, sobre los fugitivos.

El jefe, exasperado, volvió a situar a sus hombres frente al camino ya recorrido, y, con furioso brinco de su caballo, se puso a la cabeza de la tropa. Una lluvia de flechas lanzadas por los sajones con segura mano cubrió el cuerpo del desdichado normando; vaciló sobre la silla y, sin lanzar el menor grito, rodó inerte a los pies de su caballo, el cual, herido a su vez, saltó fuera de las filas y fue a caer muerto a pocos pasos del cadáver de su amo.

Ya abatidos por el fracaso de sus esfuerzos, los soldados se desmoralizaron ante

esta nueva desgracia. Recogieron el cuerpo de su jefe y, sin detenerse a contar los muertos y coger a los heridos, se alejaron del campo de batalla a toda velocidad.

Tras haber proclamado con gritos de alegría la huida de los soldados, los campesinos se dedicaron, no a perseguirlos, sino a recoger a los heridos y enterrar a los muertos. Dieciocho normandos habían sucumbido en la lucha, incluido el jefe retirado por sus hombres.

Los buenos campesinos estaban tan contentos de su victoria que pensaban ya traer a sus mujeres a Gamwell; pero Pequeño Juan hizo comprender claramente a sus ingenuos compañeros que el rey no limitaría su venganza a este primer envío, y que había que esperar la visita de una tropa más considerable y prepararse para recibirla bien.

El mes de julio tocaba a su fin, y desde hacía quince días los hombres del pueblo esperaban a sus visitantes: se preparaban para un ataque a las primeras horas de la mañana, pues, con toda probabilidad, los normandos, cansados por una marcha rápida con tanto calor, descansarían en Nottingham una noche.

Una tarde, dos habitantes del pueblo que regresaban de Mansfield, a donde habían ido para hacer unas compras, anunciaron a sus amigos que una tropa compuesta por trescientos hombres acababa de llegar a Nottingham y que tenía intención de pasar allí la noche para llegar descansados al «hall» de Gamwell.

Esta noticia produjo una gran emoción, pero ésta pronto fue sustituida por un vigilante ardor.

Tres horas después de salir el sol, el sonido de un cuerno anunció que el enemigo se acercaba. Los vigías volvieron a Gamwell e, inmediatamente, lo mismo que en el ataque precedente, los defensores del «hall» se hicieron invisibles.

El cuerpo enemigo avanzaba lentamente, y era fácil juzgar, por la extensión que ocupaban, que verdaderamente se componía de doscientos o trescientos hombres.

Los jinetes se reunieron al pie de la colina, y, tras un conciliábulo de algunos minutos, la tropa se dividió en cuatro partes. La primera subió la colina al galope, la segunda puso pie a tierra y siguió a los jinetes, la tercera rodeó la colina hacia la izquierda, y la última se dirigió hacia la derecha.

Esta maniobra prevista, fue contrarrestada: habían sido construidas defensas al pie de los árboles de la cima de la colina. Al acercarse a estos árboles protectores, los normandos recibieron una lluvia de flechas que, hiriendo a los hombres, hizo encabritarse a los caballos, sembró la confusión entre los soldados y obligó a la tropa a bajar la colina más rápidamente de lo que la había subido.

Los hombres enviados a las faldas opuestas de la colina fueron acogidos de forma tan desastrosa como sus compañeros. Así, decidieron que la marcha, imposible a caballo, se haría a pie. Los soldados abandonaron sus cabalgaduras y, protegidos por sus escudos, penetraron resueltamente por los tres caminos designados por el jefe,

mientras que una parte de la tropa, de reserva, esperaba abajo el éxito de un primer ataque contra las barreras.

Los normandos alcanzaron rápidamente la barrera, la cual, de una altura de siete pies, estaba perforada por saeteras para las flechas. En lugar de perder un tiempo precioso en luchar contra enemigos que se hallaban al abrigo de sus golpes, se pusieron a escalar el parapeto.

Los hombres del pueblo no intentaron oponer una resistencia inútil: se contentaron con alcanzar la segunda barrera; los normandos, impulsados por este primer éxito, se precipitaron confusamente tras ellos, y atacaron la nueva barricada con indecible furor. Por un momento, las dos partes lucharon casi cuerpo a cuerpo; la batalla se hacía sangrienta, pero una señal llamó a los sajones a la tercera barrera.

Esta retirada hizo que los normandos se diesen cuenta de que perdían a cada momento el terreno ganado.

El capitán reunió a sus hombres a fin de concertar con ellos un plan de ataque, y, escuchando sus opiniones, miraba en torno suyo.

Gamwell se hallaba situado en medio de una vasta llanura y la colina que le servía de parapeto era a la vez un camino impracticable para los caballos y peligroso para los hombres.

El capitán preguntó a su gente si había entre ellos alguno que conociera la localidad.

La pregunta, repetida de boca en boca, llevó ante él a un campesino que pretendía conocer el pueblo de Gamwell, en el que tenía un pariente.

—¿Eres sajón, bribón? —preguntó el jefe frunciendo el entrecejo.

—No, capitán, soy normando.

—¿Está aliado tu pariente a esos rebeldes?

—Sí, capitán, pues es sajón.

—¿Cómo es entonces pariente tuyo?

—Porque se casó con mi cuñada.

—¿Conoces el pueblo?

—Sí, capitán.

—¿Podrías conducir a mis hombres a Gamwell por otro camino?

—Sí, hay al pie de la colina un sendero que lleva directamente al «hall» de Gamwell.

—¿Al «hall» de Gamwell? ¿Dónde está situado?

—Allá, a vuestra izquierda capitán; es ese gran edificio rodeado de árboles. Está habitado por sir Guy.

El capitán, encantado por el informe, ordenó a una parte de su tropa que se dispusiera a seguir al guía, mientras que él, para distraer a los sajones, iba a comenzar un nuevo ataque.

Los proyectos del capitán no iban a realizarse.

El cuñado del guía, que efectivamente formaba parte de los defensores de sir Guy, reconoció a su pariente, y, señalándoselo a Pequeño Juan, le indicó la especie de conciliábulo que había tenido lugar entre él y su jefe.

Pequeño Juan presintió inmediatamente la traición; llamó a una treintena de hombres y, al mando de uno de sus primos, les envió a vigilar el camino amenazado de invasión.

Hecho esto, Pequeño Juan hizo llamar a Robín.

—Querido amigo, ¿podrías acertar con tu arco a cualquier objeto situado en la colina?

—Creo que sí —contestó con modestia el joven.

—Mejor dicho, estás seguro. ¡Pues bien!, sigue mi mirada. ¿Ves a aquel hombre situado a la izquierda del soldado que lleva en su cabeza un gran penacho? Ese hombre, querido amigo, es un pérfido bellaco, y estoy convencido de que da al jefe indicaciones para llegar a Gamwell por el camino del bosque. Intenta matar a ese miserable.

—Con gusto.

Robín tensó su arco, y dos segundos después el hombre señalado por Pequeño Juan dio un salto de dolor, lanzó un grito y cayó para no volver a levantarse.

El jefe normando reunió prestamente a sus hombres y decidió tomar las barreras al asalto.

Los sajones se defendieron con valor, pero inferiores en número, no pudieron impedir la escalada y se retiraron ordenadamente hacia Gamwell.

Franqueadas las barreras, los normandos ganaron terreno fácilmente; penetraron en el pueblo y una especie de pánico se apoderó de los campesinos. Iban a huir cuando una voz estentórea gritó:

—Sajones, ¡deteneos! ¡El que tenga corazón que siga a su jefe! ¡Adelante! ¡Adelante!

Esta voz, que era la de Pequeño Juan, reanimó las desfallecientes fuerzas de los asustados hombres; se volvieron y, avergonzados de su debilidad, siguieron a su jefe.

Éste se precipitó como un león hacia un hombre de elevada estatura que compartía con el jefe principal el mando de la tropa y que, por el ardor de sus golpes, había sembrado el pánico entre los hombres.

—¡Aquí estamos otra vez, señor guardabosque! —gritó el hombre, que no era otro que Geoffroy—. Voy a vengarme de un solo golpe de todo el mal que me has causado.

Pequeño Juan sonrió desdeñosamente, y cuando Geoffroy, tras haber volteado su hacha, intentó hacerla bajar sobre la cabeza del joven, éste, con un gesto rápido como el pensamiento, se la arrancó de las manos y la tiró a veinte pasos de él.

—Eres un miserable bribón —dijo Pequeño Juan— y mereces la muerte, pero una vez más tengo piedad de ti; defiende tu vida.

Los dos hombres, o mejor dicho, los dos gigantes, comenzaron el terrible combate. Duró largo tiempo, y la victoria, incierta hasta entonces, se decidió repentinamente a favor de Pequeño Juan, que, concentrando todo su vigor en un supremo esfuerzo, asestó un golpe con su espada sobre el hombro de Geoffroy y le hendió el cuerpo hasta el espinazo.

El vencido cayó sin exhalar el menor grito, y los dos campos rivales, que habían asistido en silencio a este extraño combate, miraron con espanto la terrible herida producida por el golpe mortal.

Pequeño Juan no se detuvo ante el cuerpo de su enemigo; levantó con mano firme su sangrante espada sobre su cabeza y atravesó las filas normandas como el dios de la guerra, de la devastación y de la muerte.

Llegado a una altura, miró hacia atrás, y vio que, rodeados por los normandos, sus hombres, a pesar de todo su valor, estaban en la imposibilidad de defenderse.

Inmediatamente el joven tocó su cuerno y dio orden de retirada; luego, precipitándose de nuevo en el tumulto, abrió camino a sus hombres. Su fulgurante espada tuvo a raya durante algunos minutos a los soldados, y los sajones, secundando las intenciones de su jefe, ganaron poco a poco el patio del «hall». Reunidos en un solo cuerpo y batiéndose desesperadamente, lograron franquear las puertas del castillo, preparado para resistir un asedio.

Los normandos se lanzaron contra las puertas con las hachas en la mano, pero estas puertas, de roble macizo, resistieron todos sus esfuerzos. Entonces se pusieron a deambular en torno al edificio con la esperanza de descubrir una entrada mal defendida; pero su búsqueda, primero inútil, pronto se hizo peligrosa, pues los sajones arrojaban desde lo alto de las ventanas enormes piedras y les acribillaban a flechazos.

El capitán normando, viendo los estragos que hacían entre sus hombres los proyectiles arrojados por los sitiados, les llamó y, tras haber colocado a un centenar alrededor del «hall», bajó al pueblo. Como sabemos, las casas de Gamwell estaban vacías. Los soldados, autorizados por su jefe, registraron las habitaciones; pero para su mortificación, no sólo las encontraron desiertas, sino desprovistas de todo botín y provisión.

Contando con los recursos de una pronta victoria, no habían llevado víveres. El descontento se hizo sentir. Inmediatamente el jefe envió al bosque a una docena de hombres reputados como los mejores cazadores, a fin de que intentasen llevar algunos ciervos. La caza se vio coronada por el éxito; los hambrientos se resarcieron y el capitán, que había establecido su cuartel general en el pueblo, hizo descansar a la mitad de su tropa, mientras que la otra preparaba las armas para un ataque nocturno al

edificio que albergaba a los sajones.

Al revés que sus enemigos, los campesinos habían comido bien y se habían entregado al sueño tras haber recogido a los muertos y atendido a los heridos.

Al caer el día, una cegadora luz anunció a los sajones la nueva maniobra de sus enemigos: el pueblo había sido incendiado.

—Mirad, mi querido Pequeño Juan —dijo Robín Hood mostrando al joven la lúgubre claridad— los miserables queman sin piedad las casas de nuestros campesinos.

—Y quemarán el «hall», amigo mío —contestó Pequeño Juan con tristeza—; debemos prepararnos para sufrir esta nueva desgracia. La vieja casa está rodeada de árboles y arderá como un montón de paja.

Los campesinos, desesperados, contemplaban el espectáculo entre gritos de indignación; querían salir del «hall» y satisfacer inmediatamente el deseo de venganza que les mordía el corazón; pero Pequeño Juan, prevenido por uno de sus primos, llegó hasta ellos y les dijo con voz emocionada:

—Comprendo vuestro furor, queridos amigos, pero esperad. Con que resistamos hasta el despuntar del día, seremos vencedores. Esperad, esperad, los miserables estarán aquí en un cuarto de hora.

—¡Ahí están! —dijo Robín.

Efectivamente, los normandos avanzaban hacia el castillo lanzando gritos y llevando en ambas manos teas encendidas.

—¡A vuestros puestos, hijos, a vuestros puestos! —gritó el sobrino de sir Guy—; apuntad vuestras flechas con cuidado y no erréis ningún golpe. En cuanto a ti, Robín, quédate junto a mí, herirás de muerte a los que te señale.

Los normandos rodearon el castillo, y manteniéndose a distancia de las ventanas y las barbacanas, lanzaron antorchas contra la puerta; pero, alcanzadas por los torrentes de agua que lanzaban los campesinos, se apagaban sin hacer daño alguno.

El fuego fue suspendido, y una especie de alegre rugido lanzado por los soldados llevó a Robín y al Pequeño Juan a una ventana.

Precedidos por el jefe, una docena de soldados arrastraban un instrumento que, con toda probabilidad, debía servir para echar abajo la puerta. En el momento en que, dirigidos por su capitán, iban los soldados a poner el artefacto en el sitio que le correspondía, Pequeño Juan dijo a Robín:

—Envía una flecha a ese maldito capitán.

—No quisiera otra cosa, pero será difícil alcanzarle mortalmente, pues lleva una cota de malla y habría que alcanzarle en la cara.

—Atención, prepara tu arco… ¡tira!… ¡Querido Robín, tira de una vez! Ahí tienes el rostro bajo el resplandor de la antorcha. La muerte de este hombre nos salvará.

Robín, que seguía los movimientos del jefe, disparó repentinamente. La flecha partió. El capitán, alcanzado entre las dos cejas, cayó hacia atrás. Los soldados se amontonaron confusamente alrededor de su jefe y un espantoso desorden cundió por sus filas.

—¡Ahora, sajones! —gritó Pequeño Juan con voz vibrante—, haced llover las flechas sobre esos incendiarios.

Esta nueva descarga fue tan destructora que los soldados que quedaron de pie se sintieron perdidos. Iban a huir cuando un normando, erigiéndose en jefe de sus compañeros, les propuso emplear un último medio para obligar a los campesinos a salir de la fortaleza. Un bosquecillo, de pinos principalmente, se hallaba frente a la fachada interior del castillo, es decir, del lado de los jardines. Los normandos, conducidos por su nuevo jefe, serraron a medias el tronco de los árboles más próximos al techo del edificio tras haber incendiado las ramas altas. Pequeño Juan, que veía con angustia el rápido progreso de esta infernal destrucción, dejó escapar un grito de furor y dijo a Robín:

—Han encontrado el medio de hacernos salir; los árboles van a incendiar el techo y en pocos instantes el castillo se verá envuelto en llamas. Robín, haz caer a los que llevan las antorchas, y vosotros, amigos, no ahorréis vuestras flechas. ¡Abajo los lobos normandos! ¡Abajo los lobos!

Los árboles, incendiados rápidamente, cayeron sobre el tejado con un espantoso ruido, y un resplandor rojizo coronó pronto la parte superior del castillo.

Pequeño Juan reunió a sus hombres en la sala principal, los dividió en tres partes, se puso con Robín Hood al frente de la primera, dio al monje Tuck el mando de la segunda, confió la tercera al viejo Lincoln, y cada uno de estos tres grupos se dispuso a salir del castillo por una puerta diferente.

Sir Guy había asistido impasible a los preparativos de esta salida, pero cuando su sobrino llegó para obligarle a dejar la sala con él, el viejo baronet exclamó:

—Quiero morir sobre las ruinas de mi casa.

En vano Pequeño Juan, Robín y los Gamwell suplicaron al anciano, en vano le mostraron la purpúrea llama que arrojaba a la sala un sangriento resplandor, en vano le hablaron de su mujer, de sus hijas; el viejo sajón permaneció sordo a sus ruegos, insensible a sus lágrimas.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —gritó de pronto Robín—, el techo va a caer.

Pequeño Juan cogió a su tío, le rodeó con sus brazos, y, a pesar de las quejas del anciano, a pesar de sus lamentos, le sacó de la sala.

Apenas franquearon los sajones las puertas del castillo, se oyó un ruido siniestro: los pisos, sobrecargados por la caída del techo, se hundieron unos tras otros, y la vieja casa señorial lanzó por sus aberturas trombas de llamas y de humo.

Pequeño Juan confió a sir Guy al cuidado de algunos hombres, ordenándoles que

tomasen inmediatamente el camino de Yorkshire.

Tranquilo por ese lado, el invencible Pequeño Juan se armó una vez más de su triunfante espada y se lanzó sobre el enemigo gritando:

—¡Victoria! ¡Victoria! ¡Rendíos!

La aparición de Tuck, vestido con su hábito de monje, sembró el pánico entre los normandos; ni uno solo osó defenderse contra un miembro de la santa Iglesia, y, asaltados por un pánico repentino, se dirigieron, perseguidos por los sajones, hacia donde tenían los caballos, montaron con toda rapidez y se alejaron a galope tendido. De los trescientos normandos llegados por la mañana apenas quedaban setenta. Los campesinos, embriagados por la victoria, rodeaban a Pequeño Juan, que tras haber ordenado recoger a los muertos y heridos, habló así a sus compañeros:

—¡Sajones! Hoy habéis demostrado que sois dignos de llevar este noble nombre; pero ¡ay!, a pesar de vuestra valentía, los normandos han conseguido su propósito: han quemado vuestras casas, han hecho de vosotros unos desterrados. Vuestra estancia aquí es imposible desde ahora; pronto rodeará estas ruinas una nueva tropa de soldados, debéis alejaros. Aún nos queda un medio de salvarnos: el bosque nos ofrece asilo. ¿Quién de vosotros no ha dormido sobre la hierba del bosque y bajo el arroyo ondulante de las verdes hojas de sus grandes árboles?

—¡Vamos al bosque! ¡Vamos al bosque! —gritaron varias voces.

—Sí, vamos al bosque —repitió Juan—; allí viviremos juntos, trabajaremos los unos para los otros; pero para que nuestra dicha pueda apoyarse en la seguridad de una constante armonía, debéis daros un jefe.

—¿Un jefe? Entonces serás tú, Pequeño Juan.

—¡Viva Pequeño Juan! —gritaron los vasallos al unísono.

—Mis queridos amigos —dijo el joven—, os agradezco infinitamente el honor que queréis hacerme, pero no puedo aceptar. Permitidme presentaros al que es digno de estar a vuestro frente.

—¿Dónde está?

—Aquí —dijo Juan poniendo la mano sobre el hombro de Robín Hood—. Robín Hood, amigos, es un verdadero sajón, y valeroso. Su discreción y su juicio igualan la sabiduría de un viejo. Ved en Robín Hood al conde de Huntingdon, el descendiente de Waltheof, hijo bien amado de Inglaterra. Los normandos, que le han robado sus bienes, también le disputan sus títulos de nobleza; el rey Enrique ha proscrito a Robín Hood. Ahora, amigos míos, contestad a mi pregunta: ¿Queréis por jefe al sobrino de sir Guy de Gamwell, al noble Robín Hood?

—¡Sí, sí! —gritaron los campesinos, orgullosos de tener como jefe al conde de Huntingdon.

El corazón de Robín saltaba de alegría, sus planes secretos tenían al fin una posibilidad de realizarse. Se sentía orgulloso y, digámoslo, se sabía digno de cumplir

la difícil misión que le había sido atribuida por el afecto de su amigo.

Los preparativos de partida pronto estuvieron terminados: los normandos no habían dejado nada a los desdichados proscritos.

Tres horas después, Robín Hood y Pequeño Juan, acompañados por los hombres del pueblo, penetraban en una espaciosa gruta situada en el centro del bosque. Esta gruta, completamente seca, tenía en el techo amplias aberturas que permitían circular libremente el aire y la luz.

—Verdaderamente, Robín —dijo Pequeño Juan—, yo, que conozco el bosque tan bien como tú, me he quedado maravillado con tu descubrimiento; ¿cómo es posible que el bosque de Sherwood tenga una morada tan confortable?

—Es posible —contestó Robín—, que haya sido construida por refugiados sajones bajo el reinado de Guillermo I.

Algunos días después de instalarse nuestros amigos en el bosque de Sherwood, dos hombres de su grupo, que habían ido de compras a Mansfield, comunicaron a Robín que una tropa compuesta por quinientos normandos, a falta de otra cosa, había acabado de demoler las murallas de la hospitalaria casa que había sido el «hall» de Gamwell.

Capítulo XXI

Transcurrieron cinco años.

El grupo de Robín Hood, confortablemente establecido en el bosque, vivía seguro, aunque su existencia fuese conocida por sus enemigos naturales, los normandos.

Primeramente se habían alimentado de la caza, pero ésta, a la larga, habría podido llegar a ser insuficiente, lo que había obligado a Robín a proveer de otra forma las necesidades de su tropa.

Tras haber hecho vigilar los caminos que, en todos los sentidos, atraviesan el bosque de Sherwood, había creado un impuesto sobre el paso de viajeros. Este impuesto, a veces exorbitante si el sorprendido era un gran señor, se reducía a muy poco en el caso contrario. Además, estas diarias extorsiones no tenían en absoluto apariencia de robo; eran hechas con tan buena gracia como cortesía.

He aquí de qué forma detenían a los viajeros los hombres de Robín Hood:

—Señor forastero —decían quitándose con cortesía el gorro que cubría su cabeza —, nuestro valeroso jefe, Robín Hood, espera a Vuestra Señoría para empezar su comida.

Esta invitación, que no podía ser rechazada, era acogida con reconocimiento.

Conducido, siempre con cortesía, ante Robín Hood, el hombre se sentaba a la mesa con su huésped, comía bien, bebía mejor aún, y durante los postres se enteraba del gasto que se había hecho en su honor. No es preciso decir que esta cifra era proporcionada al valor financiero de la persona. Si llevaba dinero, pagaba; si no llevaba consigo más que una suma insuficiente, daba el nombre y la dirección de su familia, a la que se reclamaba un fuerte rescate. En este último caso el viajero, prisionero, era tan bien tratado que aguardaba sin el menor enojo la hora de su puesta en libertad.

El placer de comer con Robín Hood les costaba muy caro a los normandos, pero nunca se quejaban por haber sido obligados a ello.

Si los grandes señores eran despojados, en cambio los pobres, sajones o normandos, recibían una cordial acogida. Cuando Tuck no estaba, a veces detenían a un monje; si consentía buenamente en decir una misa para la banda, era generosamente recompensado.

Nuestro viejo amigo Tuck estaba demasiado a gusto en tan alegre compañía como para que se le ocurriese, ni por asomo, separarse de ella. Se había hecho construir una pequeña ermita en las cercanías de la gruta, y allí vivía de los mejores productos del bosque.

Desde hacía casi cinco años, nadie había oído hablar de lady Christabel ni de Allan Clare; únicamente se sabía que el barón Fitz-Alwine había seguido a Enrique II a Normandía.

En cuanto al pobre Will Escarlata, había sido enrolado en una compañía.

Halbert, que se había casado con Grace May, vivía con su mujer en la pequeña ciudad de Nottingham, y era ya padre de una encantadora niña de tres años.

Maude, la linda Maude como decía el gentil William, seguía formando parte de la familia Gamwell, la cual, según hemos dicho, se había retirado secretamente a una propiedad de Yorkshire.

El viejo baronet había olvidado su desgracia junto a su mujer y sus hijos; sus fuerzas habían renacido y su floreciente salud le prometía una larga vida.

Los hijos de sir Guy eran compañeros de Robín Hood y vivían con él en el bosque.

Un gran cambio se había operado en la persona de nuestro héroe: había crecido, sus miembros se habían hecho más fuertes, la hermosa delicadeza de sus rasgos había adquirido, sin perder su exquisita distinción, las formas de virilidad. Con veinticinco años, Robín parecía haber alcanzado los treinta; en sus grandes ojos negros chispeaba la audacia; sus cabellos con sedosos bucles enmarcaban una frente pura y apenas tostada por las caricias del sol; su boca y sus bigotes de un negro azabache daban a su encantador rostro una expresión seria, pero la aparente severidad de su fisonomía era desmentida por la jovialidad de su carácter. Robín Hood, que despertaba la admiración de las mujeres, no parecía orgulloso ni adulado por ello, su corazón pertenecía a Mariana.

Amaba a la joven con la misma ternura que en el pasado, y le hacía frecuentes visitas en el castillo de sir Guy. El mutuo amor de ambos era conocido de la familia Gamwell, y esperaban para concluir su matrimonio el regreso de Allan o la noticia de su muerte.

Un día, durante una visita a su amada, Robín, arrodillado ante ella, pudo decirle:

—Hablemos de nosotros, de nuestros amigos; tengo buenas noticias que daros, mi querida Mariana, noticias que os harán muy feliz.

—¡Ay, Robín! —contestó con tristeza la joven—, estoy tan poco acostumbrada a la alegría que ni siquiera puedo creer firmemente en la esperanza de un feliz acontecimiento.

—Estáis equivocada, amiga mía. Vamos, olvidad el pasado y tratad de adivinar mis buenas noticias.

—¡Oh, querido Robín! —exclamó la joven—, vuestras palabras me hacen presentir una felicidad inesperada, habéis sido perdonado, ¿verdad? ¿Sois libre ya y no tenéis que esconderos de la vista de los hombres?

—No Mariana, no, sigo siendo un pobre proscrito; no quería hablar de mí.

—¿Entonces de mi hermano, de mi querido Allan? ¿Dónde está, Robín? ¿Cuándo vendrá a verme?

—Pronto, espero —respondió Robín—; recibí noticias suyas por medio de un hombre que se ha unido a mi banda. Este hombre, hecho prisionero por los normandos en la época fatal de nuestro encuentro con los cruzados en el bosque de Sherwood, fue obligado a entrar al servicio del barón Fitz-Alwine. El barón llegó ayer con lady Christabel al castillo de Nottingham. Naturalmente el sajón obligado a ser soldado ha vuelto con él, y su primer pensamiento ha sido unirse a nosotros. Me ha informado de que Allan Clare tenía un cargo distinguido en el ejército del rey de Francia, y que estaba a punto de obtener un permiso para venir a pasar unos meses en Inglaterra.

—Eso es una maravillosa noticia, querido Robín —exclamó Mariana—. Como siempre, sois el ángel de vuestra pobre amiga. Allan ya os quiere mucho, pero os querrá aún más cuando le haya contado hasta qué punto habéis sido bueno y generoso con la que, sin el apoyo de vuestra protectora ternura, habría muerto de aburrimiento, de pena y de inquietud.

—Querida Mariana, diréis a Allan que he hecho todo lo que estaba en mi mano para ayudaros a soportar pacientemente el dolor de su ausencia; le diréis que he sido para vos un hermano tan tierno como fiel.

—¡Un hermano! ¡Oh!, mucho más que un hermano —dijo dulcemente Mariana.

—Amada mía —murmuró Robín estrechando a la joven contra su corazón—, decidle que os amo apasionadamente y que toda mi vida os pertenece.

Cronología de Menciones

- Hacia 1377: Primera mención de Robin (Robyn Hood). William Langland: Pedro el labrador.
- Hacia 1450: Primeras baladas conocidas sobre Robin Hood.
- 1795: Primera compilación importante de antiguas baladas. Joseph Ritson: Robin Hood: A Collection of all the Ancient Poems, Songs and Ballads, now extant, relative to that celebrated Outlaw.
- 1819: Primera mención novelística por Walter Scott: Ivanhoe (novela). Aunque en la novela se llama Robin de Locksley.
- 1838: Primer folletín aparecido en un periódico británico por Pierce Egan the Younger: Robin Hood and Little John o, The Merry Men of Sherwood Forest. Impresa en forma de libro en 1840 y 1850.
- 1872: Alejandro Dumas: El Príncipe de los Ladrones y Robin Hood el Proscrito, basadas en el trabajo anterior de Egan y originalmente pensadas como traducciones francesas, fueron editadas y publicadas después de la muerte de Dumas. (El Príncipe de Los Ladrones fue traducida y editada en español en los años 1980 pero la autoría fue dada a Walter Scott).
- 1883: Primer clásico de la literatura infantil. Howard Pyle: Las aventuras de Robin Hood.
- 1891: Primera opereta en Estados Unidos. Reginald DeKoven (música) y Harry B. Smith (libreto): Robin Hood.
- 1908: Primera película. Película británica muda realizada por Percy Stow: Robin Hood and His Merry Men.
- 1936: Primer dibujo animado en The Toronto Telegram. Ted McCall (escenario) y Charles Snelgrove (dibujos): Robin Hood and Company.



WALTER SCOTT, escritor, poeta y editor escocés, fue una de las principales figuras del movimiento romántico en Gran Bretaña, cuyas novelas históricas, en las que se le considera un verdadero pionero del género, se hicieron famosas en toda Europa.

Tras estudiar derecho en Edimburgo, Scott comenzó a escribir recopilando leyendas y cuentos escoceses, germen del componente nacionalista que luego imprimiría a sus obras históricas, de corte romántico.

Scott compaginó la escritura con su trabajo de abogado y hasta montó una pequeña editorial en la que publicó sus poemarios, versos que le dieron sus primeros momentos de fama, aunque la crítica restó importancia a estos trabajos en comparación con su narrativa posterior.

Las obras históricas de Scott se iniciaron con la publicación de Waverley (1814) y Rob Roy, pero fue con una de sus obras más conocidas, Ivanhoe (1819) con la que alcanzó un mayor éxito que le llevó a escribir no sólo sobre Escocia o Inglaterra sino sobre otros países como la Francia de los Luises. Sin embargo, Scott mantuvo su identidad como novelista en secreto para que no interfiriera en su carrera como poeta, algo que no pudo hacer a partir de 1825, momento en el que su popularidad comenzó a decaer.

La obra de Scott está considerada como una de las más influyentes en el continente europeo y su componente romántico se aprecia en multitud de obras posteriores en distintos países. Sus novelas han sido llevadas al teatro al cine y la televisión en multitud de ocasiones y su figura se alinea con la de los grandes autores de la literatura universal.

Sir Walter Scott murió en Abbotsford el 21 de septiembre de 1832.